

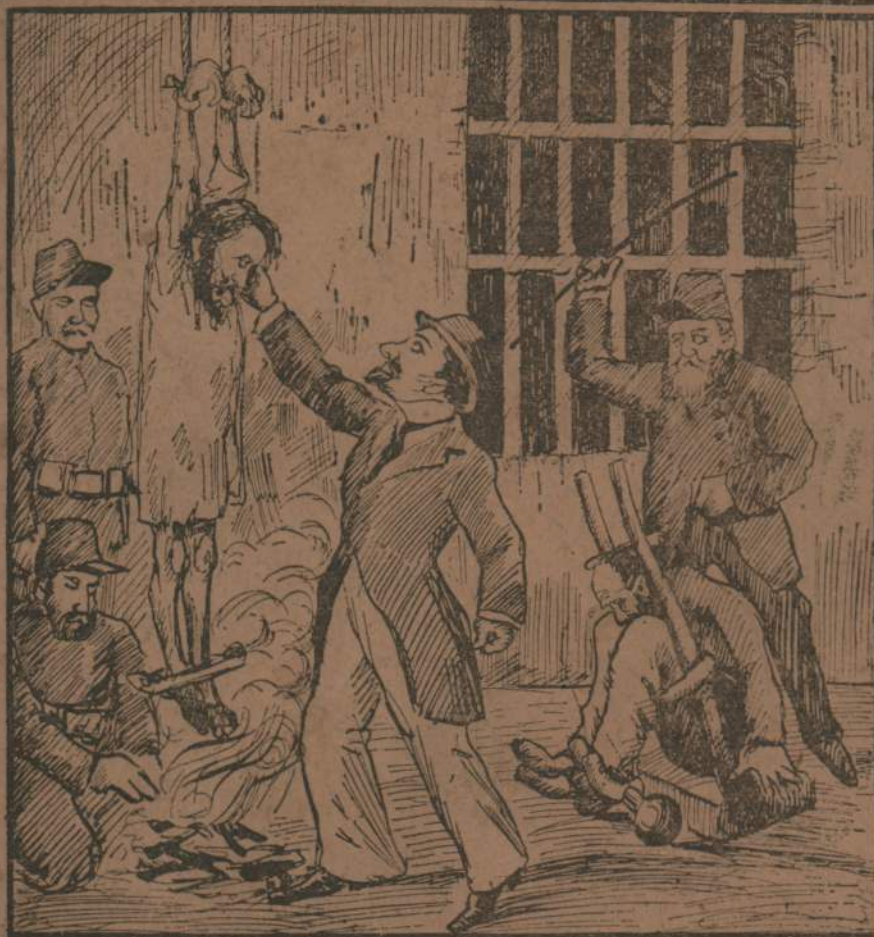
AÑO I

Montevideo, Setiembre de 1920

N.º 1

LOS PROCESOS SENSACIONALES EL DE VOLPI Y PATRONE

(Recopilación de las publicaciones hechas por LA NOCHE)



LAS TORTURAS

(REPRODUCCION DE UN GRABADO DE LA EPOCA)

Talleres Gráficos LA NOCHE

GRAN CASA SPERA

SASTRERIA - CONFECCIONES - MERCERIA - SOMBRERERIA - ZAPATERIA

La casa que vende mejor y más barato de la capital



531 Sarandí 539 Costado de la Catedral

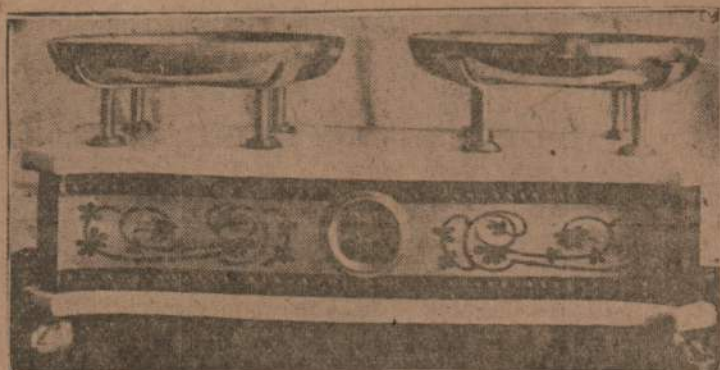
Ventas por mayor -- RINCON 532 -- ANTONIO SPERA -- Importador

BALANZAS

PESAS Y MEDIDAS METRICAS
DE TODAS CLASES

JUAN NEGRI
FABRICANTE E IMPORTADOR

REPARACIONES
Y REPUESTOS EN GENERAL



REPARACIONES
Y REPUESTOS EN GENERAL

GARANTIA ABSOLUTA

=

Agraciada
1810 y 1812

Montevideo



LOS PROCESOS CELEBRES

EL DE VOLPI Y PATRONE

CAPITULO I

UN INTERESANTE RETROSPECTO

Si el lector quiere tomarse la molestia de seguirnos en la pintoresca incursión por los tiempos de hierro que iniciamos en el presente número, le prometemos desde ya, un atrayentísimo programa.

Viviremos, en unos instantes, la época en que ocurrió el crimen, echando una ojeada al Montevideo de aquel entonces, en todo cuanto digno de atención pueda ofrecernos; asistiremos, testigos ocultos, al asesinato de Bentancour, reconstruyéndolo sobre la base de documentos decisivos que obran en nuestro poder; seguiremos a la policía y a la justicia en sus indagaciones preliminares; echaremos el guante al criminal; oiremos sus declaraciones y presenciaremos los sucesos que ellas originaron; penetraremos a la cárcel y veremos las torturas a que fueron sometidos Volpi y Patrone; nos colocaremos frente a los cañones de la "Caracciolo", que amenazaban no dejar piedra sobre piedra en la muy fiel y reconquistadora ciudad de San Felipe; seguiremos

a Carvajal hasta el banquillo, y oiremos, cuando ya la muerte se cernía sobre él, el decreto que ordenaba la suspensión de la pena a que había sido condenado, dispuesta por el Poder Ejecutivo; observamos al acusado en la soledad de la cárcel, cumpliendo resignadamente la condena de 30 años de presidio que en último término se le impuso; viviremos la indignación de la colonia italiana, pidiendo justicia por sus órganos de la prensa y por intermedio de sus diplomáticos; acompañaremos a los poderes públicos en la ges-

ción reparadora que se impusieron — y así, de emoción en emoción — a cual más intensa — llegaremos al final de uno de los procesos que más resonancia haya logrado dentro y fuera del escenario en que tuvo su desarrollo, y que más haya apasionado a la opinión pública, durante largos años, en la apreciación de sus sensacionales tramitaciones.

Invitamos al lector a dar un gran salto atrás, para colocarnos en la época que hemos escogido para punto inicial de nuestra incursión por el pasado, por la oportunidad que nos brindará para conocer la escena en que deberemos movernos y los personajes principales con quienes deberemos entablar relación.

Acababa de presentar renuncia, del cargo de Presidente de la República, el coronel don Lorenzo Latorre cuando aún le faltaban más de dos años para terminar su mandato.

¿Por qué renunció Latorre la Presidencia de la República? He aquí un punto en la historia de la República que aún permanece inexplicable hasta para los hombres que tuvieron participación en los sucesos de la época.

Latorre versus Santos

Santos, que dominaba en el Ejército — por lo menos en lo que se refiere a las unidades destacadas en Montevideo —, y que contaba, indiscutiblemente, con el apoyo de hombres representativos de la situación —, pretendía el poder.

¿Consideróse impotente, Latorre, para bregar con él? ¿Haría minado Santos la situación hasta el extremo de poder ofrecer lucha, con probabilidades de triunfo, a las regimentadas huestes del dictador?

Latorre — se nos dice — podía contar con la campaña. Toda la campaña era de él. En cualquier punto de la campaña, Latorre hubiera podido reunir un poderoso ejército.

No lo intentó, sin embargo. Un buen día, el 13 de marzo, cuando nadie lo esperaba, Latorre envió su renuncia a la Asamblea Legislativa; abandonó Montevideo, cruzando el territorio de la República, rumbo a Río Grande — y, desde allí, dirigióse a Buenos Aires, donde años más tarde había de terminar su vida.

¿Estaba realmente decepcionado de su vida pública el coronel Latorre? ¿Creía, realmente, que nuestro país era "un

país, ingobernable"? ¿Pensó acaso, dar un golpe de efecto, esperando que la Asamblea le pediría el retiro de su renuncia, afirmándose en el poder mediante esa maniobra? ¿O el hombre, con todas sus debilidades, se sobrepuso al mandón para hacerle pensar en un final que no fuera, precisamente, el de "Norma"?

A muchos a quienes hemos preguntado por qué Latorre renunció la presidencia de la República, sólo se les ha ocurrido formular, a su vez, esas interrogaciones. En cambio, alguien se ha aventurado a decirnos:

—No. Eso de que Santos, sobrepticamente, se hubiera adueñado exageración, como también me resulta una exageración creer que Latorre era el hombre que se nos ha venido presentando hasta la fecha. Examinense serenamente los acontecimientos de la época, la modalidad de cada uno de sus actores, y acaso se logre, por lo menos, la impresión de que el coronel Latorre creía que era un hombre llamado a desempeñar un rol decisivo en los destinos públicos; y que cuando constató la imposibilidad material de desempeñarlo, por el vacío que se le hizo, optó, tranquilamente, por eliminar su personalidad del escenario político.

¿Quiénes tienen razón? ¿No arrojaría alguna luz aquel destierro estóticamente sobrellevado por el dictador, mientras aquí se le esperaba, un día sí y otro también, al frente de una expedición revolucionaria?

La renuncia de Latorre

Conceptuamos de interés el documento. Ahí va:

"Honorable Asamblea General:

"Obedeciendo a los dictados de mi conciencia, y a los deberes de mi dignidad cívica, no debo ni puedo por más tiempo continuar al frente de los negocios públicos del país, y vengo ante vuestra honorabilidad, a elevar mi irrevocable renuncia del cargo de Presidente de la República con que fui honrado el 1.º de Marzo de 1879.

"En el retiro de la vida privada, esperaré el tiempo marcado marcado por la ley para dejar a cubierto mi responsabilidad de gobernante, sin esquivar, como simple ciudadano, mi acatamiento a la autoridad, si

Gran Casa Spera

sinónimo de elegancia. 531 Sarandí 5
Antonio Spera - Importador

ni concurso al mantenimiento del orden público.

"Dios guarde a Vuestra Honorabilidad. — Lorenzo Latorre.

"Montevideo, Marzo 13 de 1880".

El célebre manifestó al país

Al propio tiempo que enviaba a la Asamblea la precedente renuncia, el coronel Latorre dirigía al país el siguiente manifiesto:

"El coronel Latorre a sus conciudadanos y habitantes todos de la República:

"Resuelto a separarme del gobierno, para lo cual acabo de elevar mi renuncia irrevocable de Presidente de la República a la Honorable Asamblea General, debo a mis conciudadanos y al país entero, una manifestación de gratitud, por el concurso con que me han honrado en todo el tiempo que me ha tocado asumir la primera magistratura del Estado.

"Deberes de conciencia y de dignidad personal me imponen esa inquebrantable resolución, segregando de la escena pública mi personalidad política, que si ha pesado algo en la balanza de la estabilidad, del mejoramiento y del bienestar del país, me ha impuesto a la vez grandes sacrificios, para organizar lo que estaba desorganizado y levantar un país desalentado, hasta la esperanza de su reconstrucción política-social.

"Entre esos sacrificios he arrojado con ánimo tranquilo el más penoso de todos, el de la difamación; porque tengo la conciencia de que los hombres públicos deben a su patria hasta el sacrificio de su des crédito; porque más arriba que la ingratitud y el apasionamiento de los espíritus desalentados, está el sereno pensar de la razón calmada de los pueblos que nace justicia al que la tiene, y el fallo de la historia, que juzga de los sucesos y de los hombres con serena imparcialidad.

"Al retirarme a la vida privada devo el desaliento hasta el punto de creer que nuestro país es un país ingobernable.

"Con tal convicción, no tengo el valor civil de afrontar por más tiempo la ruda misión que me impuso la Representación Nacional.

"Pero no se me juzgue mal: yo lo quiero ni puedo ya ser gobernan-

te de mi país, bajo ninguna forma ni so-pretexto de ninguna consideración; y por eso, al dar el paso que doy, me he desligado por completo con mis amigos, de todo compromiso y de toda solidaridad política. Voy a ser simple ciudadano, con el propósito resuelto de no aceptar cargo ni representación alguna.

"Vuelvo, pues, a la vida privada, donde cumpliré mis deberes de ciudadano, acatando a la autoridad, y con la resolución de no esquivar ni concurso al orden público y a la estabilidad de mi país.

"Al dejar la vida pública, hago los más sinceros votos porque mis conciudadanos, y los habitantes todos de la República, rodeen al magistrado que me suceda, de toda su opinión y su prestigio; porque mis fieles compañeros de armas que forman el Ejército de la República, continúen fieles a los ejemplos de moralidad, patriotismo y disciplina que han ostentado hasta aquí, siendo la primer columna de las autoridades y de la paz pública; — porque, en una palabra, amparando la Provisoria a nuestro amado país, inspire a todos sus hijos en una sola idea y en un solo sentimiento: el de mantener su honra y hacer su completa felicidad. — Lorenzo Latorre.

Montevideo, Marzo 13 de 1920.

Santos, se adueña de la situación

Si Latorre pensaba que la Asamblea General no aceptaría su renuncia, se equivocó de medio a medio. La aceptó de plano, agradeciendo al renunciante, — eso sí, — los servicios prestados, clásico formulismo, o limosna ridícula del hombre que desde ese instante tomaría la sartén por el mango.

La Asamblea procedió enseguida a nombrar presidente provisorio, recayendo la designación, en el presidente de la misma, señor Francisco Antonino Vidal.

Vidal formó su gabinete llevando a Santos como ministro de la Guerra. En realidad, desde ese momento, Santos fué el presidente de la República, Vidal, — según la frase de un personaje de la época, no ha-

cía sino firmar lo que Santos escribía.

Los demás ministros estaban metidos; sometidas las Cámaras sometido el ejército y toda la administración pública. Un diario socialista, "La Opinión Nacional", rigido por Félix Martínez empezó a ostentar en su columna de honores siguiente leyenda:

"General don Máximo Santos, Candidato popular a la futura Presidencia de la República.

Había prensa opositora; pero sus voces se perdían en medio al hosanna que los sometidos entonaban a la futura Presidencia. Vedía tronaba sus tres repúblicas en "La Democracia", y "El Plata" lo hacían Carlos María Ramírez y Sienra Camarero. "La Nación", se declaraba unionista, con Kubly. Los diarios extranjeros, que abundaban, hacían crítica circunspecta a la que usufructuaban el poder.

Signos de la época

Un día, "L'Italia", en polémica con "La Nación", publica un suelto ofensivo para el director de este diario. Kubly no se acuerda ni de los tribunales, para acusar, ni siquiera de las leyes caballerescas, para retar a duelo. Lee el suelto, toma el sombrero y se dirige a la redacción de "L'Italia", donde arma un escándalo mayúsculo. Ni pide explicaciones, ni las acepta. Dice lo que le viene a la boca y luego va a su diario y da noticia de lo sucedido. Cuenta que ha refregado el diario por las narices a sus difamadores y sienta este criterio respecto a los conflictos de esa índole:

"Las ofensas personales no admiten discusión de ninguna especie."

"El Plata", "La Democracia", "El Bien Público" y otros diarios recriminan al levantado colega. En cambio, "La Opinión Nacional" le felicita:

— "Esos difamadores de "L'Italia", dice, no fueron capaces de adoptar ninguna acción viril cuando nuestro distinguido amigo Kubly les refregó el dia-

Chaisseelongue

Tapizados en cretona

Alberto Brun y Cia.

Montevideo

Sabe Ud. cuál

es la casa de artículos para hombres
más importantes de Montevideo?

rio por la boca! Le pidieron disculpas."

"La Opinión Nacional" terminaba diciendo que "el gesto del señor Kubly no la asombra, pues, conoce muchos antecedentes de su valor."

Otro día, una turba asalta las oficinas de "El Plata", instaladas donde hoy se encuentran las del "Banco de Locaciones"; entra en ellas a saco, empastela sus talleres y da muerte al regente de los mismos, un tal Fontana, que intentó oponer resistencia.

Características de la prensa

Era una prensa bravia, que a medio siglo de los sucesos, nos da la impresión de que quienes actuaban en ella se estaban jugando la cabeza.

Los servicios informativos eran deficientísimos. Sobre este asunto de Volpi y Patrone los diarios ofrecen esta particularidad: en determinado número de cualquiera de ellos, damos con un furibundo artículo contra la policía por tales y cuales atrocidades. Pero ni en ese número, ni en los que le preceden o siguen, se encuentra una línea que explique cuales fueron las atrocidades referidas.

"Volpi y Patrone—, dice "La Democracia" están por fin en libertad". Pero en ningún número del mismo diario se dice que Volpi y Patrone habían sido encarcelados. Eso no obsta para que demos con sueltos que empiezan así:

"Volpi y Patrone, que como es es notorio, se encuentran presos..."

En cuanto a la información extranjera, la prensa de Montevideo dependía en absoluto de la de Buenos Aires. Todos los diarios encabezaban sus servicios con la leyenda siguiente:

"Buenos Aires, aquí la fecha). —Se han recibido en esta capital los siguientes telegramas del exterior."

Otros detalles

Montevideo ofrecía entonces un aspecto netamente colonial. En los últimos años la edificación había progresado notable-

mente. El 65, los muchachos de la época jugaban a "la cometa" en los fondos de la Casa de Gobierno y las "líneas de trincheras" iban por donde hoy se encuentran las calles Río Negro y avenida 18 de Julio hasta la plaza Artola. Todo eso ya estaba edificado en el 80. Existían líneas de tranvías de tracción a sangre hasta el Reducto y Paso del Molino. El 30 de Septiembre del año referido, fueron aprobados los estatutos de la sociedad llamada "tranvía a los Pocitos, Buceo y Unión". Esa sociedad se constituyó con un capital de ciento sesenta mil pesos, y su inscripción en el Registro respectivo fué informado por el entonces Fiscal de lo Civil señor Alfredo Vázquez Acevedo, hoy consejero nacional. El gerente de la empresa era el señor Rafael Pastoriza.

El 14 de Octubre del mismo año se crearon los regimientos de Caballería números 1, 2 y 3. El 18 del mismo mes y año, el gobierno autorizó a la Asociación Rural del Uruguay, para realizar la primera Exposición Ferial Nacional. Los gobiernos anteriores habían prestado su apoyo a esa iniciativa que la Asociación Rural sustentaba desde el año 72; pero diversas circunstancias habían impedido, hasta entonces, que ella cristalizara en realidad.

Había tres teatros en Montevideo: el Cibils, el San Felipe y el Solís. Al lado de éste y en la planta alta del edificio donde actualmente funciona un biógrafo, se encontraba instalado el Círculo Italiano, que tuvo en el asunto de Volpi y Patrone, una saliente actuación.

La calle Sarandí era el paseo nocturno de moda de la sociedad montevideana. La ley de ocho horas— nos dice una persona de aquella época—, ha venido a quitar a la calle Sarandí su aspecto clásico—, el aspecto con que la conocieron los que hoy tiene 70 y ochenta años. A lo largo de las vidrieras de las tiendas, profusamente iluminadas, que entonces había desde la plaza Independencia hasta la de

Constitución, la gente paseaba en pintorescos grupos por entre otros grupos estacionados en las aceras, hasta las 10 y 10 1/2 de la noche...

A los pocos metros de esa calle, donde hoy se encuentra ubicado el "Café Suizo", y momentos después de cesar el tráfico a que antes hacemos referencia, debía ocurrir una noche, el crimen objeto de esta nota.

Santos en el poder

En los últimos días del mes de febrero, don Antonino Vidal renunció la primera magistratura de la República que venía desempeñando desde la renuncia de Latorre con carácter provisorio. El 1.º de marzo el general Santos asumió el poder, constituyendo en la siguiente forma su ministerio:

De Gobierno, don José L. Terra; de Relaciones, don Manuel Herrera y Obes; de Guerra y Marina, don José M.ª V. Haza y de Hacienda, don Juan Lindolfo Cuestas.

Pero ya lo hemos dicho antes, y conviene tenerlo en cuenta: desde que se produjo la renuncia del coronel Latorre el verdadero primer mandatario fué, en realidad, el general don Máximo Santos.

CAPITULO II

Reconstrucción del crimen

El 17 de febrero del año 82, la población de Montevideo quedó profundamente impresionada al leer en "La Opinión Nacional", sección "Última hora", bajo el título de "Parte de policía", la siguiente nota informativa:

"Anoche, entre 10 1/2 y 11 de la noche, se ha cometido un horrible crimen en la calle Juncal número 69, casa de cambio de un señor Platero. El hecho, según se nos cuenta, pasó del siguiente modo: Estaba cerrando las puertas de este establecimiento el dependiente, joven de 15 a 16 años, cuando un individuo le pidió que le cambiase un peso en cobre. El dependiente, que nada sospechaba, se dio vuelta para tomar el dinero, cuando recibió un feroz golpe en

ESTUFAS A KEROSENE
Liquidamos

Alberto Brun & Cía.
Montevideo

Sabe Ud. cuál

es la casa de artículos para hombres más importante de Montevideo?

la cabeza. Vuelto en sí, le pusieron una mordaza y le hicieron abrir la caja donde estaba guardado el dinero. Después de haber saqueado completamente todo, se ensañaron con el indefenso joven, degollándolo. Que el peso de la justicia caiga sobre los alevosos asesinos."

He aquí lo que había ocurrido:

En la mañana del 17 de Febrero, el señor Platero, notó, al llegar al cambio, con la consiguiente sorpresa, que éste aún se encontraba cerrado. ¿Por qué? A esas horas Bentancor ya debía haber abierto el negocio.

En esas circunstancias acertó a pasar un vendedor de diarios, muy popular en aquel entonces en Montevideo, conocido con el mote de "El Payaso". Se unió al señor Platero y a los pocos instantes varios vecinos y transeúntes formaban un interesante grupo que comentaba, presintiendo ya alguna desgracia, la circunstancia anteriormente mencionada.

Se dieron fuertes golpes en la puerta del cambio y nadie contestó. Entonces se resolvió que "El Payaso" entrara por una casa de inclinación vecina al negocio hasta los fondos del mismo, donde había una ventana que le permitía el acceso al interior.

Hubo unos minutos de ansiedad. Después se oyó la voz azorada de "El Payaso", dentro del cambio, que decía:

¡Aquí hay un hombre muerto! Unos momentos más y "El Payaso", corriendo los pasadores, abrió la puerta: todos se precipitaron dentro.

En el sitio señalado en el plano con la letra C, había un balde con agua en medio a un enorme charco de sangre. Alrededor y en todo el espacio que sus miradas abarcaban, se encontraban, impresas en sangre, las huellas de muchas pisadas. Levantaron la vista, dirigiéndola por encima del mostrador y pudieron ver las cajas de caudales, completamente abiertas y,

dentro, un montón de papeles en desorden.

El lugar del crimen

Hagamos, antes de seguir adelante, una rápida descripción de la forma en que estaba dispuesto el local referido. Daremos de paso, algunos detalles interesantes que conviene tener en cuenta para darse una idea más exacta de la forma en que fue consumado el crimen.

El cambio de los señores Platero, estaba instalado, como lo decíamos en la nota anterior, en



Lorenzo Latorre

la misma casa donde hoy se encuentra el "Café Suizo". Pocas diferencias ofrece entre aquel entonces y hoy el sitio referido. La casa, en conjunto, no ha sufrido modificaciones. Tenía la misma puerta de entrada (A) que hoy tiene y la vidriera que hoy luce (B) es la misma donde el año 82 se exhibían toda clase de billetes y monedas. La letra D, indica el mostrador, que iba, desde un extremo de la vidriera hasta un tabique (I) que dividía el cambio del interior de la casa. Detrás de ese mostrador, en los puntos señalados con las letras F y G estaban las cajas de

caudales. Para llegar detrás del mostrador, era menester atravesar el tabique por la puerta señalada con la letra H primeramente, y volverlo a hacer luego por la otra puerta que lleva la letra J. Los propietarios del cambio tenían un hermano al cual no le habían sido favorables unos negocios que en el ramo de ropería había emprendido. Del desastre pudo salvar algunas mercaderías, y sus hermanos no tuvieron inconveniente en cederle una parte del local (L) para que las depositara y fuera negociándolas poco a poco, a ser posible, entre aquellas mismas personas que visitaban el cambio.

Los señores Platero se retiraban, por lo común, a la hora de la cena, y no volvían hasta el día siguiente. A cargo del negocio, quedaba, entonces, el único empleado de la casa: Juan Betancor, un buen muchacho de unos 16 años.

Algunos detalles interesantes

El edificio ocupado por el cambio Platero era propiedad del señor Lázaro Sivori, padre de una de las más ponderadas bellezas de la época, — doña Mariquita Sivori — propietaria de la tienda "La Nueva Sirena", la misma, precisamente, que conocen nuestros lectores, que se encontraba ubicada en la calle Cerro, hoy Bartolomé Mitre, entre las de Sarandí y Buenos Aires, vale decir, en el mismo sitio en que actualmente se encuentra, con la única diferencia de que en aquel entonces, el negocio no llegaba, como hoy, hasta la esquina formada por las calles Cerro y Sarandí.

En esa esquina se encontraba ubicada la "Botica del Romano". En los altos de "La Nueva Sirena" vivía un facultativo italiano, el señor Testaseca, con su familia. Algunos colegas y compatriotas del mencionado médico — entre otros los señores Aulicini y Marotta — vivieron también allí en diferentes épocas. Todos ellos eran médicos de la armada italiana, que al llegar en diversos buques a Mon-

HAMACAS PARA NIÑOS

Alberto Brun & C.a - Rincón esq. Ituzain - Plaza Constitución

tevideo y apreciar las perspectivas que ofrecía la plaza, resolvieron renunciar sus cargos, para radicarse definitivamente en la muy fiel y reconquistadora.

¿Cómo se cometió el crimen?

Entre los primeros funcionarios que concurrieron al cambio Platero en las circunstancias que anteriormente mencionamos, se contaban el Jefe Político de la Capital señor Francisco Leonidas Barreto, el oficial 1.º de la referida repartición comandante Dupuy, el comisario de la 1.ª sección coronel Fernando Quijano y otros altos empleados policiales.

Todos pudieron constatar frente al impresionante cuadro con que se encontraron, — que más arriba describimos, — la gravedad del suceso.

El cadáver de Betancour

Trasponiendo el tabique divisorio señalado con la letra I, se pudo ver que las pisadas de sangre no solo se continuaban en el trayecto indicado por la letra K sino que también se encontraban junto a la puerta señalada con la letra J. Mientras unos seguían aquel trayecto, otros empujaron esa puerta.

Tras el mostrador, frente a las cajas de caudales (E) se encontraba tendido boca abajo en medio a un charco de sangre, el cuerpo de un hombre que ofrecía en la parte superior de la cabeza una gran desgarradura del cuero cabelludo, pudiéndosele además ver en el saco, entre los dos homoplatos, un agujero alrededor del cual la sangre se había coagulado luego de correr por la espalda y formar el charco en medio del cual se encontraba el cadáver. El muerto no tardó en ser identificado. Era el empleado del cambio Platero, — Betancour.

Los que se dirigieron al fondo de la casa, hasta el patio, (L) solo pudieron constatar que aquel cuyas pisadas quedaron impresas en sangre, fué, desde el sitio en que se cometió el crimen al patio referido, probablemente a buscar el balde de

agua que aparecía a la entrada del local.

Reconstrucción del crimen

Sobre los detalles que hemos proporcionado y sobre otros que proporcionaremos más adelante, trataremos de reconstruir el crimen.

Debemos antes sin embargo hacer una aclaración. Es muy posible que algunos de los detalles aludidos sean erróneos. A casi cuarenta años del suceso, e tarea harto difícil ofrecer una nota del mismo, como si hubiera ocurrido ayer. La gente de aquella época, que aún vive, y a la que durante un largo lapso de



Máximo Santos

tiempo hemos estado molestando con nuestras requisitorias, apenas si conserva vagos recuerdos del célebre proceso; las ediciones de los libros y folletos publicadas sobre el particular, que no están agotadas, constituyen en realidad antecedentes que solo servirían para desnaturalizar nuestro propósito, pues se trata de truculentos novelones en los que la verdad ha sido sacrificada a un gusto literario de modistilla romántica... En cuanto a los diarios de la época ya hemos dicho que su información

era deficiente hasta lo inconcebible.

Con todo podemos afirmar que este relato, en general, responde a la verdad de los hechos y puede constituir muy bien la versión más aceptable de cuantas han circulado hasta la fecha.

Las nueve de la noche

A esa hora, indiscutiblemente, y no a las 10 y 1/2 como lo dice "La Opinión Nacional", en el suelto con que terminábamos nuestra primera nota, — debe haber sido cometido el crimen.

¿Fué éste premeditado? Todo autoriza a creerlo así. El criminal conocía bien el cambio Platero. Más: conocía perfectamente al empleado Betancour, así como el régimen impuesto por los dueños de la casa y sabía por eso, cuál era la hora más apropiada para intentar la aventura: aquella en que Betancour solo en el cambio, procedía a cerrar sus puertas.

Más aún: es indudable que la noche del 16 de Febrero, el criminal había merodeado, desde muy temprano, por los alrededores de la casa, observando el movimiento que había en el interior, ya en frecuentes pasadas por el frente del negocio, ya desde la plaza Independencia.

Probablemente el criminal, formó también parte de la caravana que transitaba frente a las vidrieras iluminadas de la calle Sarandí; y lo hizo con el propósito de constatar que por ese lado no podía temer ningún peligro, para lo cual esperó pacientemente que la calle Sarandí quedara desierta.

Ya hemos dicho que el movimiento de transeúntes en esta calle era generalmente intenso hasta las diez y diez y media de la noche. En esas circunstancias era imposible tentar la aventura. El cambio Platero solo distaba unos cincuenta metros del paseo de moda, y quien la hubiera tentado se habría expuesto a ser descubierto y capturado antes de cumplir sus fines.

¿Nos equivocaremos mucho al afirmar que el criminal tuvo que esperar varios días para llevar a

HAMACAS PARA NIÑOS

Alberto Brun & C.a - Rincón esq. Ituzaingó - Plaza Constitución

La Gran Casa Spera

puede vender barato por la razón que todas sus mercaderías son importadas directamente.

cabo su plan? Casi seguramente que no. El criminal frecuentó durante varios días los alrededores del cambio Platero, y el cambio Platero mismo, llegando a entablar relación con Betancor.... En unas ocasiones el tráfico en la calle Sarandí no había cesado cuando se cerraba el negocio; en otras el negocio se cerraba a hora propicia para intentar el golpe, pero Betancor salía del mismo con los últimos clientes o con visitantes. Lo cierto es que el hombre, una vez trazados los planes, debió esperar un buen lapso de tiempo, la oportunidad adecuada para poderlos realizar.

No se agotó, sin embargo, su paciencia. Aguardó la ocasión favorable, sin medir consecuencias, fijo el pensamiento en aquellos billetes que se ofrecían a su codicia en la vidriera del cambio.... Y la ocasión, tan pacientemente esperada, se presentó al fin...

En el cambio

Ya hemos dicho que dentro de la casa sólo se encontraba el único empleado de la misma, Betancor. El muchacho, a eso de las 8 y 1/2 de la noche, había terminado sus quehaceres. Se asomó a la puerta y pudo constatar que, contra lo común, había cesado ya el movimiento en la calle Sarandí, por lo cual se decidió a cerrar el negocio. Sacó a la calle los postigos de la vidriera y los colocó en su sitio. Eran esos postigos antiguos con dos cabezales de hierro que penetraban por unos agujeros al interior de la casa, y en cuyos extremos, que tenían ranuras, se ponían las chavetas. Aún hoy pueden verse esa clase de postigos en muchos establecimientos.

Betancor, como decíamos, colocó los postigos en la vidriera y luego hizo lo propio con los que correspondían a la puerta. Enseguida entró una vez más al local, con el fin de colocar las chavetas. No había caminado media docena de pasos por el

salón, cuando sintió la presencia de alguien en la entrada. Se volvió, y encontróse frente a un hombre mal trajeado y de sospechoso aspecto.

—He aquí lo que había ocurrido:

El criminal, que desde temprano merodeaba por los alrededores del cambio Platero, desarrolló el mismo plan que con toda seguridad había desarrollado durante varios días. Paseó por la calle Sarandí, confundido entre los grupos de gente estacionados y los que transitaban, formulando, acaso, votos en su fuero interno, porque pronto todos aquellos desprevenidos viandantes le dejaran el campo libre...

Minutos después, a eso de las 8 y 1/2, fué a estacionarse en la plaza Independencia, frente al cambio Platero, observando lo que ocurría en el interior del mismo, y pudo ver, regocijado, que Betancor se disponía a cerrar el negocio, al propio tiempo que los últimos transeúntes abandonaban la calle Sarandí; siguió en sus menores detalles, los movimientos de su víctima, y cuando éste, colocados ya los postigos de la puerta, penetró al cambio, juzgó que había llegado la hora tan vivamente esperada, y, cruzando resueltamente la calle, hizo su aparición en el local.

—Fué el momento en que Betancor, sintiendo la entrada de alguien, se volvió...

El crimen

¿Hubo diálogo? Probablemente, sí. Probablemente los datos contenidos a ese respecto en el suelto de "La Opinión Nacional" que transcribimos en nuestra primera nota, son rigurosamente exactos. El criminal entró al cambio intempestivamente y echando mano al bolsillo sacó un peso en plata—, un "fuerte"—, solicitando a Betancor que se lo cambiase en cobres.

—Es ya tarde... Voy a cerrar...

El hombre empleó entonces un tono convincente.

—Es cuestión de dos minutos; necesito cambio y no hay por aquí ninguna otra casa abierta.

¿Le creyó Betancor? O quiso simplemente deshacerse cuanto antes del sospechoso visitante? Seguramente ocurrió esto último, y más adelante hemos de poder confirmarlo plenamente.

—Bueno; voy a darle el cambio—, dijo.

Y se volvió, con el propósito de pasar detrás del mostrador. Pero no llegó a hacerlo. No bien había vuelto la espalda, cuando el visitante, sacando de entre sus ropas una cachiporra, descargó un formidable golpe sobre la cabeza del muchacho. Este, sin dar un grito, se desplomó boca abajo, bañado en sangre.

El criminal opera

Rápidamente, el criminal se dirigió a la puerta; asomóse a la calle; observó que ésta continuaba desierta y cerrando aquella para poder maniobrar a gusto, se aproximó a Betancor. Registró sus ropas nerviosamente, sin que la víctima diera señales de vida y tras una búsqueda febril dió con las llaves de la caja de caudales. Cruzó el tabique y llegando frente a una de las cajas, introdujo una de las llaves en la cerradura de la misma. La hizo girar, primero suavemente, luego con fuerza. La caja no se abrió. Probó otra llave, también inútilmente. Lo mismo hizo con las restantes...

Enloquecido, más que de furia de terror, dirigióse a la otra caja, repitiendo la manobra. Pero esta vez, el éxito coronó sus afanes. La caja abrióse ante sus ojos fulgurantes de codicia, y en ella introdujo primero sus manos, luego, casi medio cuerpo...

Y su terror llegó a lo inconcebible: la caja sólo contenía papeles sin valor... Había asaltado y matado sin provecho alguno. Quizá dentro de un momento la puerta de calle se

Regalamos trimestralmente a nuestros favorecedores un valioso juego de muebles

Alberto Brun & Cía.

Rincón esq. Ituzaingó

La Gran Casa Spera

puede vender barato por la razón que todas sus mercaderías son importadas directamente.

«abrirla... Volvió, fuera de sí, hacia la otra caja. Allí estaba el dinero; el de la vidriera y quién sabe cuánto más... Probó nuevamente todas las llaves; pero todo fué inútil. La caja permanecía inviolable... Y, sin embargo, una de esas llaves venía bien, porque con ella giraba la cerradura. Era, sin duda alguna, la llave de esa caja. ¿Por qué ésta no se abría, entonces? Forcejeó, primeramente con timo, luego sin fijarse en lo que hacía. De pronto cruzó una idea por su cerebro: ¿y si Betancor no estuviese muerto?

Ensamblamiento

Volvio al sitio donde éste permanecía tendido, y palpó nerviosamente su cuerpo. Colocó sobre una de sus rodillas la cabeza del muchacho y aguzó el oído... Una respiración de agonía, casi imperceptible, salía de entre los labios contraídos de la víctima... El hombre no perdió tiempo.

Cruzó una vez más el tabique y desapareció en el fondo de la casa. Al cabo de unos segundos reapareció trayendo un balde. Se arrodilló frente a Betancor y arrojó sobre su cabeza agua en abundancia. Lentamente el chico abrió los ojos posando su vista nublada sobre el accidental protector. Este lo sacudió fuertemente.

—La caja... ¿Cómo se abre la caja?

Betancor, vuelto en sí, era presa del terror:

—No me mate! Por mi madre, no me mate!

—No te mato; pero vas a abrir la caja!

—Yo le daré todo; pero no me mate!

Nuestro hombre no podía perder el tiempo en escuchar suplicas. Tomó en brazos a Betancor y volvió con él detrás del mostrador... Y mientras el muchacho hacía girar la llave, el desconocido, que con la mano izquierda sostenía a su víctima para que cumpliera su pedido, sacó con la derecha de la cintura un largo estileto, y esperó...

La llave giró y con la llave la cerradura; luego Betancor tocó un resorte oculto y la puerta de la caja, rechinando, comenzó a abrirse... El hombre, sin esperar más descargó una terrible puñalada sobre las espaldas del muchacho. Este cayó pesadamente, cuan largo era, sin exhalar un ay.

Minutos después, el hombre se asomaba cautelosamente a la calle. Esta continuaba desierta. Echó una breve mirada atrás y entornando la puerta se lanzó resueltamente afuera, desapareciendo en las sombras...

CAPITULO III

Betancor

Juan Betancor era hijo de un súbdito español del mismo nombre, que había llegado al país hacia treinta y siete años y que, —prueba evidente de la consideración que había sabido captar—



Betancourt, víctima

se— desempeñaba a la sazón el cargo de juez de paz del entonces pueblecito de Maroñas, correspondiente a la 2.ª sección judicial de la Villa de la Unión.

Don Juan Betancor, que desde su llegada a nuestro país se dedicaba a los negocios de abasto, se había casado aquí en Montevideo con Juana Pereyra, oriental, de 19 años de edad en la época del enlace.

De ese matrimonio resultaron cinco hijos: Juana, que tenía 20 años cuando ocurrió el crimen; Bedulia, de 18; Juan, la víctima de 17; Ramón, de 15 y Teresa de trece.

A la edad de 28 años falleció Juana Pereyra y algún tiempo después, don Juan Betancor contrajo segundas nupcias con una hermana de la extinta, llamada Lola. De este nuevo matrimonio resultaron cuatro hijos: Manuel, Domingo, Agueda y otro varón, nacido después del crimen, a quien se dió el nombre de Juan, como recuerdo de la víctima.

El año 82 don Juan Betancor vivía con los miembros de su familia, ya citados en una casa-quinta de la calle de los Corrales —que dividía la Unión de Maroñas—, señalada con el número 36.

La víctima del crimen había nacido el 15 de Julio del año 65, —a las 3 y 3/4 de la mañana según consta en un documento que hemos tenido a la vista— en una casa de la Unión —calle 18 de Julio—, que entonces alquilaban sus padres.

A los seis años ingresó a una escuela particular de primeras letras —la única que existía en la Unión— de la cual salió el 3 de Noviembre del 77 para ingresar a una de segundo grado que había comenzado a funcionar bajo la dirección del profesor don Antonio Mugar. Día por día, después, pudieron constatarse sus progresos.

La familia Betancor mantenía estrechas relaciones con la de don Francisco Platero, que habitaba una casa de la calle Queguay señalada con el número 209.

Betancor se emplea en el cambio Platero

El 22 de Julio del año 1880, doña Lola Pereyra de Betancor,

Terracottas bronceadas legítimas
RECIENTES RECIBIDAS **Alberto Brun & Cía.**

No dude Vd.

en optar por la conveniencia de vestir bien y para-
to desde el sombrero hasta los zapatos

GRAN CASA SPERA - 531 SARANDI 53⁹

La madrastra de Juan, tuvo necesidad de venir al centro de Montevideo, a objeto de efectuar diversas compras. Al salir de una tienda de la calle 25 de Mayo, se encontró accidentalmente con la esposa de don Francisco Platero, trabando amigable conversación. La madrastra de Juan, hablaba de los adelantos de éste en la escuela, dejando entrever su intención de hacerle suspender los estudios, para que comenzara a trabajar. La esposa de Platero, a su vez, le insinuó la idea de ver a su marido, que a la sazón buscaba un chico para su casa de cambio de la calle Juncal. La idea fué aprovechada por la familia Betancor, se hicieron las diligencias de práctica y pocos días después, el 26 de Julio, — Juan entraba a prestar servicios en el cambio Platero en calidad de dependiente.

Aparece Carvajal

La vida de Juan Betancor cambió desde ese entonces, de aspecto. Comenzó a gozar de alguna libertad, pero siempre dentro de los límites señalados por la vigilancia paterna y, sobre todo, por su carácter, dado al trabajo y al retraimiento.

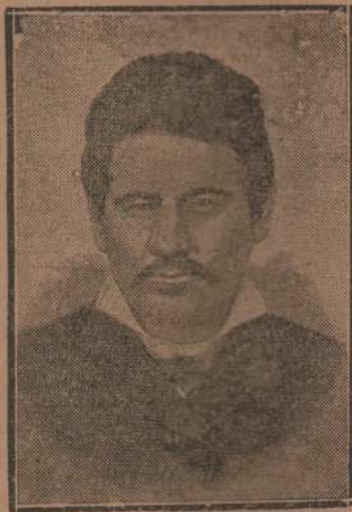
Por regla general, sus expansiones se limitaban a un paseo nocturno que nunca se prolongaba más de las 10. En esas circunstancias se hizo de algunas relaciones. Podemos precisar cuales eran: un muchacho llamado Manuel Jiménez, empleado, cortador de la "Sastrería Anónima", que estaba ubicada al lado del cambio Platero; un viejo acomodador del teatro Cíbils, cuyo nombre no nos ha sido dable averiguar, y un empleado de la armería Brocqua y Sholber, que hoy se encuentra ubicada en la calle Sarandí entre las de Juncal y Bartolomé Mitre, y que en aquel entonces ocupaba el local de la calle Rincón entre las de Mitre y Juan Carlos Gómez, precisamente donde ahora se en-

cuentra instalada la "Sombrería Manocci".

En los últimos días de Noviembre de 1881, — tres meses antes de ocurrir el crimen, — Betancor se hizo de un nuevo amigo: José Carvajal, alférez del Ejército y además, afiliado a ese gremio de curiales de pleitos perdidos que el diccionario popular, gráfico siempre en sus expresiones, designa con el nombre de "aves negras". Merodeadores peligrosos del foro, siempre a la pesca de asuntos turbios en los pasillos de los tribunales y siempre dispuestos lo mismo para un fregado que para un barrido.

Empieza el drama

¿Cómo conoció Betancor al alférez Carvajal? Podemos afirmar que lo que ocurrió fué precisamente lo contrario: fué Carvajal quien conoció a Betancor.



José Carvajal en la época del crimen

¿En qué forma? Mas adelante lo estableceremos.

Carvajal, lo repetimos, conoció a Betancor; se interesó por su amistad y pugnó por-

que las relaciones adquirieran marcada intimidad.

Esto fué conseguido a medias; y, para comprenderlo, para darse una idea exacta de ese detalle que constituye, sin duda alguna, el extremo del hilo, como dicen los pesquisantes de la gran madeja, es menester que conozcamos personalmente a Carvajal.

Volvamos, por breves instantes, al cambio Platero.

El cadáver de Betancor estaba tendido, como ya lo hemos dicho, boca abajo, en una línea oblicua con respecto a la vertical de la caja de caudales violada; tenía el brazo derecho abierto y sobre él recostaba la cabeza; las manos crispadas y, sobre la manga izquierda del saco se veía patente el rastro ensangrentado de una suela de botín.

Al pie de la caja, muy cerca del cadáver, había un billete de 100 pesos del Banco de Buenos Aires. Dentro de la caja, se encontraron, intactos, varios paquetes de libras esterlinas de a 25 pesos cada uno y 79 estuches de alhajas recibidas en empeño. El robo, en resumidas cuentas, ascendió a casi tres mil patacones, estando constituida, gran parte de esa suma, por monedas americanas de oro. El apuro con que el criminal debió proceder, impidiéndole, sin duda alguna, cargar con todos los valores que en el cambio había.

Las heridas de Betancor

En el occipital presentaba el primer golpe, un formidable golpe producido con un objeto contundente que fué calificado de mortal por los facultativos que concurrieron al sitio del suceso. Había interesado el cerebro.

Presentaba además el cuerpo del infortunado muchacho, una profunda herida en la nuca, que había atravesado el cuello de parte a parte. La puñalada, asestada sobre la cavidad de la médula, por entre las primeras vértebras, dividía una de las arterias carótidas, perforándola, y, al paso, había cortado el bulbo.

Esa herida había sido ocasionada con un estileto; pero en forma tan brutal, que el arma debió ser vuelta sobre sí misma muchas veces, en un inconcebible ensañamiento...

Biscuits, Porcelanas y Paneras
Gran Novedad *Alberto Brun y Cia*

No dude Vd.

en optar por la conveniencia de vestir bien y barato desde el sombrero hasta los zapatos

GRAN CASA SPERA - 531 SARANDI 539

Una frase

Los facultativos Paseyro, Constant y Canaval, fueron los encargados de elevar a la Jefatura el informe médico correspondiente.

Cuando con el cadáver a la vista, los galenos de la referencia cambiaban con los funcionarios policiales las primeras impresiones sobre el suceso, alguien que figuraba en la primera fila de curiosos, exclamó en voz alta:

— ¡Pobre muchacho!

El señor Barreto, Jefe Político fué el primero en volverse, no tardando en reconocer a uno de sus amigos. Quien había lamentado el crimen en los términos antes consignados, era el alférez Carvajal.

Carvajal en funciones

¿Qué hacía Carvajal en el cambio Platero al descubrirse el crimen? Nosotros no vamos a contestar en forma precisa esa respuesta, porque ello equivaldría a desnaturalizar el carácter que venimos dando a esta narración amén de importar una afirmación que a esta altura del relato podría ser calificada de temeraria.

Preferimos distraer un momento la atención del lector, para recordarle el procedimiento que actualmente siguen, en casos parecidos al presente, las policías europeas, y los procedimientos atribuidos a los legendarios personajes que han servido para popularizar, entre otros, los nombres de Conan Doyle y Maurice Leblanc...

Cometido un crimen, no se va a buscar al criminal lejos del escenario en que el crimen se verificó. Por el contrario, se le tienden celadas en el mismo teatro del suceso. Se da por establecido que el criminal, por instinto, "no puede" haber ido muy lejos. No es que le atraigan esas fuerzas superiores de que nos hablan en aterrorizadores folletines los novelistas predilectos de los espíritus de caracol... Es simplemente una cuestión de lógica. Al criminal no le conviene alejarse del sitio en que consumó el crimen, y de aquel en que se desarrollarán las tramitaciones tendientes a su esclarecimiento. ¿Por qué? Porque necesita estar al tanto de ellas, para aprovechar la primera

oportunidad que se le ofrezca en el sentido de encaminarlas a su antojo.

Un psicólogo amigo de profundizar estas cosas, escribiría un interesante libro a propósito de la presencia de Carvajal en el cambio Platero, en la mañana del 17 de Febrero de 1882. Nosotros nos limitamos a dejar constancia que el alférez Carvajal llegó, en presencia de la policía y de la justicia hasta el cadáver de Betancor, y que sacando cuanto provecho pudo de su amistad con el Jefe Político señor Barreto, intervino activamente en las primeras diligencias sumariales que se practicaron, emitiendo opinión acerca del suceso, y tratando de que esa opinión prevaleciera sobre la de los demás.

Dice al respecto un cronista de la época:

"Interrumpiendo a uno de los médicos, — el señor Paseyro, — el alférez Carvajal se dirigió al Jefe Político, diciéndole:

"Si ustedes me permiten, yo voy a dar mi idea. Pienso que para todo esto se ha necesitado más de un hombre. Con toda seguridad, los criminales han sido dos o tres".

¿Qué relación establece el lector entre esta afirmación de Carvajal por demás prematura, y las ulteriores del sumario en las que "tres personas" aparecieron como autoras del crimen? ¿Hubo o no hubo una serena premeditación?

CAPITULO IV

José Carvajal

Quizá la respuesta más atinada a esas interrogaciones surja por sí sola de la biografía del alférez Carvajal.

Nació el 21 de Junio de 1855 en el Paso del Palmar, departamento de Soriano, próximo al Arroyo Grande.

Su padre, también llamado José Carvajal, casado con María Negrete, fué mayor del ejército y segundo jefe de la escolta del general Suárez. Ese matrimonio tuvo siete hijos, de los cuales José era el segundo.

Desde muy chico, José Carvajal fué, entre los muchachos de su edad, lo que en nuestro idios se llama "un gran piedra". A los catorce años

formó como soldado en la escolta que subcomandaba su padre.

Terminada la guerra, José Carvajal ingresó a la escuela a fin de completar sus primitivos estudios. "El Nene" le llamaban sus condiscípulos y a fé que hizo honor al apodo: cierto día, con motivo de una discusión con sus compañeros de clase, armó tan mayúsculo escándalo, que el maestro se vió obligado a decretar su expulsión...

Carvajal volvió a su casa y en ella permaneció hasta el año 71, en que formó de nuevo en la escolta que subcomandaba su padre, con el grado de cadete, para encontrarse en la batalla del Sauce, donde hizo derroche de valor...

Tiempos después, ya muerto su padre, Carvajal aparece en Montevideo alquilando una casita en la calle Tacuarembó entre las de Colonia y 15 de Julio. Se preocupó de perfeccionar sus rudimentarios estudios, y lo hizo ingresando a la sociedad "Amigos de la Educación Popular", que dirigía don Elbio Fernández, donde logró adquirir una beca.

Cuando estalló la revolución contra el gobierno de Varela, Carvajal fué uno de los primeros voluntarios que se presentó al S.O. de cazadores manchando con ese cuerpo a Santa Rosa. Terminada la revolución, Carvajal volvió a Montevideo con el grado de alférez.

El batallón S.O. instalado en un cuartel frente a la plaza Cagancha, había cambiado de número, por disolución de los que llevaban los números 6 y 7. Llevaba el N.O. 6.

En esta época, Carvajal aparece complicado en un suceso pintoresco. De la pieza de un oficial del batallón mencionado con quien Carvajal vivía, desaparecieron cierto día un reloj de oro y 30 patacones. Nunca se dió con el autor del robo...

En Noviembre del 77, el batallón 6.O fué disuelto. Carvajal volvió a su casa con sólo sus despachos de alférez. Aquí empiezan para él una serie de pintorescas peripecias.

En Febrero del 78 obtuvo cédula de inválido. ¿Motivos? Una herida que recibió en la batalla del Sauce que lo había dejado semicojo. Enseguida Carvajal se dedicó a la procuración: "tramitaba asun-

Biscuits, Porcelanas y Paneras
Gran Novedad *Alberto Brun y Cia.*

Cuando quiera Vd.

convencerse que lo que anuncia vende, no tiene más que visitar la Gran Casa Spera, 531 Soriano 539.

tos ante el gobierno. — dice un cronista de la época. — cobraba haberes militares y pensiones de viuda, sacando algunos pesos de cierta clientela ante la cual finalmente, concluyó por descomptarse".

prendió nuevamente sus andanzas curialescas.

Volpi y Patrone

Era a la sazón Jefe Político de Soriano el coronel Giménez.



Reconstrucción del crimen

La situación se le hizo insostenible. Una serie de trampas le habían creado una vida de sobresaltos. Entonces el hombre emigró y fué a sentar sus reales en Mercedes, capital del departamento de Soriano, donde em-

Un buen día, por disposición del mencionado funcionario, dos súbditos italianos, Rafael Volpi y Vicente Patrone, cuya procedencia no hemos logrado establecer, llegaron en calidad de presos a la Jefatura.

Volpi. — mercachifle ambulante, y Patrone, acopiador de cueros, — eran acusados por la policía chaná de un abigeato. Ambos quedaron detenidos. Instados a designar defensor, nombraron a José Carvajal.

Aquí hemos llegado a una de las principales peripecias de este drama gigantesco.

Carvajal y sus negocios

Después de escuchar las manifestaciones de sus defendidos, Carvajal les propuso el siguiente "negocio":

Volpi y Patrone debían entregarle quinientos pesos y él, a su vez, se comprometía a hacerles entregar por el Estado la suma de cinco mil pesos por concepto de daños y perjuicios.

Los dos italianos consultaron el punto y decidieron entregar a Carvajal, como anticipo de los honorarios de su defensa, la cantidad de trescientos pesos. Excusamos decir que Carvajal se dió por bien servido.

Los días pasaron. Volpi y Patrone, en realidad inocentes del abigeato de que se les acusaba, empezaron a ver claro en los manejos de Carvajal, que no había vuelto a visitarlos... Y puestos en libertad, por falta de pruebas, decidieron venir a Montevideo, para proseguir el juicio por detención indebida contra la Jefatura de Soriano.

Por ese entonces, Carvajal, cargado de deudas que no tenía posibilidad de solucionar, decidió abandonar Mercedes, y vino a radicarse a la capital, en compañía de una mujer conquistada en tierra chaná, de nombre Enriqueta.

Cuando Carvajal llegó a Montevideo, fracasado su propósito de hacer fortuna en Mercedes, se encontró en una situación verdaderamente crítica, agravada más aún por la compañera que se había procurado en la "perla del Hum", al decir de los cronistas de la época, cuya manutención debía sufragar, además del alojamiento.

Cretonas Inglesas

Alberto Brun & Ca. - Rincon esq. Ituzaingó

¿Es Vd. fumador?

Pruebe nuestro **LEGITIMO**

TOSCANO

PETRARCA

Unicos

Agentes:

R. Carli & Cia.

-- -- Calle CERRITO 714 -- --

Teléf. Uruguay 3410 Central

y compáralo con
sus similares

Pero hombre hecho a las situaciones críticas, no se apuró mayormente, dirigiéndose con su ocasional consorte a una posada ubicada en la calle Río Negro, — la “Fonda Española”. Tomó allí una modesta pieza y se dijo de inmediato a pensar la forma en que podría salir airoso del atolladero en que se había metido.

Y aquí tiene lugar el primer grave traspié del alférez Carvajal.

Un cuento

Al poco tiempo de encontrarse en Montevideo, Carvajal aparece un día frente a la casa de un oficial del Ejército, — el mayor Patiño, — solicitando, grave y misteriosamente, una entrevista para tratar, — dijo, — “un asunto delicadísimo”.

El mayor Patiño accedió de inmediato a la solicitud y Carvajal, en voz baja, como temiendo que hasta las paredes oyesen, le contó que “personas altamente colocadas — (tomamos estas líneas de una declaración formulada por el propio mayor Patiño) — lo habían puesto en contacto con varios individuos maleantes, a fin de combinar la manera de asesinar a Herrera y Obes, con motivo de unas violentas publicaciones que venía haciendo contra el gobierno”.

Y agregó:

— “Yo no quiero que se consuma ese crimen. Yo soy un hombre honrado. No puedo nombrar a las personas aludidas, porque mi propia vida se encuentra en peligro”.

El mayor Patiño, — íntimo amigo de Herrera y Obes, — y Carvajal conocía esa intimidad, — cayó en el lazo.

— “Usted, — le dijo — se instalará aquí en mi casa, donde permanecerá oculto. Lo demás corre de mi cuenta”.

Y he aquí cómo Carvajal se procuró, gratuitamente, un buen alojamiento. En cuanto a Enriqueta, su compañera, la sacó de la “Fonda Española”, — firmando al dueño del establecimiento un vale en el que reconocía su deuda y dejando un bátil en empeño, — y la instaló en una pieza de huéspedes ubicada en la calle Maldonado N.º 49, donde solo le cobraban cinco “pesos fuertes” al mes.

Dice una crónica de la época haciendo una descripción de esa pieza:

“El mueblaje era de lo más pobre que puede imaginarse: consistía en un catre, dos sillas “rengas”, un par de cajones que dragoneaban de ropero, una rústica mesita, un lavatorio de hierro, un brasero y algunos útiles de cocina”.

Excusamos decir que las misteriosas revelaciones que Carvajal formuló al mayor Patiño, constituían, sim-

plemente, un pintoresco cuento del tío...

Aspiraciones

El terrible alférez permaneció oculto durante ocho días en la casa del mayor Patiño y aparentaba encontrarse vivamente preocupado. Al cabo de esos ocho días, comenzó a hacer ciertas salidas nocturnas. Diez días después entraba y salía de la casa a toda hora como Perico por su casa... El mayor Patiño, hombre delicado, no le hizo jamás ninguna observación...

Pero no bastaba tener asegurados el techo y el pan de cada día. Carvajal, hombre mujeriego, se hizo en poco tiempo de varias novias, y soñaba con colmarlas de obsequios y vivir, a su vez, en medio de grandes esplendores...

Nuestro hombre llegó a tener la obsesión de la riqueza, y empezó a resbalar por la pendiente del delito, primero con alguna lentitud, más tarde vertiginosamente...

Lleno de trampas

Frecuentaba la Jefatura donde tenía algunos amigos y saboteaba a éstos sin consideración de ninguna especie. Pedía a unos para pagar a otros. Se pasaba el día abriendo y tapando agujeros...

Solicitaba crédito en las casas de

La Gran Casa Spera

es la que posee el mejor y más variado surtido de casimires ingleses y franceses recibidos directamente. Casa Importadora, Rincón 534.

comercio y giraba contra las mismas en forma tan despiadada, que al poco tiempo tuvo que andar por la calle en tren de "gambetas" a fin de evitar el peligro de las cobranzas...

Su situación llegó a un extremo realmente inconcebible; pero Carvajal, lejos de reaccionar, siguió caminando adelante por aquel despeñado... Dendur de todo el mundo, huyendo de unos, aislado por otros y dispuesto siempre a salirse con la suya, el hombre acabó por perder del todo la vergüenza...

Una sabrosa aventura

Terminemos con la biografía del interesante personaje, narrando una sabrosa aventura, premeditada y llevada a cabo con una entereza sin igual.

Un día domingo, Carvajal decidió oír misa en la Iglesia del Cordón, de la cual era teniente cura un sacerdote a quien los feligreses llamaban el padre Nicolás.

Cuando Carvajal penetró a la Iglesia ésta se encontraba "au grand complet". Tomó asiento en un lugar visible y luego se arrodilló con una devoción realmente conmovedora...

Terminó la misa y Carvajal seguía arrodillado, las manos juntas, la mirada en éxtasis. El último de los feligreses abandonó el templo; se empezaron a apagar las velas en los altares; se apagó la última; reapareció el padre Nicolás luego de haberse quitado los hábitos de oficiar y Carvajal continuaba dándose golpes en el pecho...

El sacerdote desde un sitio próximo, le observaba, ya conmovido. Por último llamó al sacristán y le mandó decir que el oficio había terminado...

Carvajal, todo compungido, solicitó permiso para permanecer unos minutos más en la Iglesia, entregado a sus rezos. Entonces el padre se le acercó, y trató, bondadosa y prudentemente, de hablar con el alférez...

Una historia de desdichas

Abreviemos. Carvajal contó al cura una historia de terribles desdichas y terminó diciendo que estaba a punto de saltarse la tapa de los sesos...

El buen sacerdote tragó el anzuelo. Invitó a Carvajal a seguirlo a sus habitaciones y una hora después, firmemente convencido de que había salvado un alma, departía con él frente a una bien servida mesa. Días más, y ambos eran íntimos amigos. Carvajal llegaba diariamente a las habitaciones del padre Nicolás a recibir buenos consejos y, de paso, una que otra ayudita pecuniaria...

Una mañana en que el devoto alférez tomaba en compañía de su confesor una taza de chocolate, el sacristán anunció al sacerdote la visita de dos damas. El padre Nicolás, luego de un "vuelvo enseguida", dejó solo a su huesped.

Un cronómetro en danza

Carvajal paseó escrutadoramente su mirada por la pieza y la detuvo sobre una mesita de noche, donde el



Francisco Bareto, Jefe Político, era teniente alcaide los útiles de "toilette". Pendiente de un cordón de seda negro, brillaba un precioso cronómetro "Roskell", de oro y con incrustaciones de brillantes.

Nuestro hombre no vaciló: dejó su asiento, tomó una navaja de afeitar que había sobre la mesita; cortó el cordón de seda y se guardó el reloj en el bolsillo. Al poco rato reapareció el padre Nicolás. Carvajal cambió con él breves palabras y se despidió

del mismo hasta el día siguiente.

Al día siguiente no volvió. El cura, que había descubierto el robo, sufrió un tremendo desengaño. Pero he aquí que a los dos días Carvajal se presentó nuevamente, más alegre y confiado que nunca...

El padre Nicolás, por más que no abrigaba ninguna duda respecto a la identidad del ladrón, se limitó a contar a Carvajal la sustracción de que había sido víctima, sin acusar a nadie.

Audacia

Carvajal se sintió actor. Se levantó altivamente y con inflexiones de indignación en la voz, dijo al pobre cura estupefacto:

— Ese día yo quedé solo aquí en la pieza. De modo que usted sospecha de mí. Pues esto es una infamia. Usted es un canalla que en vez de dedicarse a calumniar debiera tratar de enmendar su conducta, no recibiendo más a sus queridas en la iglesia, como yo pude constatarlo el otro día. Guárdese muy bien. Tenga buen cuidado en lo que hace.

Y salió de la pieza, en el colmo de la ira, dando un terrible portazo.

Convencido el cura de que se las había con un pillo redomado, se presentó a exponer los hechos ante el Jurgado del Cordón. Carvajal se defendió personalmente en el juicio, y en sus escritos cubrió de oprobio al sacerdote, acusándolo de haber convertido la Iglesia en poco menos que una casa de citas...

A pesar de todo, el juez condenó a Carvajal a devolver el cronómetro y al pago de una multa de veinte duros; pero Carvajal no devolvió ni pagó nada. Entonces se libró contra él orden de prisión; pero tampoco fue preso. Utilizó todas las amistades que tenía en la repartición policial; se enredó el asunto en todo lo que fue posible y se terminó por archivarlo.

Carvajal, encantado. Y ponemos punto final a su biografía, en la seguridad de haber hecho formar al lector una opinión concreta acerca del interesante personaje.

La prisión de Carvajal

Habíamos dejado al Jefe Político señor Bareto, altos fun-

Regalamos trimestralmente a nuestros favorecedores un valioso juego de muebles

Alberto Brun y Cía.

Rincon esquina Itzgo.

El arte de saber vestir

estriba en la calcaza, elegancia y economía
Visite la Gran Casa Spera y obtendrá estas
cualidades. 531 Sarandí 539.

cionarios judiciales y policiales y a varios facultativos en el cambio Platero, frente al cadáver de Betancor. A partir de este punto el relato ya no se basa en conjeturas, ni en la memoria, más o menos fiel, de algunos de nuestros entrevistados, ni siquiera en las publicaciones que hizo la prensa de la época: a partir de este punto, el relato constituye una verdadera revisión del célebre proceso, perfectamente documentada. Y lejos de perder su carácter novelesco, se hace más novelesco todavía.

¿Cuál fué el primer indicio que condujo a la prisión del alférez Carvajal.

Hemos de verlo en el próximo número.

El entierro de Betancor

El cadáver de Betancor fué llevado a la casa paterna, sita, como hemos dicho, en Maroñas, el día 17 de Febrero, vale decir, el mismo día en que el crimen fué descubierto, en las primeras horas de la tarde, siendo velado por la noche.

El sepelio tuvo lugar el 18 por la mañana y constituyó una elocuente prueba de la impresión que en todo Montevideo causó el horrible asesinato.

El cortejo estaba constituido por nueve coches de punto y dos vagones de tranvía.

Al sepultarse el cadáver, un joven, — Daniel Martínez, — leyó unos versos de homenaje al infortunado Betancor.

Tres monedas de oro

Una de las primeras medidas adoptadas por las autoridades policiales al descubrirse el crimen, fué la de tomar debido inventario de todos los valores sustraídos de la caja de caudales, de acuerdo con los informes que al respecto suministró el propietario señor Platero.

Entre esos valores figuraban tres monedas americanas de oro, — retiradas de la circulación hacía mucho tiempo, — y quizá las únicas que existían en Montevideo.

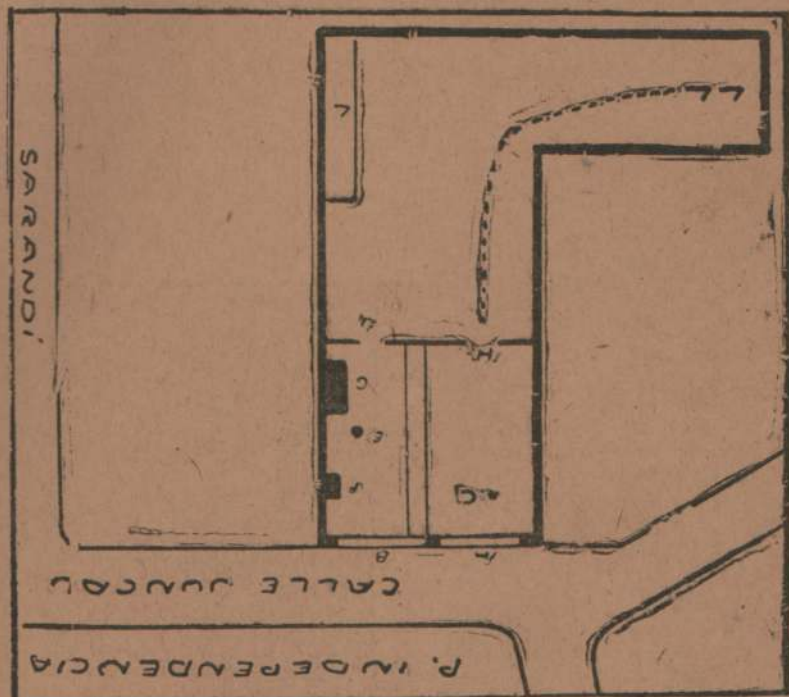
La policía tomó debida nota de esta interesante circunstancia, interrogando sobre el particular al señor Platero, quien facilitó con amplitud cuantos detalles creyó que podían ser

útiles en la investigación a iniciarse. No es difícil oír hablar actualmente a personas de aquella época, de esas célebres monedas que tan preponderante rol estaban destinadas a tener en el proceso.

La indignación popular

Ya nos hemos referido a la indignación que el crimen causó en la po-

dad, se encontró frente a la imperiosa obligación de encontrar a los culpables para no confesarla. Las insinuaciones en ese sentido no llegaban únicamente en el clamor público: descendieron, también, desde las altas esferas gubernativas, y constituyeron, más que insinuaciones, la orden expresa del Presidente Santos, de remover cielo y tierra para ofrecer una satisfacción a la sociedad



A. Puerta de entrada. — B. Vidriera. — C. Sitio donde Betancor recibió el primer golpe. — E. Sitio donde se halló el cadáver de Betancor. — F. Caja de caudales. — G. Idem. — H. Puerta del tabique. — I. Idem. — Artículos de ropería. — L. Patio.

blación de Montevideo; pero conviene que le dediquemos algunas líneas más, ya que estamos convencidos de que precisamente en esa indignación popular, — que en las columnas de la prensa se traducía en publicaciones violentísimas, — hay que ir a buscar el verdadero origen de las barrabasadas policiales que tuvieron por consecuencia el lío diplomático con Italia.

La policía, acusada de incapaci-

ofendida en sus más respetables sentimientos.

El gobierno recién constituido y ya desprestigiado, hizo así del asunto un caso de vida o muerte para su reputación; y desde el general Santos hasta el último polizonte, los que crearon y sostenían la situación política del año 82, estrecharon filas y formaron un abigarrado grupo de hombres con un propósito común: el de descubrir al autor o autores del

Mesas y soportes dorados para sala
Alberto Brun & Cia.

El arte de saber vestir asribra en la calidad, elegancia y economía
 Visite la Gran Casa Spera y obtendrá estas
 cualidades. 531 Sarandi 539.



Carlos María Ramírez

crimen, sin reparar en medios, ya que para todos, los medios estaban de antemano justificados por la loable finalidad...

El Ministro de Gobierno, señor Vilaza, llamó al Jefe Político señor Barreto a su despacho, y le hizo presente que el Presidente de la Re-



Sienrra Carranza

pública hacía cuestión de dispensar favores o aplicar castigos de la pesquisa confiada a la sagacidad policial.

El lector puede imaginarse lo que significaba, en aquellos tiempos, semejante declaración...

Una visita inesperada

Pocos días después de cometido el crimen, presentóse a la Jefatura Política, solicitando hablar con el señor Barreto, el señor Schoolberg, de la firma Brocqua y Schoolberg, establecida con negocio de armería, talabartería y otros ramos, como ya hemos tenido ocasión de decirlo, en la calle Rincón N.º 139, entre las de Cerro (hoy



Don Aureo Vasquez Acevedo,
Fiscal de lo Civil el año 82

Bartolomé Mitre) y Cámaras (hoy Juan Carlos Gómez), precisamente donde ahora se encuentra la sombrerería Manocci.

Fué atendido por el oficial I.º, comandante Dupuy, quien no bien quedó enterado de que la visita del señor Schoolberg se relacionaba con el asesinato de Bentancor, lo introdujo en el despacho del Jefe, asistiendo él también a la entrevista.

Un aviso de la policía

Conviene consignar, antes de seguir el relato, que las autoridades habían transmitido a la mayoría de



Don Juan José Segundo

las casas de comercio de Montevideo y aún a muchas Jefaturas de campaña para que a su vez lo transmitieran a los negocios de sus respectivas jurisdicciones, aquel interesante detalle de las tres monedas americanas de oro que el señor Platero incluyó en el resumen que hizo de los valores sustraídos de la caja de caudales de su cambio.

Al transmitir ese detalle a los comerciantes, la policía confiaba en que tarde o temprano, el autor del



Julio Sáenz

MUEBLECITOS, VESTIBULOS, JARDINERAS LAQUE
 Alberto Brun & Cía. - Rincón esquina Ituzaingó - Montevideo

—Está claro, pues. Lo llevamos al Cabildo.

Hasta aquí, por el momento, — pues más tarde volverá a hablar, — nuestro entrevistado de la calle Guaná.

Un detalle interesante: el coche que sirvió para la aventura que dejamos narrada, era de un auriga muy conocido en aquel entonces en Montevideo por el apodo de "Binchuca".

El tormento de la sed

No bien Volpi salió con sus acompañantes del Cabildo, rumbo a la calle Mal Abrigo, Barreto penetró seguido de varios secuaces a la celda de Patrone. Abreviemos este pasaje. Se hizo ver al preso que ya era inútil seguir callando. Volpi había declarado.

Patrone abría tamaños ojos, sin entender ni jota.

—“Este sigue siendo curtido, dijo Barreto. Es el más desalmado de los tres. Este debe ser el de la puñalada con el estileto.”

Y los tormentos se renovaron. Un rato después, el furor policiaco rayaba en delirio, al conocer el fracaso de la expedición a la casa de Volpi. Durante varias horas más, los presos permanecieron sin probar bocado. Estaban materialmente muertos de hambre.

A Volpi lo despojaron de su ocasional vestimenta y nuevamente le pusieron sus harapos, siendo, también, engrillado otra vez en medio de bofetones y puntapiés.

Cuando el hambre amenazaba concluir con los infelices, se les notificó gravemente que iban a comer.

Un magnífico menú

Tomamos de las manifestaciones que Patrone y Volpi formularon una vez de hallarse en libertad, la “lista” del almuerzo que momentos después les fué servido:

“Una caja de sardinas con tomates.”

“Un plato con seis arenques.”

Salvador García, en sus interesantes manifestaciones nos ha dicho:

—“Yo no vi los arenques. Pero deben habérselos dado nomás. ¿Era una cosa bárbara!”

Y seguimos con la “lista”:

“Un plato de ajos fritos en aceite.”

“Una botella de salsa picante.”

“Un plato de mani tostado.”

“Panes de munición y unas cuantas aceitunas en salmuera.”

En la mesa se veían una cuchara, un tenedor y un pequeño “atril” con sal y pimienta.

Los detenidos — el lector lo recordará bien — no habían probado ningún alimento durante muchas horas, cuando sus torturadores les notificaron que iban a darles de comer. Ya vimos en la nota anterior, cual era la comida.

Volpi y Patrone lo devoraron todo en pocos momentos, sin preocuparse mayormente de un grato anuncio que se les formuló dos o tres veces:

—“Ya viene el vino.”

Excusamos decir que el vino no vino... Los infelices, al cabo de unos minutos, sentían una sed horrible... Entonces pasó algo inaudito.

El tormento de la sed

Volpi y Patrone fueron llevados a sus respectivas celdas, y una vez en ellas, se les sujetó con fuertes ligaduras. Frente a ellos se colocaron baldes llenos de agua, de tal modo que los presos alcanzaran a poner los labios al borde de los mismos. Dos soldados, que momentos antes habían sido llamados al despacho de Barreto, donde recibieron órdenes tan concretas como severas, se hallaban, con sus fusiles sobre los baldes, atentos al menor movimiento o gesto de los presos.

Por un instante, Volpi y Patrone, torturados por la sed, contemplaron, con los ojos desmesuradamente abiertos, el agua colocada casi sobre sus rostros. No había más que estirar el cuello para beber. De pronto, en un impulso desesperado, lo intentaron. Y las bayonetas, sujetas a los extremos de los fusiles, que los soldados cuidaron de sostener firmemente, comenzaron a pe-

netrar en sus pechos...

Abreviemos. El procedimiento empleado debió ser sustituido casi en seguida por otro, pues los italianos, en su desesperación, no hubieran vacilado en darse muerte con tal de poder acercar los labios a los baldes. Se retiraron éstos, entonces, a un extremo de las celdas, dejando a los presos fuertemente atados en la misma forma más arriba mencionada.

Durante el anochecer de ese día, en todo el Cabildo se escucharon unos gritos terribles:

—“¡Agua! ¡Agua!”

Sin embargo, a eso de las diez de la noche, todo quedó en silencio.

Claudio Buzón

Vamos a decir lo que había ocurrido; pero antes, permitámonos el lector que le recordemos un nombre varias veces repetido en el curso de este relato: el de Buzón.

Hasta ahora, Buzón ha aparecido en estas notas como formando parte de la cuadrilla de torturadores que operaba a las órdenes de Barreto.

La realidad es otra. Claudio Buzón, era capitán del ejército y desempeñaba, en la época en que ocurrieron los sucesos que estamos narrando, el cargo de oficial de guardia en el Cabildo.

Había nacido en el año 1854 y logró el grado de coronel en 1906, ocupando por ese entonces importantes puestos en el Estado Mayor. En los años 1912 y 13 desempeñó el cargo de Intendente General del Ejército y la Armada. Falleció un año después, en 1914.

Su esposa, doña Carmen Batisto de Buzón, vive actualmente en la calle Uruguay N.º 1357, y nos ha formulado las interesantes declaraciones que pasamos a consignar.

Buzón se conduce de los presos

Es una respetable dama nuestra entrevistada y nos atiende, cuando llegamos a su casa, con toda gentileza.

“Es cierto que mi esposo estaba en el Cabildo durante las torturas

**Escritorios
Americanos**

Alberto Brun & Cía.
Rincón Esq. Ituzaingó
Plaza Constitución

EN LA CANTIDAD ESTA LA GANANCIA ha sido este siempre el lema de la Gran Casa Spera, quien por sus precios sin competencia se ha impuesto en forma absoluta.

de que se hicieron víctimas a Volpi y Patrone; pero su actitud en esos hechos no debe confundirse con las de aquellos entre cuyos nombres aparece el suyo... Mi esposo asistió a diversas diligencias y hasta llegó a presenciar los tormentos a que los presos fueron sometidos. Recuerdo que me decía que era algo horrible y que él se sentía tentado de denunciar a los verdugos. Se abstuvo de hacerlo al principio, porque conocía bien a la gente de aquel entonces y sabía que no hubiera logrado otra cosa que poner su vida en peligro, sin remediar en nada la situación en que se hallaban los pobres italianos. Y ahora verán ustedes como esto debía ocurrir más tarde. Una noche, — yo no recuerdo bien si al cuarto o quinto día de estar detenidos Volpi y Patrone, — mi esposo no pudo contenerse y violó las órdenes que le diera Barreto. Por la tarde, después de tener a los presos durante muchas horas sin darles nada de comer, les dieron arengas, salsa y otras cosas picantes, que les ocasionaron una horrible sed. A eso de las nueve de la noche, los presos pedían agua a gritos. Mi esposo, que estaba al frente de la guardia, se sintió conmovido y penetró a las celdas.

Agua, vendas y colchones

"Allí pudo convencerse de que si los presos no recibían auxilio se morirían en pocas horas. Les hizo desatar y del depósito hizo traer unos colchones, sobre los cuales acomodaron lo mejor que se pudo a Volpi y Patrone. Luego les dió un jarro de agua a cada uno. Ellos pedían más, pero mi esposo temió lo que a él pudiera ocurrirle y aunque contra su voluntad, no accedió a la solicitud. Sin embargo, los presos quedaron muy calmados y solo se quejaban por los sufrimientos que les ocasionaban las heridas que tenían. Entonces, y como las tiendas, en aquella época, estaban abiertas hasta muy tarde, envié a un soldado, con la orden de adquirir género para vendas y algunas piezas de

ropa interior, — al baratillo "La sin igual", ubicado en la misma casa donde hoy se encuentra la Tienda Marabotto, calles Buenos Aires y Juan Carlos Gómez. Todas esas compras las costó mi esposo de su peculio particular. Yo lamento no haber encontrado entre mis papeles viejos, a pesar de una prolija revisión que verifiqué estos días, cuando LA NOCHE empezó a publicar sus notas, el recibo correspondiente, que estoy segura que conservaba hasta hace muy poco tiempo. Cuando el soldado regresó, se vendaron las heridas a los presos y se les puso la ropa blanca adquirida. Los pobres no tardaron en conciliar el sueño. Al día siguiente, mi esposo dijo a Barreto que había obrado en esa forma porque temió que los italianos se muriesen. Aunque refunfuñando, Barreto aprobó las medidas que mi esposo había adoptado y le preguntó en seguida si no había violado también la consigna de dar agua a los detenidos. Mi esposo negó y como Volpi y Patrone seguían quejándose por la sed que experimentaban, nadie se dió cuenta de que en realidad, y aunque muy poco, los presos habían bebido.

Consecuencias

"Pero días más tarde, cuando después de la reclamación de Italia, los torturadores fueron sumariados, mi esposo llamado a declarar, dijo toda la verdad a la justicia y descubrió las infamias que se habían cometido con aquellos desgraciados.

"La misma tarde que declaró, mi esposo fue llamado por el coronel Tajés a su domicilio particular. Concurrió; y Tajés, invocando el nombre de Santos, le ordenó que al día siguiente concurren al Juzgado y se rectificara en todas sus declaraciones.

Amenaza

"Mi esposo se negó rotundamente a ello. Contestó a Tajés que él era un hombre honrado, y que bajo

ningún concepto se prestaría a ser vir de instrumento en la infamia que se le proponía. Discutieron largamente y, — aunque no me atreví a afirmarlo, — creo que Tajés quiso hacer valer la superioridad de su grado profiriendo ciertas amenazas respecto a lo que podía ocurrirle a mi esposo si persistía en su negativa.

La cosa se complica

"Mi esposo comprendió entonces que el asunto era muy delicado y pidió al coronel Tajés que le diera tiempo para pensar.

"— Todo el tiempo que quiera, — le contestó; — pero siempre que permanezca aquí en mi domicilio.

— Mi esposo objetó que debía hablar conmigo y que después, si, estaría a su disposición.

"— Mande a decir a su señora con mi asistente, — replicó Tajés, — lo que desea, y en esa forma soluciona el asunto. Mándele una carta...

"Mi esposo repuso que debía hablarme personalmente; discutieron el punto; los ánimos se acaloraron; la conversación subió de tono, y hasta creo que hubo un conato de violencia.

"Lo cierto es que mi marido llegó a mi casa al atardecer, me impuso de lo que acababa de ocurrirle y volvió a salir a la calle para tomar — me dijo — algunas medidas relacionadas con la situación en que se encontraba.

Una visita inesperada

"Pueden imaginarse el estado de ánimo en que yo quedé. Era una época horrible, en que nadie estaba seguro ni en su propia casa.

Con nosotros vivían un hermano de mi marido, llamado Agustín y su esposa. A eso de las diez de la noche sentimos golpear la puerta de calle y yo, que ya estaba con un miedo terrible, me dirigí a abrir. Me encontré entonces con un militar que acababa de descender de un carruaje que estaba aguardando. Recuerdo perfectamente el diálogo que tuvo lugar:

MUEBLERIA Y BAZAR

Alberto Brun & Cía.

Rincón esq. Ituzaingo
P. Constitución

Necesita Vd.

ropa interior? No deje de ver precios en la Gran Casa Spera.
531 Sarandi 539



Coronel Fernando Quijano

la Policía montevideana, en el año 82.

Salvador García

Es un moreno que parece haberse.



El coronel Alejandro Vázquez, que fué degradado en 1882

propuesto jugarle una mala pasada al tiempo, tal es la robustez física y espiritual con que sobrelleva sus sesenta y cinco años.

Ante todo y sobre todo, es un tipo interesantísimo, que se describe, por así decirlo, en su pintoresca conversación, a través de la cual el peor observador puede adivinar la importancia que concede a su actuación en la administración pública; su orgullo por la misma y la fidelidad que debe haber profesado a los que fueron sus superiores.

Eran las diez de la noche cuando



Teniente Alejandro Vázquez

fuimos a verlo, y el hombre ya se había metido en la cama. En la cama nos recibió.

Vimos antes que nada, al entrar en la pieza, sobre la cabecera del lecho un cuadro que guarda un papel amarillento con un escudo en la parte superior y algunas líneas escritas, casi ilegibles. Es el despacho de teniente de don Salvador.



Claudio Buzón

Detalles interesantes

Una morenita hija suya toma asiento a los pies de la cama y nos mira con gran curiosidad. Hay en la pieza una cómoda, una mesa y varias sillas. Recostado a la pared, reposa sus viejas andanzas un sable "que estuvo en la de Aparicio", uno de esos sables que hoy sólo suelen verse en algunos escenarios donde Juan Moreira nos enseña cuál fué el origen del teatro nacional...



Salvador García, teniente en el año 96

COMEDORES estilo JACOBEBAN
Alberto Brun y Cía.

Si quiere ir bien calzado

vea los modelos y normas modernas de La Gran Casa S. era que recibe directamente el calzado americano «OSI ND» vendiéndolo a precios más bajos que el nacional 531 Sara di 539.

Don Salvador fué soldado del ejército y como tal hizo la campaña del setenta. Terminada ésta se casó con doña Casilda Grané, con quien llegó a tener la friolera de diez y siete hijos... Actualmente sólo viven seis: dos varones y cuatro mujeres. El año 82 fué, como ya lo dejamos dicho, sargento de órdenes del Jefe Político de Montevideo; el 94 fué ascendido a alférez, y el 96 a teniente. Hoy don Salvador se encuentra acogido a los beneficios del retiro. Seis años después de ocurrir el crimen de Bentancor, es decir, el 90, se instaló en esa misma casa de la calle Guanábana donde le visitamos, que ha venido ocupando, sin ninguna interrupción, hasta al fecha.

Tal el hombre que nos suministrará interesantes detalles sobre los sucesos que estamos relatando, y del cual ofreceremos varias fotografías en la edición de mañana.

Los auxiliares de Barreto

—Cuando terminó la entrevista con Schoolberg, — dice don Salvador — el jefe me llamó y me advirtió que íbamos a prender al asesino de Bentancor. Salimos, pues, a la calle el señor Barreto, Schoolberg y yo. En la puerta se nos unieron el comisario Rufino Larraya y el subcomisario Salvador Larrobla.

Entonces el jefe nos explicó su plan. Dijo primeramente a Schoolberg que se adelantara, pues si fuéramos todos se podrían despertar las sospechas del hombre que se esperaba. Nosotros nos quedaríamos a cierta distancia, y cuando el hombre llegara, Schoolberg, con toda precaución, debía enviarnos su debida llegada el momento de intervenir.

—Todo salió a pedir de boca. A los pocos minutos de espera, llegó corriendo un muchacho de la armería, llamado Antonio. No recuerdo ahora el apellido.

—Dice el patrón que vayan, — dijo.

—Nos adelantamos apresuradamente y una vez frente a lo de Brocqua y Schoolberg, el señor Barreto hizo seña a Larraya y Larrobla para que se detuvieran y avanzó

conmigo hasta frente a la puerta.

—Dentro de la armería había un hombre que nos daba la espalda. Iba muy bien vestido, con jacquet y pantalón gris, cuello alto y muy blanco y sombrero de copa dura. En cierto momento en que medio se perfiló, sin que alcanzáramos todavía a verle la cara, pudimos observar que en la abotonadura del saco, sobre el pecho, lucían los dedos de unos guantes de cabritilla.



Reconstrucción que del crimen hizo un diario argentino de la época. El rostro de Carvajal tiene unas líneas de admirable exactitud.

—Barreto estaba descorazonado porque esas señas no coincidían con las que le había proporcionado Schoolberg; pero en ese momento observó que este entregaba al individuo un cinto, unos estribos y otras cosas más. El hombre tomó todo eso y entonces nos dió el frente: era el alférez José Carvajal.

En este punto del relato de don Salvador, empieza la parte más interesante del proceso. Mañana la abordaremos.

Al encontrarse frente a Carvajal, el señor Barreto vaciló. No

podía ser él el autor del crimen; había estado en el cambio Plateado la mañana en que aquél fué descubierto y hasta había lamentado en términos hasta expresivos la muerte de Bentancor.

Cedemos la palabra a nuestro en revisado. — Salvador García, —quien nos narrará, con lujo de detalles, la forma en que tuvo lugar la detención del alférez Carvajal.

—Fué el alférez, precisamente, dice García, el primero en hablar, haciéndolo con una serenidad y un aplomo que nos dieron la impresión de que estábamos ante un inocente.

—Buenos días, señor Barreto, —dijo Carvajal.

—El jefe lo miró fijamente y luego exclamó:

—No muy buenas para usted, amigo, porque vengo a molestarlo.

—No sé de que se trata, pero estoy a sus órdenes, señor jefe, —expresó Carvajal.

—Después, al darse cuenta de que en realidad estaba detenido, hizo ademán de sacar armas. Yo lo sujeté encontrándole, debajo del saco, un largo puñal que llevaba colgado en la manga del chaleco.

El lector nos permitirá que interrumpamos el relato que venimos haciendo para transcribir unas breves líneas de un editorial publicado por "La Opinión Nacional" a los pocos días de ocurrido el crimen. Son las siguientes:

—Carvajal acaba de confesar que su primera idea, al ser detenido, fué la de asestar una puñalada al Jefe Político señor Barreto.

Hacia el Cabillo

Carvajal fué conducido al Cabillo. No ofreció la más mínima resistencia. Iba con el semblante alterado, pero más que temor, él denotaba rabia reconcentrada.

Penetró a la Comisaría de Órdenes de la Jefatura y, sin pronunciar una palabra, se dejó poner el grillete y ser más tarde conducido, sin protesta, a la cel-

Consulte n.º facilidades de pago
Alberto Brun & Cía. Rincón esq. Ituzaingó

SURTIDO enorme en trajes y sobretrajes para niños y jóvenes

Ultimos modelos confección esmerada

osee la Gran Casa Spera

531 Sarandí 539

Horas más tarde, los diarios situacionistas, en medio a un gran derroche de pirotécnica, lanzaban ediciones extraordinarias enterando a la población de Montevideo de las novedades que dejamos consignadas.

-Las torturas

Este capítulo es sencillamente impresionante. La policía tuvo en la Cárcel a los detenidos durante varios días, sin designarles defensor. Los gritos de las víctimas llegaban a perderse, durante la noche hasta la calle, donde la población montevideana celebraba la pintoresca farándula del carnaval del año 82.

¿Quiénes eran los torturadores? Digámoslo de una vez: A los dos nombres que acabamos de citar se deben agregar los siguientes: oficial 1.º de la Jefatura comandante Lupuy, comisario Charlone, Larraz, Pereyra, Pereyra y Jerez y varios soldados y policianos, entre los que se contaba nuestro entrevistado Salvador García.

Carvajal después de las "molestias" que se le ocasionaron, a las que ya hemos aludido en una nota anterior, fué dejado en paz. Ya había declarado a su manera y, por consiguiente, lo que restaba era confirmar esa declaración. Volpi y Patrone, terriblemente acusados por el alférez, debían llevar la peor parte en el martirio. La actuación de Carvajal, llega a ser, en esta parte, sencillamente repugnante. En diversas ocasiones fué llevado a los calabozos donde los pobres italianos lanzaban gritos de dolor desgarradores y ni por asomo se le ocurrió conmovirse.

—Yo he dicho la verdad, — exclamó más de una vez. Los tres somos culpables. Lo que hay es que estos gringos son muy duros de pelar y quieren que yo cargue con toda la culpa. ¡Aprétenlos nomás...

Tomamos estas palabras de Carvajal, de cinco o seis relatos que sobre las torturas, hicieron al corresponsal de un diario bonaerense, varios soldados que las presenciaron. Dice uno de ellos:

—¿Carvajal? se reía. Y cuando los italianos gritaban mucho, decía

riñeando la cabeza: "Que curtidors! ¿Porqué no confesarán como yo y se evitan todo esto."

En plena inquisición

El lector debe darse exacta cuenta de la verdadera situación en que se encontraban Volpi y Patrone. Y para ello, anticiparemos una de sus declaraciones que contesta aquella pregunta que formulamos sobre si antes del asesinato de Bentancor se habían encontrado o no aquí con el alférez Carvajal.

Volpi y Patrone ya habían sido absueltos, comprobándose plenamente su inocencia, en el asunto del abigeato, por el cual los redujo a prisión la policía de Mercedes. Se disponían, pues a regresar a ese punto, cuando fueron hallados por Carvajal. ¿Cómo? Accidentalmente. ¿Cuándo? Pocos días antes del crimen.

Carvajal los halló en la Plaza Independencia, y fué hacia ellos, preguntándoles, luego de saludarlos, "como había concluido el asunto". Los italianos que recordaban bien los trescientos pesos que el alférez logró sacarles, lo recibieron friamente. Le impusieron del fallo de la justicia absolviéndolos de culpa y cargo y terminaron manifestándole que ellos se daban con eso por satisfechos.

Carvajal insistió entonces en su primitivo propósito, que era, como se recordará el de reclamar 5.000 pesos por daños y perjuicios; pero Volpi y Patrone, que ya conocían lo suficiente a Carvajal, se negaron a seguir sus consejos.

—No queremos más líos, le dijeron.

Y se separaron. Pero antes, el alférez, con el pretexto de ir a despedirse de ellos, les pidió sus domicilios, y los italianos cayeron en la bobada de dárselo... De allí la exactitud con que Carvajal informó al Jefe Político cuando fué interrogado sobre el particular.

Volpi y Patrone no vieron más al alférez. Pero el alférez, que ya tenía premeditado el crimen, los recordó perfectamente cuando fué pescado poco menos que con las manos en la masa, derrochando el

producto de su delito, en la casa Brocqua y Schoolberg. Lo elemental, para él, en ese momento, era extraviar a la justicia; dificultar su acción por todos los medios a su alcance.

Volpi y Patrone, ni siquiera sabían que hubiera ocurrido en Montevideo el terrible crimen y se concentraron frente a unos jueces que se encastillaban en esta pregunta:

—¿Dónde está el dinero?

De ahí que sus declaraciones puedan resumirse en estas palabras:

—No sabemos nada, nada. ¿De qué dinero nos hablan? Somos inocentes. ¿Quién es Platero? ¿Quién es Bentancor? ¿Qué crimen es ese?

Y de ahí también la indignación de las autoridades, que en realidad no tenían porque dudar de la confesión del terrible alférez, y que se sentían sublevadas frente a aquellos "gringos que querían burlarse de la justicia oriental."

Ahí, en esa frase que hemos puesto entre comillas porque la hemos tomado de una manifestación del ministro Vilaza, hay que ir a buscar el origen del salvajismo policial de que pasamos a dar cuenta.

El cepo

Volpi y Patrone comenzaron su vía-crucis. La primera etapa, se reduce a los procedimientos de que ya hemos informado al describir la forma en que ambos fueron detenidos: cachetadas, puntapiés, golpes de sable, empujones.

Dice un cronista argentino:

"Al serle tomada a Patrone la primera declaración, el ministro Vilaza, que asistía al interrogatorio, tomó al detenido por la barba y dió un fuerte tirón, quedando con varios mechones en la mano. Más tarde, frente a las lamentaciones de la víctima, el ministro exclamó:

—"Estas son letanías napolitanas. Hay que apretarlo"...

La orden ministerial se cumplió. Volpi y Patrone fueron puestos en el cepo. ¿Qué es el cepo? Consiste esta barbarie militar que ha dejado sombríos recuerdos en muchos campamentos, en sentar a la víctima sobre el suelo, pasarle un fusil bajo las corbas, doblarle el cuerpo so-

Consolas y vitrinas doradas para sala

Alberto Brun & Cía.

Rincón esq. Ituzaingó

¿Cuál es la casa

de S. S. S. y Confecciones más conocida de la Capital?

bre las piernas, llevando a los extremos del fusil las sangraderas de los brazos, doblar éstos sobre el pecho, y ligar así al preso como una pelota sujetándolo con fuertes ataduras. Se le pone luego otro fusil descansando por el medio en la nuca y en seguida se ligan las dos armas hasta juntarlas...

Volpi y Patrone sufrieron este cruel martirio del cepo, entre las brutalidades y las burlas de la soldadesca, que presenciaba la tortura, y ante su principal victimario, Carvajal, que fué llevado a las celdas de los presos, "para que viera lo que podía ocurrirle a él si se negaba a facilitar la acción de la justicia", — según la frase de un diario de la época.

En medio al suplicio, de vez en cuando, alguien se acercaba a una de las víctimas, y le daba a entender que la tortura cesaría en el acto si se decidía a confesar la verdad. El infeliz hacía entonces un gesto inexpressable...

— "No sé nada!"

Dice el corresponsal de un diario argentino:

"Asegurado Patrone en el cepo, los agentes policiales fueron a vez como se encontraba Volpi, a quien habían sometido al bárbaro suplicio momentos antes. Volpi estaba desmayado. Le aflojaron un poco los lazos y el infeliz, volviendo en sí, comenzó a respirar. Entonces se acercó el comisario Charlone.

— "¿Dónde está la plata?, — le gritó.

"Volpi oyó la pregunta; abrió los ojos y con los dedos, libres de las ataduras, hizo un signo negativo, como diciendo:

— "No sé."

"Uno de los comisarios, — Volpi recuerda cual en sus declaraciones posteriores, — le dió un formidable puntapié en la cabeza, abriéndole una ancha herida sobre una de las cejas. El pobre italiano, hecho una bola como se hallaba amarrado a los fusiles, — rodó por el suelo del calabozo, mientras los verdugos le propinaban terribles patadas.

"Los gritos de Volpi llegaban a la calle. Eran unos terribles bramidos. Se dió orden, entonces, de

amordazarlo. La mordaza consistía en un tarugo de madera, que se le puso entre los dientes, sujetándolo por medio de cuerdas a la nuca. Momentos después, se usaba con Patrone el mismo procedimiento."

Una terrible descripción

Otro diario de la época, transcribe las siguientes declaraciones que le formuló, — algún tiempo después de ocurridos los sucesos que estamos relatando, — un soldado que estuvo de guardia en las celdas de los presos mientras tenían lugar las torturas:

"Dejando por unos minutos a Patrone, volvieron donde estaba Volpi y lo sacaron del cepo, exigiéndole siempre igual respuesta.

"En seguida le colocaron en el cepo de dedos, poniéndole entre los dedos una varilla de hierro hasta que se rompía esta o aquellos. Volpi estaba con la mordaza, y a pesar de ella, se oían en las oficinas del Cabildo sus tristes lamentaciones. En la mano de Volpi se rompieron las varillas.

"Fueron a hacer lo mismo con Patrone, y sus dedos se descoyuntaban en las varillas, porque para éste las habían elegido más gruesas. Cuando empezó a dar gritos por sus sufrimientos, se ordenó que le llenaran la boca de arena oriental, lo que así se hizo, echándose a puñados y atascándose con el cabo de una cuchilla, con la cual le pegaban en la cabeza cuando Patrone hacía sus débiles resistencias, y con la que al practicar esa operación le voltearon tres o cuatro dientes a causa de los bárbaros golpes que con ella le daban.

"La mordaza de madera que le pusieron a Volpi le volteó también dos nueces y dos dientes por la manera brutal como le fué encajada.

"Mientras que estas torturas se llevaban a cabo, distintas autoridades entraban a cada instante a los calabozos a presenciar las torturas. Se habían propuesto arrancarle en el día la confesión que ellos deseaban, y por eso siguieron martirizándolo.

"Ambos presos fueron puestos otra vez por el cuello en el cepo, donde los dejaron un gran rato,

mientras que la gente del Cabildo se retiraba a la oración a comer.

"Los presos estaban ya bastante alatidos, y como a las 7 de la tarde los martirizadores regresaron al Cabildo.

"Se llamó al comisario de órdenes y se le preguntó "por los gringos", contestándole el empleado que nada habían declarado y que se obstinaban en no hacerlo, por lo cual se dió orden de llamar al coronel Dupuy. Después de preguntarle a éste si los presos habían comido, y siendo negativa la respuesta, se ordenó darles algunos alimentos para que pudiesen resistir los medios de que se iban a valer para arrancarle la confesión.

"Trasmitida esta resolución al comisario de órdenes, éste se trasladó el mismo al calabozo de los detenidos con el cabo de guardia del piquete, quienes personalmente les dieron de comer unos pedazos de tumba sobrantes con que se habían alimentado esa tarde los demás presos.

"Los italianos, desde sus calabozos, se seguían quejando de los dolores que sufrían.

A las diez de la noche los verdugos se trasladaron a los calabozos insistiendo en sacar a los presos las declaraciones que ellos querían.

"No se pudo conseguir y se dió orden de nuevos tormentos. El oficial de guardia Pablo Olivencia, los Charlone, Claudio Buzon, el moreno Salvador García, Dupuy y los centinelas así como el resto de los soldados francos del piquete y dos ordenanzas, era todo el personal que a esa hora se encontraba en el Cabildo.

"Buzon, atendía el despacho; Charlone hacía distintas diligencias por mandato de sus superiores en el interior del Cabildo y Dupuy iba y venía de un lado a otro, así como Barreto, mientras se aplicaban a los presos nuevos sufrimientos ordenados.

"A algunos centinelas que estaban próximos a los calabozos se les había hecho retirar y los verdugos empezaban a cumplir su misión.

"A Patrone lo habían colgado del techo del calabozo, suspendiéndolo con una gruesa cuerda por debajo

Créditos

Alberto Brun & Cía.

Rincón esq. Ituzainqó

Plaza Constitución

La Gran Casa Spera y Confecciones, 531 Sarandi 539.

Antonio Spera, importado

te. Se retiró el centinela, y se retiraron las personas que habían acompañado hasta la celda al señor Barreto.

Este dijo al preso friamente: —No perdamos tiempo: la policía conoce ya todo el suceso. Si usted miente no hará sino buscarse mayor culpa, enredándose en contradicciones terribles.

La primera declaración de Carvajal

—He visto que estoy perdido, respondió Carvajal, y no me queda sino que confesarlo todo. Soy culpable, pero en parte, respecto a la muerte de Betancor. Yo no he desempeñado en ese crimen sino un papel pasivo: el de abrir la caja. Hay cómplices que me ofrecieron plata para que los ayudase en la empresa.

—Los nombres; vengan los nombres!

Carvajal pareció reflexionar un segundo. Luego, precipitadamente agregó:

—Rafael Volpi y Vicente Patrone.

A las 11 de la noche, los súbditos italianos Volpi y Patrone eran reducidos a prisión. Ya hemos dicho en notas anteriores dónde y cómo conocieron a Carvajal, y por qué se encontraban en Montevideo. Acusados de abigeato por la policía de Mercedes y presos en la Jefatura, designaron como defensor de oficio a Carvajal, que en ese entonces se dedicaba a procurador en la ciudad chaná.

Hemos dicho también cuál fue el resultado de esa aventura del alférez. Logró sacarles 300 pesos a los dos pobres italianos, y al poco tiempo, sin preocuparse más de su defensa, regresó a Montevideo, cargado de deudas y sin un céntimo en el bolsillo. Por ese entonces, Volpi y Patrone, ya en libertad por falta de pruebas, decidieron venir a la capital a fin de iniciar juicio a la policía de Soriano por la detención indebida de que los hizo objeto. Digamos, de paso, que la justicia de Montevideo dejó establecida la inocencia de ambos en el asunto de marras.

Todo esto ocurrió en dos días anteriores al asesinato de Betancor. Volpi y Patrone, liquidada la cuestión que los trajo, se disponían a re-

gresar a Mercedes. Carvajal meditaba, sentado frente a la plaza Independencia, fijos los ojos en el cambio Platero, el golpe de mano que no tardó en llevar a cabo.

¿Se encontraron los tres protagonistas del drama en esas circunstancias? Más adelante Volpi y Patrone contestarán esa pregunta. Entretanto, volvamos a Carvajal, a quien dejamos en la Jefatura con el señor Barreto, en la iniciación de sus interesantes declaraciones.

Carvajal empieza a enredar la madeja

Digamos, antes, que esas declaraciones, no fueron desde luego, formuladas espontáneamente. Y aquí de-



Señor José María Vilaza, ministro de gobierno en la época del proceso Volpi y Patrone.

bemos comenzar un doloroso capítulo del relato: el que se refiere a los procedimientos inquisitoriales de la policía, cuyo origen, —ya lo hemos afirmado rotundamente y volvemos a repetirlo,— hay que ir a buscarlo más que en la incompetencia y el salvajismo de las autoridades en el error que cometieron al hacer “una cuestión de Estado” —como nos lo dice un personaje de la época,— de un asunto que no debió salir nunca de la jurisdicción que su índole le asignaba. Pero si el crimen no se descubría la policía quedaba en ridículo, y con la policía el gobierno todo, ofreciendo a los opositores amplio tema para recrudecer en sus ata-

ques; y el temor de que llegara a ocurrir eso, o más bien la vanidad de poder reducir a silencio a sus enemigos políticos, hizo que el gobierno no reparara en medios para encontrar y exhibir al autor o autores del crimen.

La mejor confirmación de este aserto, se encuentra en el alboroto armado por el oficialismo a raíz de la prisión de Carvajal, Volpi y Patrone. La prensa situacionista lanzó ediciones extraordinarias en medio de salvas atronadoras de bombas y cohetes, exhibiendo los retratos de los detenidos, y el Ministerio del Interior pasó circular telegráfica a todas las Jefaturas de campaña, consignando regocijada la noticia...

Carvajal, torturado

Cuando Carvajal se decidió a hablar, tenía en su cuerpo las huellas de los medios empleados para vencer su silencio.

Había sido puesto en el cepo... Sus brazos destilaban sangre por varias heridas y su rostro estaba lleno de “cardenales”. La repulsión instintiva que el personaje inspira después de la biografía que de él ofrecimos en ediciones anteriores, se troca, en este pasaje, por un sentimiento de curiosidad. El hombre, aún en medio del martirio a que se le sometió, tuvo agallas para fraguar pintorescas historias, enredando la tramitación del proceso en una forma tan original e inconcebible, que quien hoy tome el sumario en sus manos con el propósito de formar opinión sobre el asunto, correrá el riesgo de volverse loco... No encontramos palabras apropiadas, para llevar al ánimo del lector la impresión que de Carvajal hemos recogido a esta altura del relato.

Carvajal se defiende

El señor Barreto no quería perder el tiempo. Oídos los nombres de Volpi y Patrone, a quienes Carvajal acusó como principales autores del crimen, ins-

Juegos de Jardín 3 piezas Trianón y Rustic

ALBERTO BRUN & Cía. - Rincón esq. Ituzaingó - Plaza Constitución

La única que

ha reducido a lo mínimun sus precios de venta es la Gran Casa Spera.

531 Sarandi 539

tó al preso a decir toda la verdad.

Transcribimos de un diario de la época, el interesante diálogo que tuvo lugar entre el Jefe Político y el detenido:

—Cuál fué su participación en el crimen?

—Abrir la caja.

—Cuándo le fué pedida esa ayuda?

—En el momento mismo.

—Explíquelo usted todo.

—Me hallaba sentado en el banco de la plaza Principal, frente al escritorio de Platero, y uno de los cómplices...

—Cuántos eran?

—Dos; uno de ellos me llamó por mi nombre. Yo algo me sospechaba porque veía allí un aparato de escenas que no era natural. Entré, más por curiosidad que por otra cosa, pero maliciando que se trataba de un robo. Cerró él la puerta entonces y me dijo: le damos mil duros si quiere ayudarnos: no le haremos mal al muchacho. Yo miré

y la caja se abrió; pienso que ya lo estaba.

—Diga usted quiénes son esas personas.

—Dos italianos: Rafael Volpi y Vicente Patrone.

—De qué se ocupan?

—El primero es mercachifle



Manuel Herrera y Obes,
Ministro de Relaciones

ambulante de campaña, y el segundo, comerciante en frutos del país y reside también en el campo.

—¿Dónde?

—En Mercedes. Allí los conocí.

—¿Cómo los ha conocido usted?

—Mientras me ocupaba de procuraciones en aquel pueblo les serví en algunos pequeños asuntos y me he hallado con ellos hace varios días aquí en la capital.

—¿Sabe sus domicilios?

—Sí señor. Volpi vive en un cuarto de inquilinato en la calle Mal Abrigo número 60 y Patrone en una zapatería de portal, en la calle Alzaibar al lado de la Cochería Donelly. Los zapateros son sus amigos y le dan alojamiento por estos días que él permaneció en Montevideo, pues ha venido por negocios.

—¿A qué horas se encuentran en sus casas?

—De día, no lo sé. De noche a cualquier hora.

—¿Y cómo lo encontraron la noche del crimen?

—Yo estaba sentado en un banco de la plaza, frente al cambio y ellos, que andaban merodeando por allí, me llamaron.

—Y cómo abrió usted la caja? Conocía la cerradura?

—La abrí ayudando al mismo Bentancor, a quien los italianos habían acercado a la cerradura, poniéndole las llaves en la mano; pero "el pobre" estaba desfallecido y apenas obedecía a las amenazas.

—Por qué estaba desfallecido?

—Porque al entrar ellos, lo habían herido de un cachiporrazo en la cabeza.

—Usted ha dicho antes que no estaba lastimado.

—No lo supe hasta ese instante: creí primero que ese desmayo fuese de miedo pero después vi sangre y lo comprendí todo. A pesar de eso les dije: si ustedes le hacen mal, yo toco el pito porque es un infeliz muchacho. "No seas bruto", exclamó Vol-



El dueño del cambio, Sr. Platero

dónde estaba y vi que el otro lo tenía en brazos y que le había puesto algo en la boca, como una mordaza. Entonces, casi sin saber lo que hacía y creyendo que Betancor no se hallaba herido, di varias vueltas a la llave



Comandante Dupuy Oficial P. de la Jefatura

pi, esto es para aturdirlo y que no nos conozca. Yo lo creí, y cuando abrí la caja ellos separaron a Betancor. Miré adentro y me volví para decirles que había dinero, cuando vi que

Champagne Pierlot

(Authentique) Epernay

Importadores

Alberto Brun & Cía.

Patroni, mientras Volpi, tenía sujeto por los brazos a Betancor, le daba un golpe de estileto, en la nuca, matándolo con esa herida. Betancor cayó al suelo y los dos se precipitaron a la caja. Yo les dije, que iba a espiar a la puerta y aterrado por aquella escena, la abrí, luego la cerré de un golpe y fui a sentarme en el mismo banco de la plaza donde antes me encontraba. Cuando ellos salieron los seguí y nos juntamos en la calle Brecha, en una casa de la que Volpi tenía la llave. Entramos al fondo y Patroni me dió en mi sombrero una cantidad de monedas que después vi que eran como mil duros. Patroni me dijo: "es la tercera parte".

La prisión de Volpi y Patroni
Carvajal, dando muestras de fatiga, dejó de hablar. Entonces se dispuso que el preso serviría de guía a las autoridades para proceder a la detención de Volpi y Patroni. Eran como las 10 de la noche. Le quitaron los grillos a Carvajal y éste, con aire de sincera resolución, dijo que estaba dispuesto a participar en la captura de sus cómplices. Así, agregó, quedará aclarada mi situación y se verá que yo solo fui un instrumento de esos dos bandidos.

Pero antes, Barreto creyó oportuno dar cuenta de todas las novedades al Presidente de la República. Con ese propósito se dirigió a la casa particular del mismo, donde tuvo la satisfacción de ser efusivamente felicitado.

Horas después, a las cuatro de la madrugada, Vicente Volpi y José Patroni, se encontraban en grillos y con centinela de vista, en la Jefatura Política.

He aquí como estaba constituida la expedición que salió de la Jefatura para capturar a los presuntos cómplices de Carvajal:

Jefe de Policía, Barreto; Oficial de Dupuy; coronel Máximo Tajés; comandante Salvador Tajés; comisario Pereyra y Avello, y ocho guardias civiles, al mando de Salvador García, que a su vez, estaba encar-

gado de la custodia del guía de la expedición.

Se dispuso proceder primero a la prisión de Volpi, en la calle Mal Abrigo (hoy, Joaquín Requena). Al llegar al número 60 — un inquilinato — de la calle mencionada, Carvajal se detuvo, y dirigiéndose a la comitiva, exclamó:

—Aquí es.

Varios inquilinos del patio al sentir rumor de voces y ladridos de perros, se asomaron a puertas y ventanas; pero dándose cuenta de quienes eran los visitantes, optaron por quedarse a la expectativa en sus habitaciones.

La prisión de Volpi

Carvajal indicó el cuarto de Volpi; y Barreto, adelantándose, dió un recio golpe en la puerta con el cabo del revólver.

Nadie contestó. El Jefe volvió a repetir su llamada. Entonces se oyó adentro una voz sobresaltada que preguntaba:

—¿Qué hay? ¿Quién es?

—Abra en seguida, contestó Barreto, y, sin aguardar la respuesta dió a la puerta, sobre la que hizo pesar todo su cuerpo, un formidable empujón.

—Yo no abro a estas horas, — dijo, en angustioso tono, — la voz que se había oído segundos antes. Y agregó:

—Digan quienes son.

—Abra a la policía, — replicó Barreto.

—¡Perdón, señor, en seguida, — dijo entonces el de adentro. Voy a encender luz.

Unos segundos más y se vió el reflejo de una luz. De inmediato se abrió la puerta y en ella apareció un hombre semivestido. Barreto, con toda la comitiva, se precipitó en el interior.

—¿Cómo se llama usted?

—Volpi.

—Dese usted preso.

—¿Pero por qué?

—Basta de conversación, dijo impaciente el Jefe y volviéndose a los policianos, agregó:

—Atenlo y vamos.

Volpi, estupefacto, dejaba hacer.

Le ataron los brazos por detrás de la espalda, casi hasta juntar codo con codo y de un fuerte empujón lo arrojaron al patio. Allí uno de los comisarios lo recibió a puntapiés. Y a puntapiés lo llevó hasta la calle. Carvajal miraba la escena sin inmutarse en lo más mínimo.

Entre tanto, Barreto y sus acompañantes registraban el cuarto. Era un cuarto de aspecto pobrísimo. Solo había un baul grande, de esos que se designan con el nombre de "mundos"; un catre con cobijas y sin colchón; tres sillas de palo y una sobre la cual se veían un cubierto, tres o cuatro platos, una botella con una pequeña cantidad de vino, una palangana, un peine, un pito de yeso y un puñado de tabaco de Virginia. Todos estos detalles constan en el acta que se levantó y de ella los tomamos.

A la cabecera del catre, había colgada una litografía que representaba a Garibaldi; con su camiseta roja y la cabeza descubierta.

La comitiva se puso nuevamente en marcha. Volpi iba flanqueado por dos policianos y detrás marchaba el mismo comisario que, de entrada, lo obsequió con unos puntapiés. De vez en cuando, el hombre repetía la operación, que constituyó durante todo el trayecto, su único entretenimiento...

Dos o tres cuadras antes de llegar al Cabildo, Volpi, que llevaba la cabeza baja, la levantó frente a un farol. Los soldados le miraron, y pudieron observar que iba llorando...

La prisión de Patroni

Ya hemos dicho que el compañero de Volpi vivía en la calle Alzibar. Carvajal sirvió nuevamente de guía a la comitiva que encabezaba a Barreto, deteniéndose frente a la casa ubicada al lado de la cochería Donnelly.

El señor Barreto dispuso entonces que Carvajal fuera otra vez en grillo y conducido al Cabildo. En seguida se acercó a la puerta que el preso le había indicado, y dió, como momentos antes en la de Volpi, varios golpes con la culata del revólver.

Champagne Pierlot

(Authentique) Epernay

Importadores

Alberto Brun & Cía.

Artículos de toda clase para regalos

Alberto Brun & Cia. - Montevideo

Al poco rato se oyeron descender los pasadores y la puerta se abrió. En el umbral estaba un hombre conocido del jefe y que, a su vez, conocía a Barreto: era el dueño de casa, un zapatero a quien ya hemos aludido.

El jefe ni se preocupó de dar las buenas noches.

—¿Dónde está Patrone? — preguntó.

—En su cuarto; es el último.

—Debe entregarlo.

—¡Señor! Patrone está durmiendo. Es mi huésped y yo no puedo cometer una felonía...

—Patrone es un asesino y debe ser detenido inmediatamente.

—Yo no quiero resistir, pero aseguro que conozco a Patrone y sé que es un hombre honrado. De cualquier modo, pase usted y así se aclararán las cosas.

Barreto entró a la casa seguido de los suyos. Se encendieron varios fósforos y los intempestivos visitantes penetraron a la pieza ocupada por el presunto cómplice de Carvajal. Patrone dormía a pierna suelta. La cama en que se hallaba era bastante original. Estaba constituida por dos baules, de altura desigual, colocados en los extremos, y al centro, para nivelar el plano inclinado, por así decirlo, que los baules formaban, se veía un montón de ropa vieja mezclada con recortes de estera y lona. Por almohada, el hombre tenía un rollo de cuero.

Patrone estaba vestido. Solo se había quitado los botines y cuando el coronel Tajés arrimó un fósforo encendido mientras Barreto lo tomaba fuertemente de una muñeca, despertó sobresaltado.

—¿Qué hay? — fueron sus primeras palabras.

—Dese preso.

—¿Eh?

—Que se de preso. Somos la policía. Cálcese en seguida y vamos.

—¿A donde?

—¡Al Cabildo, qué embromar! ¡Vaya una pregunta! Los otros dos ya están cansados de esperarlo.

Patrone era un tío con toda la barba. A pesar de la sorpresa, no perdió su tranquilidad. Limitóse a

encogerse de hombros, diciendo: —No entiendo una palabra.

Una prueba abrumadora

Uno de los circunstantes siguió el movimiento del italiano y recogiendo algo del suelo se incorporó gritando:

—¡Aquí hay una alpargata manchada de sangre!

Y el hombre exhibía efectivamente una alpargata en esas condiciones ante el asombro de todos.



Rafael Volpi, preso en el Cabildo

Patrone miró la alpargata, luego pasó su vista por sus visitantes, y encogiéndose de hombros otra vez, dijo con indiferencia:

—¡Bah!

Patrone, ya lo hemos dicho, era un hombre en la más amplia aceptación del vocablo y fue, por su serenidad y por su estoicismo, el que más se atrajo las iras de sus verdugos.

En aquel tiempo eran frecuentes las denuncias de contrabandos, apareciendo siempre como culpables, los mercachifles, en cuyo gremio

Patrone figuraba. Su primera idea, fue, pues, la de que se le consideraba complicado en alguno de esos hechos. Con ese pensamiento, una vez calzado, echó mano al bolsillo y sacando una llave, la entregó a Barreto, mientras decía:

—Es la del único baul que tiene cerradura. Pueden registrarlo.

Barreto contestó:

—Que lo aten.

Hasta entonces, Patrone había creído que la policía se estaba llevando un chasco y por eso conservaba en el rostro cierta expresión burlona. La orden de Barreto lo sacó de su error. Fue atado como Volpi, y como a Volpi se le sacó de la pieza a empujones.

—¡Canallas!, dijo el italiano.

Mientras uno le tapaba la boca, por así decirlo, de una formidable cachetada, otro le colocó entonces, en una de las manos "la sortija", aparato de seguridad y de tormento, verdaderamente terrible. Patrone sintió la dolorosa presión, y adoptó un aire de completa mansedumbre.

Dentro del baul solo se encontraron unos artículos de mercadería; pero revolviendo entre las ropas viejas que hacían de colchón, se halló, con la impresión consiguiente, un pantalón lleno de salpicaduras de sangre.

Más adelante, el lector verá claro en ese detalle, que para la policía constituyó la prueba más rotunda de la veracidad de la confesión de Carvajal, y que, en realidad, solo fue una coincidencia fatal para los pobres italianos a quienes el terrible alfileriz había metido en el enorme lio.

Celebrando el éxito

A las 10 de la mañana, el ministro Vilaza, libraba un despacho telegráfico a todas las Jefaturas de campaña, comunicando que habían sido detenidos los autores del asesinato y robo en el cambio Platero, y elogiando expresivamente la pericia demostrada por la policía de la capital y en particular por su jefe Francisco Leonidas Barreto.

Todas las confecciones

que ven e l Gr n C sa Sp r i son fabricadas en su gran taller por personal competentísimo

531 Sarandi 356

J. Zacharías & Cía.

Capital realizado: Rs. 1.000.000 \$ 000

Fabricantes de las insuperables marcas de yerba:

**«Sant'Anna» y «Ernestina»
para el Uruguay**

Y de las marcas Gerusa, Nadyr, Alzira, Bugre y Gringo, para la República Argentina y Tigre para sal hamburgués.

Importadores de Pino, Cedro y otras maderas del Brasil, en tablas, rollizos, postes, piques, palos de escobas, etc.

Sucusales en el Brasil:

Paso Fundo, Ponta Grossa, Cruz Alta, Curityba, Antonina, Paranaguá, Nonohay, Río Negro y San Francisco

Sucursal en el Uruguay:

Montevideo, Calle Cerrito, 372
Casilla postal 570

Sucursal en la R. Argentina:

Buenos Aires, Calle Lavalle, 1268
Casilla postal 1490

Dirección Telegráfica: Para Curityba **“GRINGO”**

Demás Sucursales: **“ZACHARIAS”**

CODIGOS: RIBEIRO, A. B. C. 5.a mejorada y particulares

Pidan informes por cualquier producto del Brasil, que se atenderá con brevedad y ventaja, dada la completa ramificación de nuestras casas

Gerente, CAMILO CORBO.

La Gran Casa Spera

abarca por como el d. 1000 de Sastretería y Confecciones, 531 Sarandi 539.

Antonio Spera importador

da donde quedó alojado bajo la guardia de un centinela de vista. Este centinela era un soldado del famoso 2.º de Cazadores...

El interrogatorio

Transcribimos, de un diario de la época, el interrogatorio a que fué sometido Carvajal por el Juez del Crimen señor Saez, en presencia de su Actuario señor Fer-



Vicente Patroni

nández y del Ministro de Gobierno señor Vilaza, Jefe Político señor Barreto, oficial L.º de la Jefatura comandante Dupuy y otros funcionarios.

—¿Conocía usted al dependiente del cambio Platero?

—Sí señor.

—Usted se hallaba en el lugar del crimen, mezclado a la concurrencia, cuando nosotros penetramos allí y lamentó la muerte de Bentancor? ¿Les ligaba, entonces alguna relación?

—Sí señor, desde hace tres o cuatro meses nos veíamos todas las noches en el "Café del Sótano" y a veces, de tarde, conversábamos en la puerta del cambio.

—¿De donde sacó usted dos monedas de oro americanas que substituyó por dos libras esterlinas al pagar los artículos adquiridos en la casa Brocqua y Schoenberg?

El gran lío

Aquí Carvajal se sintió actor por centésima vez en su vida:

Adoptando un aire solemne, dijo:

—Voy comprendiendo de lo que se trata y no puedo contener mi indignación al creer que se me

piensa complicado en ese crimen.

—Tenemos datos, — dijo el señor Barreto, ¿De dónde sacó usted las monedas esas?

Tomamos del relato que un diario argentino hiciera del suceso, la respuesta de Carvajal:

—Esto es una infamia. Hasta el presente, nada de lo que se me habla es siquiera causa justificada para haberseme prendido y asegurado como a un ladrón. Entre nosotros, en vez de un reo, soy aquí la única víctima. Estoy engrillado, con centinela de vista, y pudiera decir que hasta robado, porque se me ha sacado a la fuerza mi dinero de los bolsillos. Declaro que no sé más que ustedes respecto de ese crimen cuyo cuadro hemos presenciado juntos, y no hablaré sobre esto una sola palabra más, porque répito que nada sé. Hasta antes de mí, otras personas han sido detenidas y soltadas. Pronto se ha-



Santos en la época del crimen

rá esto conmigo, aunque jamás me explicaré esta barbarie de grillos y centinelas contra el que ustedes saben que es mejor que nadie digno de consideraciones, puesto que me conocen todos los que están aquí. No se ría usted, señor Juez; la justicia está haciendo conmigo una verdadera iniquidad, digna de un país de caíres.

—No estamos aquí para filosofar y declamar, interrumpió el

señor Barreto, mirando con seriedad a Carvajal: ¿Tiene usted algo que agregar a sus respuestas sobre las preguntas dirigidas?

—Digo y juro que soy inocente de ese crimen y que no sé más de él que lo que ustedes mismos saben, y por esto nada respondo, ré ya.



Rafael Volpi

—Está bien, concluyó Barreto; pero piense usted que en cualquier caso los jueces consideran hasta donde es posible, la actitud de un culpable que ayuda al esclarecimiento de la verdad, por que eso libra de investigaciones perjudiciales a otros. Un hombre debe ser tal en toda situación de la vida; hasta en el banquillo; y crea usted que para haber llegado a ese extremo, será porque la poncia se halla en posesión de datos que usted ignora.

Carvajal miró al techo con impaciencia y golpeando el suelo con uno de sus pies engrillados, dijo, desafiante:

—No tengo nada que agregar. Minutos después las puertas de la celda se cerraron, y Carvajal quedó entregado a sus cavilaciones.

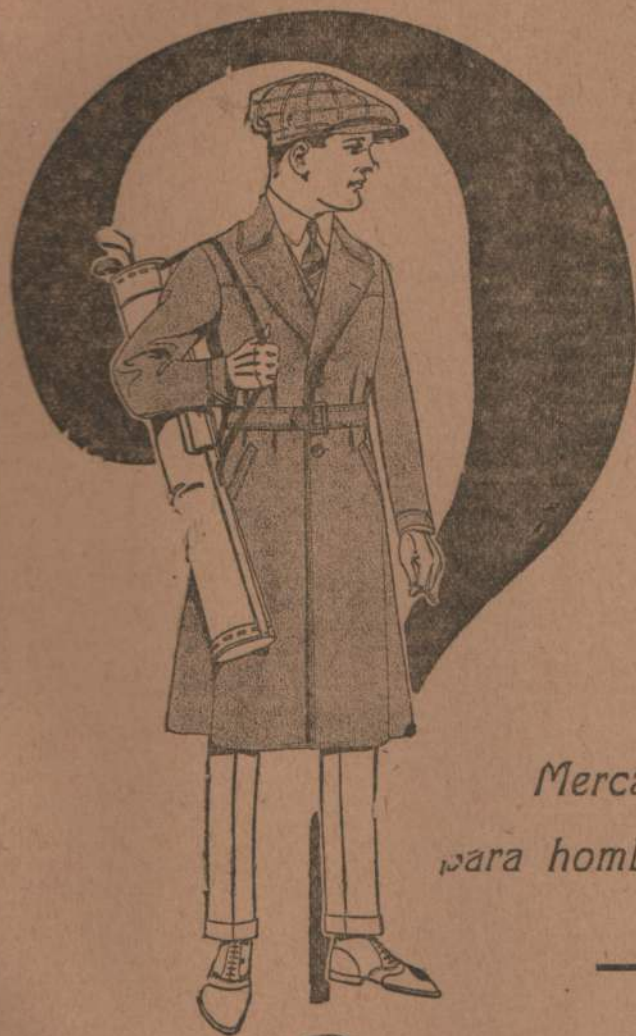
Un nuevo interrogatorio

A las seis de la tarde, el Jefe Político hizo al preso un nuevo interrogatorio. Le hizo ver que había contra él una prueba abrumadora, — la de las dos monedas americanas de oro, — y le instó para que dijese la verdad.

Carvajal dijo entonces que tenía que hablar a solas con el Je-

ARTEFACTOS DE LUZ ELÉCTRICA, ARAÑAS Y PORTATILES
ALBERTO BRUN & Cia.

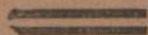
Primavera y Verano



*Están en exhibi-
ción y venta, to-
dos nuestros ar-
tículos para la
nueva estación.*



*Gran surtido de
TRAJES, de to-
das clases, gus-
tos y precios.*



*Mercaderías generales
para hombres, jóvenes y niños*



Francisco Cammarano & Cía.

CIUDADELA 1371, Av. 18 de JULIO y CONVENCION

¿Quiere Vd. comprar un buen traje en casimir inglés forros inimitables.
 corte elegante por diez pesos. Visite la GRAN CASA SPERA y se convencerá que puede haberlo

le los brazos, con los grillos en los pies, siendo su posición bastante conmovedora. Tenía la cabeza caída hacia adelante, los brazos hacia atrás y su cuerpo enormemente estirado, siendo su semblante el de un cadáver.

—Inmediatamente de empezarlo a arrigar le colocaron debajo un brasero con leña encendida, cuyas llamas le asaban las plantas de los pies produciendo el mismo efecto que el de un asado cuando en la parrilla empieza a soltar su jugo.

Patrón sufría espantosamente y sus primeros gritos eran terribles. —Cuando esto se producía los verdugos le preguntaban si quería confesar.

En momentos de encontrarse así Patrón, entraron a la celda varias personas y pudieron contemplar el terrible espectáculo. Ese tormento duró unos diez minutos. Cuando lo descolgaron. Patrón quedó tendido en el suelo cuan largo era, sin dar señales de vida. Uno de los soldados recibió orden de echarle agua y así se hizo, inundando completamente el calabozo.

El soldado terminó su narración con las siguientes palabras:

—“Me acuerdo muy bien de todo esto y me acuerdo que en el momento en que todos nos retirábamos, dejando al italiano tirado en el suelo, uno de los comisarios se aproximó a él, y luego de contemplarlo breves instantes, le dio con el taco de la bota, un fuerte golpe, causándole una gran desgarradura sobre la ceja derecha.”

El cronista del diario arriba aludido preguntó al soldado cuyas declaraciones acabamos de transcribir, lo que hacían, entre tanto, los altos empleados de la Jefatura. He aquí la respuesta, que copiamos literalmente:

—“Ah! Tomaban mate y hablaban del crimen.”

Volpi dice que va a confesar la verdad

En la noche del cuarto día, Volpi, para quien el tormento ya era irresistible, dijo a su centinela que quería hablar con uno de los comisarios. Se presentó entonces a la

celda el comisario Charlone, y Volpi, cuyo estado de extenuación ya hemos mencionado, se limitó a exclamar:

—“Ya no puedo más. Diré toda la verdad. El dinero está en mi pieza, en la calle Mal Abrigo (hoy Joaquín Requena).”

La declaración de Volpi, causó en el Cabildo enorme impresión y Barreto se apresuró a transmitirla a la Casa de Gobierno. Los comentarios, entre la gentuza, no podían ser más gráficos. Las tomamos de declaraciones formuladas más tarde por personas que los oyeron:

—“Por fin cantó el gringo!”

—“Es el más maulla de los dos.”

Barreto, orgulloso por el éxito obtenido, tomó las disposiciones necesarias para que el preso, debidamente custodiado, fuera conducido a la calle Mal Abrigo.

Habla otra vez Salvador García

Cedemos la palabra a nuestro entrevistado de la calle Guaná, el sargento de órdenes de la Jefatura Salvador García, que nos contará este interesante pasaje del proceso con lujo de detalles:

—“Se dió orden de quitar los grillos a Volpi y se le vistió con la ropa de un comisario, luego de disimular, en lo que fué posible, el estado en que se encontraba. Lo llevamos en brazos hasta un coche y lo instalamos en el mismo, tomando también asiento, Charlone, Olivencia, Buzón y yo. En seguida el coche partió rumbo a la calle Mal Abrigo.”

En la pieza de Volpi

—“Cuando bajamos del coche, los vecinos se agruparon — continúa García, — y entonces les dimos orden de despejar la entrada de la casa. A Volpi tuvimos que sostenerlo para bajar; pero lo hicimos disimuladamente para que los curiosos no se dieran cuenta de la forma en que iba. Nosotros temíamos que el italiano empezara a dar gritos y armase un alboroto. Entramos a la casa y en seguida llegamos a la pieza donde lo habíamos prendido. Allí todo estaba en la

misma forma en que la habíamos dejado días anteriores. Le preguntamos donde estaba la plata, y Volpi, antes de que nadie se diera cuenta y a pesar de hallarse herido, dió un salto hacia un armario y agarró allí una pistola de caballería. Era una pistola bárbara. Yo, que era el que estaba más cerca, saqué el sable y le pegué un planchazo en la cabeza, haciéndolo caer. Los demás registraron todo el cuarto. Y está claro: no había nada. Yo no se como Barreto tragó la pildora.

—“Entonces Volpi tenía el propósito de fugarse? — interrogamos a García, procurando encontrar una explicación lógica a esta incidencia.

—“No! ¿Qué iba a fugarse si no lo perdimos de vista! El después declaró que había querido librarse aunque fuera un momento de los castigos que venía sufriendo, porque ya no podía más. Lo tenían muy acosado al pobre.”

—“Se lo declaró a ustedes?”

—“Sí. Después nos dijo eso a nosotros y más tarde, cuando salió en libertad, también hizo a todo el mundo esas manifestaciones.

—“Y usted, qué piensa de eso?”

—“Que era la verdad. El pobre quería tener un momento de descanso porque ya estaba en las últimas. ¿Qué iba a dar la plata si no tenía nada ni sabía porque estaba preso!”

Y Salvador García nos hace sonreír diciendo:

—“¡Hicimos un papelón, nomás!”

—“Y después? preguntamos.

—“Ah! Al italiano le costó muy cara la jugarreta. Y miren ustedes lo que son estos extranjeros: nunca se olvidan de su patria. Después que lo hicimos volver en sí, lo sacamos de la pieza para llevarlo otra vez al Cabildo. Los comisarios estaban furiosos y empezaron a maltratarlo. En el patio, hasta la puerta de calle, la gente se encontraba amontonada. Yo creía que después del golpe que le di, Volpi marcharía mansito. ¿Y qué cosa, señores! Cuando se vió en el patio, el italiano empezó a patallar y a gritar como loco: —“¡Soy inocente! ¡Viva Italia!”

Y Salvador García, agrega:

—“Nos vimos mal allí.

—“Pero vencieron?”

Créditos

Alberto Brun & Cía.
 Rincón esq. Ituzaingó Plaza Constitución

Necesita Vd.

ropa interior? No deje de ver
precios en la Gran Casa Spera
531 Sarandí 539

robo se delatara por sí mismo inad-
vertidamente, al realizar cualquier
compra con el producto de su robo.

Entre los comerciantes que habían
recibido ese aviso, se encontraban los
señores Brocqua y Schoolberg.

La referida medida de las autori-
dades, aparece, entre el cúmulo de
desaciertos de que hizo gala la poli-
cía, como señal inequívoca de que el
origen de esos desaciertos no estaba,
como algunos lo han supuesto, en su
propia incompetencia, si no, como
más arriba lo afirmamos, en el temor
al descrédito que la opinión pública
hizo nacer en el ánimo de los hom-
bres del gobierno, exigiéndoles en
plazo perentorio y en términos ridi-
culizantes, el esclarecimiento del su-
ceso.

No pretendemos con esto, ni mu-
cho menos, intentar la defensa de la
policía de Santos. Dejamos, simple-
mente, constancia de hechos noto-
rios.

Un rayo de luz

La entrevista entre el señor School-
berg y el Jefe Político, fué tan
breve como interesante. Tomamos el
relato respectivo, de una declaración
que más tarde formulara el señor
Barreto y que apareció publicada en
varios diarios de la época:

—“El señor Schoolberg, — dice en
su declaración el señor Barreto, — a
quien yo ya conocía personalmente,
me habló más o menos en estos tér-
minos:

—“Ayer, como a las 2 y 1/2 de
la tarde, se presentó en mi casa de
comercio un individuo a efectuar va-
rias compras. Esas compras consis-
tieron en un puñal, una pistola, un
par de estribos, unas riendas con ca-
bezadas y un cinto para guardar mo-
nedas. Al efectuar el pago de esos
artículos, cuyo precio no regateó en
lo más mínimo, me entregó, entre
otras, dos monedas americanas de
oro, retiradas hace tiempo de la
circulación. Se lo advertí, y el hom-
bre, luego de inmutarse visiblemente,
sustituyó esas dos monedas, que
se guardó nuevamente, por dos li-
bras esterlinas.”

—¿Qué filiación tenía ese indivi-
duo?, le preguntó impaciente el se-
ñor Barreto.

—“Lo recuerdo bien: tendría
unos 28 años, lampiño de cara, pe-
ro con un fuerte bigote negro; ojos
azules y entrecerrados; vestía ropa
muy usada y chambergo de copa
alta. Observé, además, que cojeaba
algo del pie derecho.”

El señor Barreto, volviéndose
bruscamente, sin aguardar a que el
señor Schoolberg terminara su expo-
sición, ordenó al comandante Du-

muy interesante. El sujeto en cues-
tión, me solicitó que hiciera una
reforma en el cinto que acababa de
adquirir. Le advertí que eso deman-
daria algún tiempo. Entonces el
hombre optó por dejar todos los ar-
tículos comprados y volver por
ellos en el día de hoy.”

El señor Barreto, visiblemente
emocionado, se levantó.

—¿A qué horas quedó de volver?



puy que de inmediato transmitiera
la filiación del sujeto sospechoso
a las autoridades de la ciudad y ex-
tramuros. Esa orden se cumplió de
inmediato y no tuvo otras conse-
cuencias que las de ocasionar algu-
nos sobresaltos a varios pacíficos
ciudadanos. Lo veremos más ade-
lante.

El misterio comienza a desva- necerse

Pero el señor Schoolberg, como
lo hemos dicho, no había terminado
su exposición.

—“Tengo algo más que agregar,
— dijo, — y, a mi juicio, ello es

— preguntó en seguida.

—A las diez y media de la ma-
ñana.

El señor Barreto sacó su reloj.
Eran las 10 menos veinte minutos.

—No tenemos tiempo que perder,
— dijo. — Volverá el hombre?

—Yo creo que sí.

—Bien; espere un momento.

Aparece otra vez el señor Platero

El señor Barreto, dió orden de
que se comunicara en seguida en
su nombre al señor Platero, dueño
del cambio donde ocurrió el crimen,
que su presencia era urgentemente
necesaria en la Jefatura.

COMEDORES *estilo* JACOBEBAN
Alberto Brun y Cía.

"Gran Casa Gutenmajer"

FUNDADA EL AÑO 1900

Importación directa

SASTRERIA Y CONFECCIONES FINAS

Artículos generales para hombres

MERCEDES, 753 esq. CIUDADELA, 1402

Tel. La Uruguay 2599 (Central) : — : MONTEVIDEO

El señor Platero no tardó en presentarse en el despacho del Jefe Político. Este, luego de repetirle, con la premura que las circunstancias exigían, la declaración formulada por el señor Schoolberg, — le preguntó:

— ¿Cómo eran las monedas de oro americanas de que usted me habló la mañana de descubrirse el crimen?

El señor Platero hizo una minuciosa descripción de ellas.

— Son las mismas que yo he visto, — dijo el señor Schoolberg.

— Ya tenemos al criminal!, exclamó el Jefe.

Y tomando el sombrero, agregó:

— No perdamos tiempo.

Minutos después, el Jefe Político, secundado por el señor Schoolberg, el comandante Dupuy y otros empleados policiales, — entre ellos el sargento Salvador García, que vive actualmente en la calle Guanáb. N.º 2064 y que más adelante nos ha de hacer interesantes declaraciones, — tendió una hábil celada al hombre de las compras...

Pronto hemos de ver llegar, alegre y confiado, a la casa Brocqua y Schoolberg, a un personaje que ya conocen nuestros lectores. Aquí está la peripecia culminante del drama.

La filiación del individuo sospechoso que fuera a hacer ciertas compras a la casa Brocqua y Schoolberg,

transmitida, en su explicable apresuramiento, por el Jefe Político señor Barreto, a las autoridades urbanas y de extramuros, ocasionó, como lo decíamos en la nota anterior, diversos sobresaltos y molestias a varios pacíficos ciudadanos.

Antes de medio día, en efecto, se encontraban en el patio del Cabildo, severamente custodiados, catorce individuos cuyas filiaciones concordaban, detalle más o menos, según el criterio de los comisarios seccionales que los remitieron, con la suministrada al Jefe Político por el señor Schoolberg al formularle la denuncia que debía conducir a la identificación del criminal.

Fácil es explicar lo que había ocurrido. Los polizontes, ante las perspectivas del más ruidoso triunfo profesional de su vida, rivalizaron en celo para encontrar un sujeto cuyos rasgos respondieran a la filiación que obraba en su poder. Se largaron a la calle y echaron el guante a cuanto individuo "mal vestido, con sombrero de copa alta, picado de viruela y algo cojo", hallaron a mano.

En menos de dos horas encontraron catorce. Si al cabo de ese tiempo el criminal no hubiera caído en poder de la policía, la jefatura habría resultado pequeña para contener a los detenidos, víctimas del apresuramiento del señor Barreto y del empeño en lucirse de sus subordinados.

Esas catorce personas a que más

arriba hemos aludido, no tardaron en recobrar su libertad.

La celada

Habíamos dejado al Jefe Político señor Barreto y a sus subalternos en el momento de abandonar la Jefatura acompañados del señor Schoolberg, para dirigirse a la casa de negocio de este último, con el fin de atrapar al presunto criminal.

Revisando papeles viejos nos hemos encontrado con diversos relatos, todos ellos contradictorios, sobre ese interesante episodio del proceso, y ya desesperábamos de poder ofrecer a nuestros lectores la estricta verdad al respecto, cuando una circunstancia accidental nos puso frente a uno de los actores en el terrible drama, que jugó un rol de bastante importancia en el mismo, y que conserva, a pesar de sus sesenta y cinco años, recuerdos precisos de la época en que aquél se desarrolló.

Fué un amigo de esta casa quien nos aseguró que aún vivía y que se encontraba en Montevideo el ex-sargento de órdenes de Francisco Barreto. Tomamos debida nota del interesante dato y nos pusimos en campaña. Al cabo de algunos días, nuestras gestiones se vieron coronadas por el éxito: en una modesta casa de la calle Guanáb, señalada con el número 2064, encontramos al que fuera hombre de confianza del Jefe de

Es Vd. fumador?

Pruebe nuestro **LEGITIMO**

TOSCANO

PETRARCA

Unicos

Agentes:

R. Carli & Cía.

-- -- Calle CERRITO 714 -- --

Teléf. Uruguay 3410 Central

y compárel^o con
sus similares

—“Buenas noches, señor, — le dije antes que él hablara. ¿Qué desea?”

—“¿No podría hablar con el capitán Buzón?”

—No señor. Ahora no está en casa.

—¿A qué horas volverá?

—No sabría decirse.

—La señora está hablando con el coronel Tajés, — me dijo él entonces.

—Tanto gusto, — le respondí. — Si el coronel desea pasar...

—No señora. Tengo que hablar personalmente con Buzón por un asunto de suma urgencia. Cuando su esposo regrese, dígame que lo espero en el 3.º de Cazadores.

Yo involuntariamente me estremecí. Era el famoso cuartel, del cual ustedes habrán oído hablar tantas veces...

El coronel Tajés, agregó:
—Yo regresaré a pie. Dejo aquí mi carruaje para que su esposo lo utilice.

En seguida se despidió, y el coche quedó allí de acuerdo con lo que él había dispuesto.

Buzón se esconde

—“Mi esposo, — prosigue nuestra entrevistada, — llegó pasada la media noche sin ser notado por el cochero, que seguramente se ha-

bría dormido, y enterado de lo que ocurría, demostró una gran agitación. Al principio quería ir al 3.º de Cazadores, pero mis súplicas, las de su hermano y las de la esposa de éste, lograron disuadirlo de ese propósito que de cumplirlo, hubiera equivalido a su perdición. Como a las dos de la madrugada, con muchas precauciones, volvió a salir a la calle, sin que tampoco esta vez el cochero se apercibiera, y se dirigió a una cigarrería que unos amigos suyos, — no recuerdo ahora los nombres, — tenían establecida en las calles Cámaras y Cerrito. Los amigos de la referencia dormían en el mismo negocio. Le abrieron la puerta y mi marido quedó oculto en el sótano de la casa durante tres días.

Buzón en la “Caracciolo”

—“Al cabo de ellos — continuó la señora viuda de Buzón, — logró ponerse al habla con el comandante de la cañonera “Caracciolo”, comandante Amézaga, que ya había intervenido en el asunto Volpi y Patrone. Amézaga le proporcionó un traje de marinero y mi marido, disfrazado con el mismo, se trasladó a bordo de aquel buque, pasando, — esto es lo curioso, — frente al coronel Tajés, que estaba en el puerto y que no lo reconoció.

Fuga de Buzón a Buenos Aires

—“En la “Caracciolo” mi esposo permaneció oculto veinte días; pero nosotros y sus amigos íbamos a visitarlo; las autoridades que lo buscaban comenzaron a desconfiar, y entonces, para no comprometer a Amézaga, se embarcó en un barco de carga con destino a Buenos Aires.

Intento de venganza

—“En la vecina orilla, mi esposo tenía muchas relaciones. Empezó a trabajar, y al poco tiempo nos mandó buscar a todos nosotros. Pasaron unos meses sin que ocurrieran mayores novedades; pero un día, al salir de un café, en compañía de sus compatriotas don Eduardo Bonino y don Máximo Servetti, — este último fallecido en julio del año pasado, — fué provocado por un sujeto desconocido. Mi esposo que era un hombre algo impulsivo descargó con su bastón un fuerte golpe sobre la cabeza del provocador. Intervino la policía; fueron presos y a los pocos momentos salieron en libertad. El sujeto se hizo amigo de mi marido y breves días después, conversando con él, le confesó que se le había pago para que lo matara...

Rehabilitación

—“Poco me queda por decirles, — finalizó nuestra entrevistada, —

¿Cuál es la casa

de Sastrería y Confacciones más conocida de la Capital?

Cuando el proceso Volpi y Patrone terminó, el general Santos escribió a mi esposo pidiéndole que regresara al país y reconociendo la nobleza de su conducta. Mi esposo accedió y volvimos a radicarnos en Montevideo."

El colmo de la barbarie

Patrone, una vez en libertad, declaró a un redactor de "La Razón", que en ese día, los verdugos le quitaron todas sus ropas, dejándole únicamente las vendas que en la noche anterior, Buzón había colocado por vez primera en sus heridas. En seguida lo colgaron por los brazos del techo del calabozo y uno de los comisarios comenzó a echarle aguardiente sobre los hombros. El líquido, al correr por las llagas que su cuerpo ofrecía, le ocasionó sufrimientos terribles. Para ahogar sus gritos le llenaron la boca de arena, y el mismo comisario, arrojándose a él con un fósforo encendido, le preguntó si quería confesar la verdad.

—"Yo oí la pregunta, dice Patrone al cronista de "La Razón"; — pero no pude articular una palabra. Entonces el bárbaro, sin vacilar, arrojó el fósforo a un extremo de la venda, que rociada como estaba con aguardiente, comenzó a arder abrasándose todo el cuerpo. Luego me descolgaron y sin desatarme me dejaron solo. Desesperado, me arrinconé en un ángulo del calabozo, apretándome contra la pared a fin de apagar el fuego".

Y el cronista que recibía esta terrible declaración, agrega por su cuenta:

"En testimonio de su aserto, Patrone se quitó la ropa, y pudimos ver, horrorizados, que en ciertas partes su cuerpo era una llaga viva. No acertamos a explicarnos como este infeliz ha podido sobrevivir a semejante prueba."

Volpi fué sometido a la misma tortura y así lo declaró en la Legación Italiana y en la redacción de "La Razón", cuando fué puesto en libertad.

Interviene el cónsul italiano

Cómo trascendieron los comentarios que en los pasillos del Cabi-

do se hacían sobre los sucesos que dejamos narrado?

No hemos podido establecerlo con precisión. ¿Hubo algún delator? Probablemente sí; pero al oficial de tal, no imaginó que la delación pudiera tener las consecuencias que tuvo. Quizá algún soldado habló de lo que estaba sucediendo en la Jefatura, en el seno de su familia o en rueda de amigos... Lo cierto es que "L'Italia", en un suelto que todos los diarios transcribieron, dio cuenta de sus sospechas y exigió la intervención del cónsul de Italia señor Perrod. Las autoridades se apresuraron entonces a invitar al



Las torturas. Otro dibujo de "El Mosquito"

susodicho funcionario para que realizara una visita a la Jefatura. El señor Perrod cayó en el lazo. Fué, y hubo de declarar, momentos después, que nadie había sido torturado en el Cabillo. Los verdugos habían tenido buen cuidado de no hacer aparecer ante el señor Perrod a los infelices martirizados.

Un diario situacionista, decía con

motivo de la mencionada incidencia:

"Esta tarde el cónsul de Italia ha realizado una visita a la Jefatura, pudiendo constatar la falta de fundamento de las noticias que los enemigos del general Santos han venido propalando sobre supuestos castigos infligidos a dos súbditos italianos."

Así concluyó el primer conato de complicación diplomática del asunto.

El teniente Vázquez

Esta incidencia puso fuera de sí a la cuadrilla encabezada por Barreto. Volpi y Patrone fueron objeto de nuevos vejámenes y de nuevos tormentos. Nuevamente se les sometió al suplicio de Tántalo y nuevamente los pobres italianos volvieron a pedir en conmovedoras lamentaciones que se les diera muerte antes que prolongar el martirio de la sed.

Estaba de guardia en el Cabillo un pundonoroso militar, el teniente Alejandro Vázquez, que por primera vez venía a participar de las siniestras maquinaciones policíacas. Desde el primer momento, el noble oficial se sublevó contra aquellas infamias.

Abreviemos. Llegada la noche, el teniente Vázquez penetró a las celdas de los presos, y tras darles de beber hasta saciarnos, les prodigó toda clase de cuidados.

Carvajal nos cuenta una historia terrible

El alférez había presenciado los tormentos a que fueron sometidos Volpi y Patrone y sabía a que atenerse al respecto. Además, el air de quienes lo interrogaban le indicaba a las claras que la cosa iba de veras.

Cuando uno de los soldados apareció en la celda con una soga en la mano y una intención indefinible en la mirada, el miserable tembló...

—Un momento, señor Juez. Yo voy a declarar la verdad.

Se hizo, tras la impresión consiguiente, un enorme silencio. Y Carvajal empezó a hablar...

MUEBLERIA Y BAZAR

Alberto Brun & Cía.

Rincón esq. Ituzaingó
P. Constitución

No sera gastando

*mucho dinero como Ud. ve tira con elegancia. Visite la GRAN CASA SPERA
y se convencerá, que con poco dinero se vi-te correctamente*

Aquella alpargata

y aquel pantalón

Anotemos, antes, dos sucesos de importancia decisiva que tuvieron lugar precisamente momentos antes de que Carvajal formulara esa segunda declaración. El lector recordará como había pesado en el ánimo de la policía, para inducir a creer en la culpabilidad de Volpi y Patrone, aquel hallazgo de una alpargata y un pantalón manchados de sangre que se encontraron en la pieza del último de los presos referidos, al procederse a su detención. Aquella era la prueba más abrumadora que contra los infelices surgía de las primeras diligencias practicadas a raíz del encarcelamiento de Carvajal.

En diversas ocasiones, durante las torturas los martirizadores habían golpeado enfurecidos con esa alpargata el rostro de Patrone, pidiéndole a gritos que explicara su procedencia. Patrone, ya atolondrado por los golpes, quedaba más atolondrado aún frente a aquella prueba del delito que se le imputaba. Y es lógico que así sucediera: como lo veremos más adelante, el infeliz ignoraba que aquella alpargata estuviera en su cuarto y creyó, sinceramente, que se trataba de una treta de sus verdugos.

Un pavo en danza

En cambio, Patrone dió las explicaciones que se le solicitaron respecto a las salpicaduras de sangre que presentaba el pantalón descubierto en su pieza por los sabuesos que fueron a prenderlo. Deliberadamente, omitimos consignar esas explicaciones aunque fueron formuladas desde el primer momento. Hubieran quitado interés al relato, y el lector las hubiera reputado inverosímiles, como las reputó Barreto y cuantos le acompañaron en la pesquisa.

Helas ahora aquí transcritas literalmente de un diario de la época: "Cuando Barreto pidió al detenido que explicara cuando y cómo había manchado con sangre el pantalón, Patrone, sonriendo y encogiéndose de hombros, exclamó:

—¡Bah! Eso no tiene importan-

cia. Ayer a medio día estuvimos en casa de fiesta con varios amigos. Se mató un pavo y yo fui el encargado de sacrificarlo. En casa pueden encontrar la cuchilla que me sirvió para cortarle el pescuezo. Pregúnten a todos los que estaban y se convencerán de que digo la verdad."

El lector ya sabe que Patrone no fué creído.

Se descubre la farsa

Pero la farsa no podía durar. Las personas mencionadas por Carvajal, como directoras del complot para hacer desaparecer a Santos, llamadas a declarar, rechazaron indignadas la acusación y se pusieron personalmente a disposición de la justicia para poner las cosas en su lugar. Sus casas fueron registradas en vano. No se encontró en ellas ni una prueba ni nada que pudiera hacer las veces de tal. El teniente Pedro Carvajal, hondamente impresionado, preguntaba al Juez si estaba seguro de que su hermano se encontraba en pleno dominio de su razón. El mayor Patiño, por su parte, narró la forma en que el alférez había logrado introducirse en su domicilio...

Recién entonces se empezó a considerar seriamente la posibilidad de que Carvajal se hubiera estado fumando a todo el mundo...

Aquél muchacho Giménez, amigo de Bentancor, empleado en la "Sastrería Anónima", a quien mencionamos en una de nuestras primeras notas, llamado nuevamente a declarar, hizo mucha luz en el asunto. Dijo que conocía a Carvajal por habérselo presentado Bentancor tres o cuatro meses antes del crimen; que muchos días antes de que éste ocurriera, le había llamado la atención la insistencia con que el alférez rondaba el cambio Platero; que dos o tres veces habló de esto con Bentancor, y que Bentancor le confesó que aquél hombre que quería ser su amigo a

toda costa, le estaba inspirando miedo...

La luz empezaba a hacerse; pero faltaba aún algo decisivo: —Giménez terminó su deposición, afirmando que una vecina de la sastrería donde él trabajaba, llamada María Castiglioni, esposa del dueño del "Café del Sótano", declaraba a todo el que quisiera oírlo, que ella había visto a Bentancor, la noche del 16 de Febrero, minutos antes de cerrarse el cambio, conversando en la puerta del mismo con un sujeto a quien le sería fácil reconocer.

Doña María Castiglioni, fué llamada a declarar y confirmó, con lujo de detalles, lo dicho por Giménez. Llevada momentos después al Cabildo y colocada frente a los presos, señaló, sin vacilar, a Carvajal:

—Este es. Este es el mismo hombre que yo ví hablando con el finado Bentancor.

La farsa estaba descubierta.

La policía se asusta

La primera medida de las autoridades, después de los sensacionales sucesos que dejamos narrados, fué la de hacer examinar a Volpi y Patrone, por un facultativo. Frente al giro que tomaban los acontecimientos, la policía estaba aterrorizada.

Volpi y Patrone fueron trasladados a una pieza de los altos del Cabildo. Se les instaló en dos buenas camas, luego de cambiarles la ropa y se les proporcionaron los primeros alimentos para dar entrada a la sala enseguida, al médico de policía.

Las declaraciones de este, respecto al estado de los italianos, concluyeron de aterrorizar a las huestes de Barreto. Según la opinión del galeno que por primera vez examinaba a los presos, era difícil que éstos, —Volpi sobre todo,— pudieran sobrevivir mucho tiempo. Esta profecía no tardó en cumplirse.

A ambos les fueron entablillados los brazos y curadas las heridas, quedando desde ese mo-

Sillones giratorios y de hamaca en roble

Alberto Brun & Cía

Rincón esa. Ituzaino

mento sometidos a un delicado tratamiento.

Carvajal confiesa su delito

Volvamos a Carvajal. Aún frente a las pruebas acumuladas en las últimas horas contra él, persistió en negar. Se ordenó entonces que fuera torturado; pero el hombre no fué capaz de resistir. Y una vez más Carvajal anunció que iba a decir la verdad, — toda la verdad, — sobre el crimen del cambio Platero.

El teniente Alejandro Vázquez. — Una interesante epístola

En una de nuestras últimas notas, planteábamos una interrogación, la única que en el curso del proceso quedaría sin respuesta.

¿Qué fué del teniente Alejandro Vázquez, el noble oficial que violando las órdenes recibidas dió de beber a los presos?

Un lector de LA NOCHE, — y ninguna prueba mejor que esta para constatar el interés con que el público ha seguido este relato, — le ha tomado la tarea de contestar aquella pregunta.

He aquí la interesante epístola que sobre el particular hemos recibido:

"Señor director de LA NOCHE. — Presente. — Estimado señor:

Como sigo con sumo interés el proceso de Volpi y Patrone, he visto en la última publicación, que no se tienen datos fijos sobre cual fué la suerte del teniente Alejandro Vázquez, despedido y arrojado del Ejército por haber dado de beber a los presos.

"Debo decirle que el teniente Vázquez residió después de todos los sucesos que ustedes están narrando, en la ciudad de Paysandú.

"En dicha ciudad murió de "peritonitis" el año 1907 si mal no recuerdo.

"Debo hacer resaltar un gesto de la colonia italiana de aquel punto, que al saber su fallecimiento, cerró sus puertas en señal de duelo. Todas las sociedades italianas concurrieron al se-

lio con sus distintivos. La mayor Patifio, donde se introduce en la forma que nuestros lectores conocen, y Enriqueta a una modesta pieza de la calle Maldonado que el alférez le alquiló.

Para salir de la "Fonda Española", debieron dejar al dueño de la misma, un baúl en empeño. Digamos aquí algo que olvidamos decir cuando referíamos esta incidencia: Carvajal siguió frecuentando la "Fonda Española", con distintos motivos; ya para tomar algunas copas, ya para asegurar al propietario que a la brevedad posible pasaría a rescatar el baúl dejado en pago de su deuda.

Lo demás, lo recordará el lector: el hombre, por falta de recursos, se vió en serias aperturas y para salir de ellas, llegó a colocarse, de traspie en traspie, en una situación insostenible. Los continuos sablazos a sus amigos, la aventura con el cura de la Aguada y otros episodios, constituyen los detalles más salientes de esa situación.

Tenemos, pues, al alférez Carvajal, a principios del mes de noviembre del año 1881, frente a esta formidable prueba de la vida: la pobreza.

Fué desde entonces, — y aquí comienza en realidad la confesión del pintoresco personaje, — que, incapaz de ordenar su vida, ya desquiciada, comenzó a prepararse un sin nuestro porvenir. Gastaba sin tener recursos, y cuando por cualquier circunstancia llegaba a tenerlos, de lo que menos se acordaba era de sus deudas.

Hacia el crimen.

Dice un diario de la época:

"Algunos de sus amigos, le habían observado una predilección, por cierto contradictoria con su situación pecuniaria: era la de detenerse con frecuencia a contemplar las vidrieras de las joyerías o a mirar en las de las casas de cambio las filas de monedas o los billetes expuestos a la codicia de los desheredados de la fortuna".

Desde principios del mes de Noviembre del año 81 comenzó a andar más solo que de costumbre, rehuyen-

Saluda al señor director atte.

—Américo Novello."

Al comenzar el capítulo rela-



Carvajal, el N.º 2 de la Penitenciaría. Fotografía tomada en el año 1908

cionado con la prisión de Carvajal, origen de todos los sucesos referidos hasta ahora, habíamos dejado al terrible alférez en una situación apremiante. Refrescaremos la memoria del lector. Es menester tener en cuenta una serie de antecedentes ya consignados, para que la confesión de nuestro hombre no aparezca como un injerto novelesco a esta altura del relato.

El pintoresco personaje había llegado de Mercedes en compañía de una dama conquistada en la ciudad de Hum, de nombre Enriqueta. Ambos fueron a parar a la "Fonda Española", ubicada en la calle Río Negro, de donde al cabo de algunos días se trasladaron. Carvajal, a la casa del ma-

Visite nuestra Exposición de Muebles

Alberto Brun & Cía.

Rincón esq. Ituzainqo

do, al parecer deliberadamente, la compañía de los pocos amigos que le quedaban.

Frente al cambio Platero

Durante las "tardes de retreta" frecuentaba la plaza Independencia, tomando asiento, por lo general, en un banco que estaba situado, precisamente, frente al cambio Platero.

La idea de hacerse de algún dinero para solucionar la difícil situación en que sus desaciertos le colocaron, trabajaba continuamente su espíritu. Pocos días más, y esa idea llegó a ser en él una obsesión.

Desde el momento en que fijó su atención en la casa Platero, ya no anduvo aplanando calles ni se detuvo más en las vidrieras de las joyerías: desde ese momento hizo su parada obligatoria en aquel banco de la plaza principal que ya hemos mencionado.

Haciendo planes

Carvajal pensó que había encontrado la ocasión de llevar a cabo su empresa. Hombre vivo, de una viveza extraordinaria, no tardó en entrar en posesión de cuantos detalles podían interesarle. A los pocos días, el alférez conocía a los dueños del cambio; conocía al único empleado del mismo y se sabía al dedillo el régimen que reinaba en el negocio. De inmediato comenzó a formular su plan.

¿Cómo proceder? El alférez hizo honor a su profesión de curial: decidió entablar relaciones con el que meses más tarde iba a ser su víctima: Bentancor.

¿Cómo conseguirlo? A provechando la primera oportunidad. Y la oportunidad no tardó en presentarse.

El 8 de Noviembre de 1881

Las personas de aquel tiempo, que aún viven, recuerdan bien esa fecha: el 8 de Noviembre, a eso de las 6 de la tarde, se desató sobre Montevideo un horrible ciclón que tomó de sorpresa a los desprevenidos viandantes y a los dueños de comercios que tenían abiertas las puertas de los mismos. El fenómeno es tanto más memorable, cuanto que

tuvo lugar casi simultáneamente en esta capital y en Buenos Aires.

"La ciudad quedó a oscuras", —nos dice, gráficamente, una de las personas entrevistadas en el curso de esta narración...

Ese día Carvajal, como de costumbre, ocupaba su banco favorito en la plaza Independencia.

Al estallar la tormenta, precedida de un terrible huracán, las corridas se multiplicaron y se multiplicaron los golpes de puertas y ventanas.

Juan Betancor corrió a colocar los postigos de la vidriera. Los colocó; y en el momento en que iba a entrar al cambio para cerrar la puerta tras sí, Carvajal, que había cruzado la calle a toda carrera, surgió ante la vista del muchacho, diciendo precipitadamente:

—Déjeme entrar un momento.

¿Cómo negarse? Betancor, solicitamente, empujó al alférez hacia el interior del local y le invitó a permanecer allí hasta que pasara el huracán.

Así logró introducirse Carvajal por vez primera en el cambio Platero.

Amigos

Abreviemos. Carvajal, que tenía una fuente inagotable de recursos para presentarse según lo exigieran las circunstancias, se conquistó en el primer momento a Bentancor. Al despedirse, se estrecharon efusivamente las manos, haciéndose mutuas promesas de una leal amistad.

Al día siguiente, Betancor, presentó su nuevo amigo al único compañero que hasta entonces tenía: aquel muchacho Giménez, empleado en la "Sastrería Anónima", vecina al cambio Platero. A partir de ese momento, no fue difícil ver al terceto ya en el "Café del Sótano", ya en la calle, en tren de paseo...

Carvajal se hace sospechoso

El alférez comenzó a frecuentar el cambio Platero con una asiduidad inalterable. Y detalle interesante: jamás llegó en mo-

mentos en que se hallaran en el mismo los dueños del negocio. Aparecía invariablemente, cuando Betancor se disponía a cerrar la casa. Y el propósito de la visita era siempre el mismo: "esperarlo para salir luego a dar una vueltita".

¿Dejó entrever el alférez, inadvertidamente, sus siniestros propósitos? Probablemente, sí. Probablemente, en más de una visita no pudo disimular las investigaciones que estaba realizando sobre el que sería escenario de su crimen. Una mirada un gesto... quien sabe. Pero lo cierto es que en los últimos días de Enero del año 82, Betancor confesó a su compañero Jiménez que aquel hombre que no lo dejaba a sol ni a sombra le estaba inspirando miedo...

—Quisiera desprenderme de él —dice Jiménez en sus declaraciones que le confió Betancor— pero no sé cómo hacerlo".

Por la tarde Betancor, veía a Carvajal en su banco de la Plaza Independencia, fija la vista en el cambio. Si el muchacho, encontrándose ausentes sus patrones, se asomaba a la puerta, el alférez cruzaba de inmediato la calle para entablar conversación. Por la noche, Carvajal acudía al comercio con una puntualidad extraordinaria. Era la sombra de "Los Madgiars".

El plan

¿Pensó Carvajal desde el primer momento asesinar a Bentancor? Mañana contestaremos esta interrogación.

Carvajal no pensó, en el primer momento, sacrificar a Bentancor. Su idea era la de "dar un golpe" sin recurrir a la violencia. Tomamos esa frase de su confesión.

Las circunstancias dispusieron otra cosa, debido a la imposibilidad de operar sin testigos. Aquel muchacho era un estorbo que no había más remedio que suprimir.

Dice sobre este particular un diario de la época, uno de cuyos redactores visitó a Carvajal después de su confesión:

"Su intención al principio no fu-

Al contado y por mensualidades

Alberto Brun & Cía.

Plaza onstitución

El Triunfo de la GRAN CASA SPERA ha sido su forma liberal en vender sus mercaderías al precio más bajo que cualquier otra similar.

más adelante. Se había fijado en la caja de Platero y creía poder hacer allí su tiro en condiciones que dejaran establecida su impunidad.

"De todo lo que se le había presentado a la mano, aquel escritorio de cambio le parecía lo más conveniente. Toda la tarde, hasta la hora de oraciones, estaba a la sola guardia del joven Bentancor, con quien, como ya se sabe, había conseguido hacer una amistad de bastante confianza, al extremo de que muchas veces Bentancor, mientras estaba allí Carvajal, iba y volvía al interior de la casa dejando puestas las llaves en la caja de hierro.

"En estas ocasiones Carvajal podía haber tentado su golpe, pero se cruzaban diversos inconvenientes.

"O Bentancor volvía muy pronto, o entraba allí Giménez u otra persona, o no entraba nadie, lo cual era también un peligro, porque dado el caso de haber podido efectuar el robo no tendría defensa no habiendo estado allí sino él."

Preparando el crimen

En diversas ocasiones, pues, le falló el golpe al amigo Carvajal. Tal la situación, tres o cuatro días antes del crimen.

El 15 de Febrero, Carvajal, contra su costumbre, se mostró por todas partes; fué a los parajes más centrales de Montevideo; estuvo largo tiempo en la Recoba; anduvo en la Casa de Gobierno, frecuentó los cafés principales, y después de su comida entró a la confitería Oriental, donde en compañía de dos oficiales del ejército, se le vio tomando un helado de crema.

Cerca de la oración se despidió de ellos y fué a situarse frente al cambio Platero.

Allí permaneció largo rato observando lo que ocurría en el interior del negocio.

Esa noche, el alférez no fué a buscar a Bentancor. Fué, en cambio a la "Fonda Española", donde declaró al dueño de que necesitaba la misma pieza que tenía antes. Pagó lo que debía, y pagó también parte del alquiler adelantado, con recursos adquiridos sabe Dios como. Por lo demás, no

importaba lo que abonó una gruesa suma ni mucho menos.

El 16 de Febrero

El día 16 de Febrero, que fué el del crimen, Carvajal se ocupó de sus asuntos judiciales, como de costumbre, por la mañana; y quienes lo vieron, nada de particular notaron en él: era el mismo de siempre.

A la hora de la cena se dirigió a la pieza de su querida, Enriqueta, situada, como ya lo hemos dicho, en la calle Maldonado.

Mientras Enriqueta ponía la mesa, Carvajal mandó buscar, con un chico del patio, un litro de vino, que él solo bebió en su casi totalidad.

A eso de las 7 y 1/2, dijo a su accidental consorte que volvería temprano y se largó a la calle.

Antes de llegar a la Plaza Independencia hizo tres o cuatro estaciones en algunos despachos de bebidas. El hombre se daba coraje, y así lo declaró, meses más tarde, cuando se vió obligado a confesar la verdad.

A las ocho, Carvajal ya estaba frente al cambio Platero. Se sentó en el banco de costumbre y esperó los acontecimientos.

El crimen

A las 9 de la noche, Bentancor se preparó a cerrar el negocio. Puso los postigos de la vidriera y dejó solo media puerta abierta.

Carvajal, creyendo que había llegado el momento propicio, se levantó para cruzar la calle; pero Bentancor volvió a aparecer en la puerta, al parecer, sin ánimo de irse todavía.

En esas circunstancias, apareció Giménez en la puerta de la "Sastrería Anónima", trabando conversación con el dependiente del cambio.

Los muchachos hablaban de una visita que debían hacer más tarde.

"Cuestión de polleras", dice Carvajal, gráficamente, en su confesión.

Al cabo de un rato, Giménez instó a Bentancor a cerrar el negocio. Bentancor entró, y tras breves instantes, volvió a salir diciendo:

"No encuentro las clavijas de los postigos."

Giménez contestó:

"Apurate a buscarlas. Yo me voy a vestir."

Y penetró a la sastrería cerrando la puerta.

Carvajal no aguardó más. Cruzó la calle y apareció frente al cambio en el mismo momento en que Bentancor, creyendo aún a Giménez en la puerta de la sastrería, se asomaba para gritarle:

"Che, ya las encontré."

De manera que Carvajal y Bentancor se hallaron en el umbral.

El alférez, como de costumbre, le saludó afectuosamente, palmeándole el hombro y disimulando de tal modo su agitación y sus intenciones, que Bentancor no se apercibió de ellas.

Entonces, allí no más en la puerta del escritorio, le refirió que iba a salir con Giménez a aquella visita y que si no había ido antes fué por la pérdida de las clavijas que acababa de encontrar y llevaba en la mano.

En ese mismo instante se sintieron pasos y los dos se volvieron. Era la esposa del dueño del "Café del 'Sótano'", doña María Castiglioni, que cruzaba con una amiga. Carvajal se ocultó cuanto pudo en la penumbra. Esto, según ya lo hemos visto, no impidió que días más tarde fuera reconocido en el Cabildd entre todos los presos.

La mujer saludó a Bentancor sin detenerse, y ya a varios pasos del cambio, dice Carvajal en su confesión que se volvió diciendo a Bentancor:

"Cerrá bien, Juancito. No te vayan a robar."

El chico y el alférez rieron de la ocurrencia; pero el segundo no pudo hacerlo sin extremecerse.

Unos instantes más, y Carvajal dijo al chico.

"¿Qué haces, que no sales?"

"Voy a poner estas clavijas, a cambiarme ropa y vuelvo."

"Dame, yo las pondré y te cierrro para que salgamos pronto. Yo los acompañaré unas cuadas."

Bentancor entregó las clavijas a su amigo y se dio vuelta para seguir adentro.

Entonces éste, que ya había puesto la mano en la cachiporra que llevaba, empujó la hoja de la puer-

Al contado y por mensualidades

Alberto Brun & Cía.

Plaza Constitución

a que se cerró, y, adelantándose rápidamente sobre Bentancor que estaba a dos pasos, levantó el arma y le descargó un terrible golpe sobre la parte posterior del cráneo.

Bentancor, recibido aquel formidable golpe de cachiporra, agachó la cabeza, abrió los brazos, buscando instintivamente donde apoyarse, vaciló sobre sus pies girando en ellos.

Unos instantes más y se sintieron, claramente, unos pasos que se alejaban. Giménez, creyendo que su amigo ya se había ido, se retiraba pensando encontrarlo en la casa que momentos antes habían convenido visitar.

Después del crimen

Consideramos innecesario decir

Antes de llegar a la fonda hizo un interesante estación. Se acercó a la playa y borró, en cuanto le fué posible los restos que del crimen llevaba sobre sí.

En la fonda declararon que Carvajal había entrado a su pieza en la mañana del 17 de Febrero; pero el alférez aclaró más tarde el punto. El estuvo en la fonda la misma noche del 16, — pero entró y salió sin que nadie lo notara, antes de amanecer, — dirigiéndose después a la pieza de la calle Maldonado.

La visita de Carvajal a la fonda tiene su explicación. Allí se mudó de ropa y allí hizo una especie de selección en el dinero robado; dejó en el baúl gran parte del mismo, — especialmente los billetes que presentaban manchas de sangre, — y se llevó sólo unos patacones en oro. Ya tenía su plan: no daría ningún motivo de desconfianza a su concubina, a quien abandonaría a los pocos días para dirigirse a Buenos Aires.

En la mañana del 17 de Febrero, Carvajal figuraba en la primera fila de curiosos que llenaron el cambio al descubrirse el crimen.

Lo demás, lo sabe el lector. Terminada la confesión de Carvajal, fué tarea fácil a la policía llenar las diligencias que posteriormente tuvieron lugar.

En la fonda de la calle Río Negro se encontraron, dentro del baúl indicado por el alférez, las pruebas de su crimen.

Enriqueta, detenida en los primeros momentos, fué de inmediato puesta en libertad. Sus declaraciones contribuyeron mucho a hacer luz en el asunto.

La policía guardó silencio sobre el sensacional descubrimiento. Bajo ningún concepto quería confesar su fracaso.

Pero el encarcelamiento de Volpi y Patrone no podía prolongarse, por más pues los infelices ya eran objeto de toda clase de cuidados en los altos del Cabilde.

Volpi y Patrone en libertad

Comprobada la culpabilidad exclusiva de Carvajal en el asesinato de Bentancor, el dependiente del cambio Platero, hecho



Las torturas. — Un dibujo de (El Mosquito), publicación de la época Proceso Volpi y Patrone

como un cuarto de círculo y se desplomó al suelo, cayendo extendido al lado derecho de la línea que seguía. Su cuerpo se estremeció todo por un instante y quedó luego inmóvil allí.

Carvajal se inclinó sobre su víctima. En ese momento llamaron a la puerta y se oyó la voz de Giménez que decía:

—Vamos, pues!

Carvajal, "por las dudas", llevó una mano al cuello de Bentancor y le apretó fuertemente.

Anotemos aquí un detalle que hemos omitido impensadamente: en el cambio no había ninguna luz.

Pasaron unos segundos de verdadero ansiedad y nuevamente se oyó afuera la voz de Giménez:

Estás o no? ¿Qué haces?

Lo que ocurrió después. La muerte de Bentancor, el robo a la caja de caudales y todos cuantos detalles se relacionan con la estada de Carvajal en el cambio Platero, la noche del 16, están contenidos en la reconstrucción que del crimen hicimos en una de nuestras primeras publicaciones.

Al abandonar el cambio, Carvajal sacó un ponchito imitación de vicuña con que llevaba envuelto el cuerpo del delito por debajo del chaleco; se lo puso, y cruzando la calle Juncal atravesó la plaza Independencia hasta el ángulo opuesto donde se detuvo para constatar que nadie lo había visto. Después bajó hasta la ribera y costeándola se encaminó a la fonda de la calle Río Negro.

COMEDORES

Alberto Brun & Cía.

Montevideo

Vd. PODRA apreciar en la práctica la conveniencia en comprar e" la GRAN CASA SPERA que le vende directamente de la importación.

ocurrido el 16 del corriente y del que ya hemos dado noticia, los súbditos italianos Volpi y Patrone, acusados como cómplices por Carvajal, acaban de obtener su libertad. ¡Pero en qué estado!"

Así comenzaba un suelto de "L'Italia", publicado tres o cuatro días después de ocurridos los sucesos que hemos relatado.

Volpi y Patrone, en efecto, habían abandonado la Jefatura. A las 6 de la tarde del día en que salieron en libertad, toda la población de Montevideo ya conocía en sus principales detalles, el monstruoso crimen perpetrado por la policía en las celdas del Cabildo.

La indignación pública

Los italianos, a quienes se había recomendado muy especialmente, bajo amenaza de restituirlos a la cárcel, que guardaran silencio sobre lo ocurrido, dieron mil seguridades al respecto; pero una vez en la calle, se encaminaron a la Legación italiana, ubicada en aquel entonces en el Hotel Oriental, en demanda de justicia.

Los periodistas llenaron el referido hotel, y "La Razón" lanzó una edición extraordinaria narrando el lamentable estado en que Volpi y Patrone se encontraban y conteniendo las declaraciones que estos formularon a uno de sus redactores.

"Acabamos de ver a Volpi y Patrone, — decía el cronista, — y venimos horrorizados."

Al día siguiente toda la prensa puso el grito en el cielo. "La Razón", decía:

"Tenemos una policía criminal. Hablamos de Barreto y comparsa y de las autoridades que lo sostienen."

"La Democracia" finalizaba del siguiente modo, un enérgico artículo titulado "El tormento".

"Entretanto, la humanidad afrentada, la civilización escarnecida, la Constitución y las leyes violadas, la crueldad herida en su índole humanitaria, en sus progresos, en sus instituciones, en sus aspiraciones más nobles, reclaman amplia y severa justicia contra los verdugos de sus

semejantes, que bien se parecen a los tigres escapados de los montes de la Hircania!"

"El Siglo" escribía un editorial que epigrafiaba gráficamente: "¡Horrible!" y decía:

"Aquellos miembros desoyuntados, aquellas muelas arrancadas, aquel suplicio de Tántalo aplicado a un ser humano, — todo eso forma un conjunto tan espantoso, que se diría que asistimos a una escena de la Edad Media."

Hasta "La Nación", — diario netamente situacionista, — creyó llegado el caso de insertar un breve suelto insinuando la necesidad de esclarecer las denuncias formuladas por sus colegas.

"La Opinión Nacional", órgano oficial del gobierno, no decía ni jota.

"L'Italia" preguntaba lo que diría, frente a los sucesos, el cónsul italiano señor Perrod, que hizo una visita al Cabildo y no vió nada. "El señor cónsul, decía "L'Italia", está en el deber de aclarar su situación."

Volpi y Patrone

Eran los hombres del día. Del Hotel Oriental fueron llevados al "Círculo Napolitano" y en los salones de dicho centro se les expuso a la curiosidad pública.

Dice un diario de la época:

"Cuando se supo la noticia, y conocidos ya todos los detalles del martirio soportado por los presos, el local del "Círculo" fué invadido por un gran gentío, compuesto en su mayoría de personas altamente colocadas en nuestra sociedad. Hasta los mismos gendarmes que se colocaron en las puertas del "Círculo" para evitar cualquier desorden, estaban admirados del doloroso estado en que se encontraban aquellos mártires; y más nobles que sus compañeros de la Jefatura, los compadecían en voz baja, haciendo comentarios sobre los detalles que habían oído a algunos soldados que presenciaron la tragedia del Cabildo."

"Patrone estaba muy abatido. La luz del gas que alumbraba el recinto, realizaba el color amarillento de su tez, y dejaba ver

claramente el círculo morado que rodeaba sus ojos, efecto de las torturas, y de la "fiebre traumática", que había quemado su frente en el fondo de aquel calabozo frío, donde se ensayaban tantos medios violentos e inquisitoriales para arrancarles la confesión de un delito que no habían cometido.

El mismo aspecto presentaba Volpi, aunque no tan lacerado como su compañero de infortunio. Patrone, además de tener los dedos completamente dislocados, los brazos sin juego, y la espina dorsal doblada, a causa del martirio que sufrió como Volpi, en el cepo colombiano y en el cepo de cuerda, sentía aun los dolores de la llaga que le había en la pierna, terriblemente agrandada por el fuego que habían prendido al vendaje que la cubría, una de las últimas torturas, y la más desesperante tal vez."

El gran julepe

¿Qué hacía entre tanto el gobierno? Al principio creyó que se trataba de una tormenta en un vaso de agua; pero cuando los ataques de la prensa subieron de tono; cuando la indignación popular adquirió caracteres hasta entonces nunca vistos, desafiando osadamente sus iras, y empezaron a circular alarmantes rumores acerca de la actitud que asumiría la Legación Italiana, — el gobierno tembló...

El Ministro del Interior se apresuró a dirigirse al Fiscal del Crimen, señor Juan José Segundo, exigiéndole que tomara cartas en el asunto, acusando a los torturadores. Esto era, como se vé, una ridiculez. El propio señor Segundo se encargó de establecerlo así, dirigiendo al Ministro esta contundente comunicación:

"Montevideo, Febrero de 1882. — Señor Ministro de Gobierno. — En contestación a la nota de V. E. de esta fecha, excitando el celo de este Ministerio para provocar los esclarecimientos necesarios respecto de las denuncias del atentado cometidas en las

Dormitorios

Modelos exclusivos
Alberto Brun & Cía.

NO PIERDA LA OPORTUNIDAD de concurrir a las fiestas que fuera invitado a falta de indumentaria adecuada. LA GRAN CASA SPERA se lo proporcionará a e cios sin competencia alguna. 531 - SARANDI - 539.

personas de los individuos Vi-italiana, al mando del comandante Volpi y Rafael Patrone, debe manifestar a V. E. el infrascripto, que ya antes de recibir la comunicación de V. E. había procedido en el sentido preindicado, atento a la gravedad y notoriedad de los hechos denunciados.



Comendador Carlos de Amézaga

"Dios guarde a V. E. muchos años. — Juan José Segundo".

En cuanto a los torturadores, estaban sencillamente aterrizados. En el Cabildo se les veía ir y venir en un estúpido atolondramiento. Unos a otros se echaban las culpas de lo ocurrido; y como en esa forma los culpables no aparecerían optaron por colgarle el San Benito a infelices subalternos cuya participación en el crimen fué evidentemente obligada y secundaria.

Los temores abrigados por el Gobierno acerca de la actitud que asumiría la legación italiana, no eran infundados. Al día siguiente de producidos los acontecimientos que hemos narrado en la nota precedente, el cónsul, señor Perrod, alarmado a su vez por la excitación de sus connacionales, dirigió al Ministerio respectivo una extensa y enérgica nota, pidiendo el inmediato esclarecimiento de los sucesos y el castigo de los torturadores.

El Gobierno quedó perplejo. No sabía, en realidad, que actitud adoptar; y optó por guardar silencio.

La "Caracciolo"

Era una corbeta de la armada

don Carlos de Amézaga, que había llegado al Plata al frente de una escuadrilla en los días en que ocurrían estos sucesos, encontrándose fondeada frente a Montevideo.

El comandante de Amézaga tomó cartas en el asunto. Desde ese momento, es él quien asume en realidad la representación de Italia, para tratar con nuestro Gobierno la cuestión planteada en un principio por el asesinato de Bentancor. El crimen, de ese modo, luego de haber dado origen a un sumario judicial y a un sumario de estado, venía a adquirir las proporciones de un entredicho diplomático. El alférez Carvajal, autor de todo el lío, quedó así convertido en un personaje de novela.

Digamos de una vez que el comandante de Amézaga, era un ilustre marino cuya actitud hostil hacia Montevideo, solo respondió al propósito de demostrar al oficialis-



La "Caracciolo"

mo, que su viveza criolla, fecunda en recursos para eludir responsabilidades, no servía de nada frente a un hombre consciente de sus deberes y de sus atribuciones.

Por lo demás, el comandante de

Amézaga, sólo pedía al Gobierno algo que el Gobierno estaba obligado a realizar de "motu proprio" por su misma dignidad: el castigo de los torturadores.

Un "ultimatum"

El cónsul Perrod aguardó algunos días la respuesta del Gobierno,



Vice almirante Mariano Cordero

dirigiendo entre tanto, a la colonia italiana, una nota en la que al darle cuenta de las medidas adoptadas se le recomendaba guardar la debida calma, en la absoluta seguridad de que se haría justicia.

Peró la respuesta del Gobierno no llegaba ni la justicia tampoco. La perplejidad de los hombres del poder tomaba caracteres de inconciencia. Esto debía pagarse caro.

Cuando menos lo esperaba, el Poder Ejecutivo recibió un "ultimatum": se le daban tres días de plazo para hacer justicia y se expresaba que en caso contrario la bandera y el escudo italianos serían retirados de los sitios que ocupaban y llevados a bordo de la "Caracciolo". Esto equivalía, sencillamente, a suspender las relaciones entre Italia y el Uruguay.

En pleno entredicho

Los tres días fijados en el "ultimatum" transcurrieron y el Gobierno aún no sabía que hacer.

A las 8 de la mañana del tercer día, el escudo y la bandera de la Legación Italiana fueron transportados a la "Caracciolo".

El Ejecutivo, entonces, dirigió

Juegos de Sala

\$ 500, \$ 400, hasta \$ 100

Alberto Brun y Cía.

Si quiere Vd. vestir con elegancia gastando poco tendrá que visitar
Gran Casa Spera 531 - Sarandí - 539

una nota al señor Perrod, manifestándole que se había iniciado el sumario tendiente a la averiguación de quienes eran los culpables, para lo cual debía servirse remitir al Juzgado a declarar a Volpi y Patrone. Esta nota del Ejecutivo fué devuelta sin abrir por la Legación Italiana.

Recién entonces pareció darse cuenta el Gobierno de la necesidad de adoptar una actitud definida. El Ministro de Relaciones Exteriores señor Herrera y Obes se dirigió telegráficamente al cónsul oriental en Roma señor Antonelli, encomendándole la misión de tramitar ante el gabinete italiano, "el arreglo de la cuestión". Entre tanto, el Presidente de la República, general Santos, dirigió una declaración pública a la colonia italiana. Esa declaración contiene afirmaciones estrepandas.

Se dice en ella que los encargados de velar por los intereses y los derechos de los italianos, habían hecho abandono de sus puestos, sin motivo alguno, no obstante lo cual, todos los hijos de Italia podían sentirse garantidos bajo la égida del Gobierno...

Los diarios lanzaron ediciones extraordinarias conteniendo estos documentos y fulminando al Ejecutivo por su actitud.

"Es imposible, decía unos de ellos, que el Gobierno pretenda salvar a los verdugos, porque eso equivale a solidarizarse con su salvajismo. Los verdugos deben ser castigados, no para satisfacer el reclamo diplomático, sino para satisfacer el honor nacional comprometido! Es la única forma de solucionar esta "cuestión".

El vicealmirante Cordero

Pero el Gobierno no parecía dispuesto a ceder... ¿Poner en la cárcel a Barreto? ¿Era demasiado!

El comandante Amézaga comprendió que era necesario dar una lección. La "Caracciolo" empezó a moverse frente a Montevideo y por la muy fiel y reconquistadora circularon unos terribles rumores. La "Caracciolo" iba a bombardear la ciudad!...

¿Abrigaba en realidad ese propósito el comandante de Amézaga?

Creemos que no. Y el mismo marino confirma nuestra creencia, en un reportaje que más tarde le hizo "La Razón", en el cual, evitando hábilmente hablar de la conducta de nuestro Gobierno, formula expresivas manifestaciones de gratitud y elogio para el pueblo uruguayo, incapaz de solidarizarse con la condenable actitud de sus gobernantes.

Pero lo cierto es que la "Caracciolo" empezó "a moverse"; y si grande fué el alboroto que los movimientos de la hoy célebre corbeta provocaron en la ciudad, no fué menor el que se armó en el puerto.

Aquí surge una simpática figura: la del vicealmirante Mariano Cordero, distinguido marino argentino que se encontraba al mando de una nave perteneciente a la armada del país hermano.

El vicealmirante Cordero no vaciló en adoptar una actitud francamente hostil a la "Caracciolo". Hizo tocar en su barco zafarrancho de combate, e interponiéndose entre nuestra ciudad y la mencionada nave, notificó al comandante de Amézaga que él no dudaba de la justicia que le asistía en su reclamación ante el Gobierno del Uruguay; pero que bajo ningún concepto permitiría que el pueblo uruguayo, inocente y noble, sufriera consecuencias de las que no era responsable. Si el comandante de Amézaga persistía en los propósitos que la población montevideana le atribuía y que los movimientos de la "Caracciolo" denunciaban, él tomaría enérgicas medidas por su cuenta y riesgo, sin consultar al Gobierno de su país, entendiendo que ello no era necesario para proceder honradamente. "Al primer tiro que su barco, — concluía la notificación, — dispare contra Montevideo, yo hundiré a cañonazos con el mío a la "Caracciolo" y a cuanto buque italiano encuentre en las aguas del Río de la Plata."

¿Hizo comprender el comandante de Amézaga al noble amigo del Uruguay, cuáles eran, en realidad, sus fines? Lo ignoramos. Lo cierto es que la "Caracciolo" cesó sus sospechosos movimientos...

Se arregla la cuestión

Entre tanto había llegado de

Buenos Aires el ministro italiano, barón de Cova, con instrucciones precisas de su gobierno. Estas no eran otras que las de exigir el cumplimiento de la solicitud del cónsul y del comandante de Amézaga.

El Gobierno comprendió que la cosa era seria y aceptó el siguiente "acuerdo":

"El Gobierno de la República Oriental se obliga:

"1.º A hacer las debidas reparaciones de justicia, castigando a los torturadores, fueran quienes fueren;

"2.º A entregar a Volpi y Patrone la suma de diez mil pesos oro;

"3.º A hacer una visita de cortesía a la Legación Italiana.

"4.º A ordenar que se haga una salva de 21 cañonazos en honor y desagravio a la bandera de Italia."

Las otras cláusulas

Las otras cláusulas se cumplieron estrictamente. Santos, en compañía de varios personajes de la situación, realizó una visita de cortesía y desagravio a la Legación Italiana en el Hotel Oriental; Volpi y Patrone recibieron diez mil pesos oro, cuyo destino veremos en seguida, y la bandera de Italia, izada en el cuartel del 3.º de Cazadores fué saludada con una salva de veintidós cañonazos que la "Caracciolo" retribuyó desde el puerto.

Otro gesto

No todo debía ser innoble en este asunto. A los "gestos" ya anotados en el curso de nuestra narración, debemos anotar otro que tuvieron Volpi y Patrone.

Hay mucha gente que cree que los dos italianos marcharon a Italia con los diez mil pesos que nuestro gobierno les dió como indemnización. Nada más inexacto, sin embargo.

Los italianos no quisieron guardar un centésimo de ese dinero. Entonces, de acuerdo con varios conacionales se resolvió distribuirlo entre diversas sociedades uruguayas de beneficencia. Y así se hizo.

Si no estamos mal informados, creemos que una parte de la suma referida fué destinada a costear la

Bibliotecas Seccionales

Alberto Brun & Cía. Rincón esq. Ituzaingo

J. Zacharías & Cía.

Capital realizado: Rs. 1.000.000 \$ 000

Fabricantes de las insuperables marcas de yerba:

«Sant'Anna» y «Ernestina»
para el Uruguay

Y de las marcas Gerusa, Nadyr, Alzira, Bugre y Gringo, para la República Argentina y Tigre para sal hamburgués.

Importadores de Pino, Cedro y otras maderas del Brasil, en tablas, rollizos, postes, piques, palos de escobas, etc.

Sucusales en el Brasil:

Paso Fundo, Ponta Grossa, Cruz Alta, Curityba, Antonina, Paranaaguá, Nonohay, Río Negro y San Francisco

Sucursal en el Uruguay:

Montevideo, Calle Cerrito, 372
Casilla postal 570

Sucursal en la R. Argentina:

Buenos Aires, Calle Lavalle, 1268
Casilla postal 149

Dirección Telegráfica: Para Curityba **“GRINGO”**

Demás Sucu sales. **“ZACHARIAS”**

CODGOS: RIBEIRO, A. B. C. 5.a mejorada y particulares

Pidan informes por cualquier producto del Brasil, que se atenderá con brevedad y ventaja, dada la completa ramificación de nuestras casas

Gerente, CAMILO CORBO.

Si quiere Vd. vestir con elegancia gastando poco tendrá que visitar
Gran Casa Sp ra 531 - Sarandí - 539

terminación de la Iglesia de San Francisco, la misma vecina de LA NOCHE que por aquel entonces se estaba construyendo.

La apoteosis de las víctimas

Fue, en efecto, una verdadera apoteosis, el desagravio a las víctimas del alférez Carvajal y de la policía montevideana.

Se organizó una suscripción pública, a la que contribuyeron en primer término los miembros de la colonia italiana, lográndose reunir una cantidad mucho mayor que la que había entregado nuestro gobierno.

La suscripción mencionada se extendió a la campaña y también a Buenos Aires, desde donde se enviaron fuertes contribuciones.

Volpi y Patrone fueron luego embarcados en la "Caracciolo", que partió para la capital referida. Los sucesos habían trascendido en sus menores detalles a la vecina orilla.

De modo que antes de atracar al puerto la "Caracciolo", los muelles se encontraban llenos de una heterogénea concurrencia, ávida de contemplar a los italianos y de oír, también, de sus propios labios las truculentas narraciones que ya había anticipado la prensa.

Abreviemos. Después de una estadía de pocos días Volpi y Patrone volvieron a Montevideo en la "Caracciolo"; desembarcaron y concurrieron al Juzgado del Crimen donde prestaron declaración sobre el suplicio a que la policía los había sometido, e identificaron y acusaron a sus verdugos, salvando así a aquellos infelices sobre quienes Barreto y compañía habían descargado todas sus culpas.

Ya hemos visto en la forma en que se administró justicia.

Hacia Europa

Breve tiempo después, la "Caracciolo" se hizo a la mar, rumbo a Italia, llevando a su bordo a Volpi y Patrone. Volpi falleció en el viaje, según los informes

que tenemos, a consecuencia de las torturas, confirmando de ese modo la profecía del primer médico que le prestó asistencia después de la tragedia desarrollada en el Cabildo.

Patrone, más fuerte o más afortunado, llegó a su patria, radicándose en Génova. Y para terminar: circula por ahí una leyenda que no sabemos qué grado de fundamento tiene: dice ella, en concreto, que años más tarde, cuando Santos abandonó el país, dirigiéndose a Europa, al pisar tierra en Génova, un hombre que estaba en primera fila entre la gente del muelle, se acercó al ex mandatario y pretendió abofetearlo. Santos se volvió y reconoció a Patrone...

La vista de la causa

Algunos días más tarde se nombraban los jurados que habían de entender en la causa y convocados por dos veces se reunieron en el Juzgado del Crimen, de la calle Yí, al lado del memorable taller de adoquines.

Una inmensa concurrencia llena ba la calle, el patio del Juzgado y algunas habitaciones.

A la una del día, apareció el reo, custodiado por cuatro guardias armados a remington.

Al pasar Carvajal el público se apiñó, y todas las miradas se dirigieron a él.

Llevado al salón del jurado, precedido por el juez de la causa, señor del Castillo, se sentó en el banco de los acusados.

El actuario leyó detenidamente las partes más culminantes del proceso.

Carvajal permanecía frío, indiferente, y de cuando en cuando miraba a las personas que escuchaban la lectura del expediente, entre las que se veían, sin contar a los miembros del jurado, a varios representantes de la prensa.

El alférez se mostró a los ojos de los que ya lo conocían, bastante demudado. El aire impuro y húmedo del calabozo le había puesto amarillenta la tez. Tenía la barba crecida, afilada, y se notaban muchas arrugas en su frente.

Vestía una chaqueta de paño co-

lor ratón, con cuello de terciopelo, y calzaba botines de paño en la parte superior.

No cesaba de jugar con los dedos pulgares, haciéndolos girar como en las vueltas de un remolino.

Por dos veces quiso interrumpir la lectura del actuario, pero el juez le indicó que hablaría a su debido tiempo.

Cuando se leyó el escrito del defensor, señor D. Fuentes, en el cual éste confesaba el crimen imputado a su defendido, Carvajal meneó la cabeza como negando; y al llegar al pasaje en que el abogado trataba de atenuar el delito, atribuyéndole al móvil de procurar recursos a una madre desvalida, el reo cerró los ojos como mortificado por el recuerdo que se le traía. Pero reaccionó de inmediato, y, haciendo ademán de levantarse, dijo con sonora voz:

"—Voy a hablar".

"—Hablará usted cuando haya concluido la lectura — le interrumpió el juez.

En plena ceremonia

La barra era numerosísima, y el público que llenaba los patios del juzgado se hacía sentir más de lo conveniente algunas veces, por lo que el juez se vio obligado a amonestarlo, amenazándolo con un desalojo inmediato si no guardaban silencio.

Terminada la lectura con el acta del sorteo de jurados, el juez preguntó a Carvajal:

"—Acusado, ¿se ratifica usted en las declaraciones que constan en el sumario?"

"—Sí, señor; tengo que hacer algunas rectificaciones.

Carvajal confundía los verbos "ratificar" y "rectificar", por cuya razón el juez ordenó nueva lectura de las declaraciones; pero al terminar la primera, en que se narra el crimen en complicidad de Volpi y Patrone, el reo interrumpió, diciéndole una vez más:

"—Quiero hablar".

Carvajal se defiende

Se le concedió la palabra, y el alférez, con voz vehemente, exclamó:

"—Eso no es verdad. En este momento solemne debo declarar lo que

Juegos de Vestibulo

Alberto Brun & Cia. Plaza Constitución

hay de cierto en este asunto, en el cual se me hace aparecer como reo, siendo así que soy inocente; sí, señores, inocente!

"Yo no tengo ningún delito de que acusarme, y al estado a que han llegado las cosas, no he de tener consideraciones de ninguna clase, porque si he asumido la responsabilidad de este delito, ha sido por circunstancias especiales que voy a exponer."

"No sólo yo no he asesinado a Bentancor, sino que ni siquiera tuve conocimiento del crimen hasta el día siguiente de consumado. Los asesinar por inocentes. Han sido esos dos miserables a quienes todo un pueblo y una prensa ligera han hecho pasar por inocente. Han sido esos dos bandidos, que, por cierto, no es la primera que hacen!"

Carvajal habló casi por espacio de una hora... Contó algunas de las atrocidades que se habían hecho en el Cabildo, entre las cuales citaba el hecho de que Barreto lo había amenazado con encerrarlo en el mismo cajón en que yacía el desgraciado Bentancor...

"A veces su acento era declamatorio, — dice un cronista de la época, — otras veces hablaba llanamente y en diversas ocasiones brotaron de sus ojos lágrimas de rabia, — sobre todo, al recordar las torturas que le hacían sufrir Vilaza, Barreto "y toda esa plaga" (textual) que lo rodeaba."

"No era uno, — decía — eran muchos los jueces. Pero los principales eran Vilaza y Barreto, que no me dejaban en paz, apremiándome para que me confesase autor del delito. Vilaza me dijo: "Mirá, miserable, si no confiesas por buenas, ya vas a ver lo que te pasará". Yo no decía nada, porque fiaba en mi inocencia; pero a la noche vino Barreto a mi calabozo y me dijo: "Ahora a las 11 se retira la gente de la plaza y te voy a hacer cantar!" Bien comprendía yo lo que aquello quería decir. ¡Que noche, señor juez, que noche, me hicieron pasar! Ni yo dormí, ni durmió Barreto, ni durmió ninguna de las personas que se encontraban en el Cabildo. Para

evitar que me mortificasen más, declaré eso que se ha leído..."

El alfez terminó diciendo que su deseo era que se cumplieren los mandatos de la ley, y que si la suerte quería que fuese al cadalso, iría con la frente serena y el ánimo tranquilo, seguro como estaba de su inocencia.

Terminada su peroración, — difusa e incoherente en muchos pasajes, — se hicieron al reo las preguntas de práctica:

"Acusado: ¿os declaráis culpable de la muerte de Juan Bentancor y del robo efectuado en el cambio Platero?"

"No!, — contestó con energía."

—Reconocéis este bastón, este cuchillo y estos trapos ensangrentados?"

—Reconocéis el bastón y el cuchillo, pero los trapos recién los vi por ver primera cuando me los presentaron para declarar."

Carvajal se contradecía así por centésima vez.

Enseguida el juez invitó a los jurados a que hicieran algunas preguntas al reo; pero como nadie, hizo uso de la palabra, se dió por terminado el acto.

El veredicto

Acto continuo, pasaron los jurados a cuarto intermedio para redactar el veredicto.

Carvajal fué conducido a una pieza próxima donde se sentó, permaneciendo al parecer distraído, y siempre jugando con los dedos y escondiendo los ojos.

La deliberación del jurado duró cerca de una hora, habiendo hecho comparecer nuevamente a su presencia al reo, tal vez para hacerle alguna pregunta.

Llenadas las fórmulas de estilo, el jurado pasó a deliberar nuevamente y pronunció ante el acusado el veredicto siguiente:

"En Montevideo, a once de Julio de mil ochocientos ochenta y dos, estando en audiencia al señor juez L. del Crimen de primer turno, doctor don Joaquín del Castillo, que entiende en esta causa con arreglo a lo prescrito en el artículo 235 del Código de

Instrucción Criminal y los señores Jurados don Joaquín M. Lorient, don Francisco S. Lanza, don Carlos de Laserna y don Agustín Illa, jueces de hecho en la misma seguida de oficio por el ministerio público contra José Carvajal, por muerte de Juan Bentancor y robo de una cantidad de dinero en la casa de los señores Platero al cuidado de Bentancor, previa lectura de autos, estando presente el acusado, por ante mí el actuario, el Tribunal declaró lo siguiente:

1.º Que está probado que el día 17 de Febrero del actual, a eso de las siete de la noche, el procesado José Carvajal fué a la casa de cambio de los señores Platero, sita en la calle Juncal de esta ciudad, número 169, de la que era dependiente el joven Bentancor y una vez penetrado en ella le dió muerte, infiriéndole con el bastón, que ha reconocido como suyo, una herida en la cabeza, en la enonemia perital izquierda y otra trasversal con arma punzo-cortante en el cuello, a dos centímetros por atrás y abajo de la apofisis izquierda, según el certificado médico legal de fojas 5.

2.º: Que está probado que José Carvajal, luego de asesinar a Bentancor, robó una fuerte cantidad de dinero que existía en la caja de hierro de dicha casa, para lo cual usó violentamente a Bentancor, a fin de inferirle la indicada puñalada de necesidad mortal, a que abrió la cerradura con la llave respectiva.

3.º: Que está probado que, después de cometer los delitos enuncados, empleó parte del dinero robado en la compra de alhajas, una pistola, una montura y ropa para uso particular.

4.º: Que igualmente está probado que, después de encontrarse preso en el Cabildo, denunció como cómplices de ambos delitos a Rafael Volpi y a Vicente Patrone, por lo cual éstos fueron reducidos a prisión, declarando más tarde que eran inocentes.

5.º: Que igualmente está probado que el único y exclusivo móvil que guió a Carvajal para matar a Ben-

Solicite un crédito

A pagar en mensualidades

ALBERTO BRUN & Cía.

La Gran Casa Spera

es la que siempre se ha impuesto por sus precios y calidades
sin competencia alguna. 531 SARAND. 53

tancor fué el del robo indicado.

"6.º y último: Que está probado que en los hechos referidos, Carvajal procedió con premeditación, alevosía y ensañamiento, y lo firma por ante mí de que doy fe.—Del Castillo—De la Serna—Lorient—Lanza—Illa.—Ante mí, Manuel P. Fernández, actuario".

La sentencia

La concurrencia se derramó en todas direcciones, y el pueblo esperaba la sentencia con toda la avidez que se comprende.

Al otro día apareció la esperada resolución del juez condenando al reo a la pena capital, cuya sentencia está hecha en esta forma:

"Montevideo, Julio 12 de 1882.

"Vistos en primera instancia este proceso seguido de oficio contra el individuo José Carvajal, acusado de la muerte de Juan Bentancor y robo de la casa de cambio de los señores Platero.

"Por lo que resulta del veredicto del jurado y

"Considerando lo prevenido por las leyes 3.ª tit. 27 Pa. 7 y 2.ª tit. 21 lib. 12 de la N. R. definitivamente juzando, fallo: condenando al procesado José Carvajal a la pena ordinaria de muerte con calidad de alevosía por fusilamiento. Ejecutoriada elevase en consulta al S. T. de Apelaciones a los efectos de derecho y publíquese.—J. del Castillo".

El defensor de Carvajal, señor D. Santos, apeló esta sentencia para ante el tribunal.

Carvajal se escapa de la muerte

Dificultamos que haya en la historia de la criminalología universal, un personaje más siniestramente afortunado, por así decirlo, que el terrible alferez que durante veintitantos días ha tenido una popularidad que ya quisieran para sí muchos titulados paladines del pueblo...

Hay que pensar serenamente, a esta altura de nuestra narración, en todo lo que ha hecho el hombre que el 16 de Febrero de 1882 realizara una visita nocturna al cambio Platero...

tero...

Parece algo novelesco, inverosímil; y sin embargo, nada más rigurosamente exacto que ese cúmulo de extraordinarias aventuras, a través de las cuales Carvajal salió con el pellejo absolutamente ileso.

Lo habíamos dejado en la cárcel, luego de escuchar el veredicto que originó la sentencia condenatoria que transcribimos ayer.

El defensor del alferez, —también lo hemos dicho,— apeló de esa sentencia que disponía la muerte, por fusilamiento, de su patrocinado.

El Tribunal de Justicia, al que llegó la causa en apelación, pasó una nota al Poder Ejecutivo, pidiendo que indicara la pena intermedia que podía formularse entre la ejecución y la pena carcelaria.

¿A qué obedecía esto? Al deseo de salvar a Carvajal. Al fin de cuentas el hombre era oficial del ejército y coqueaba del mismo pie, en cuanto a opiniones políticas, que todos los hombres de la situación.

Se siguió con Carvajal el mismo procedimiento que con Barreto y compañía, con la diferencia de que a estos se le sustrajo a la cárcel y a aquel se le sustrajo al banquillo...

Lejos de nuestro ánimo el condoleremos por tal circunstancia. Al revés: creemos que la pena de muerte es indigna de un país civilizado. Nos limitamos, pues, cronistas imparciales, a narrar los hechos.

Y abreviemos. Carvajal fué condenado a treinta años de prisión.

Carvajal en libertad

—Carvajal, — prosigue Giudice, — estuvo en la cárcel, según el penado que me proporcionó estos datos, veintiocho años, tres meses y días. Cuando salió en libertad se encontró un día en la Plaza Artola con el penado en cuestión, que también ya estaba libre, y le dijo que había ingresado a la Policía de Investigaciones.

En la Penitenciaría, le había mostrado unos papeles que le habían sido remitidos allí por sus parientes, y que lo acredita-

ban como propietario de un campito en Corrientes, República Argentina. Cuando se hallaron en la Plaza Artola, Carvajal le dijo que dejaría la policía de investigaciones para hacer un viaje a Corrientes, a fin de vender ese campito.

Carvajal se saca la lotería

El penado de la referencia supo después que Carvajal había cumplido su propósito. El hombre se embarcó para Buenos Aires y allí tuvo la suerte de que un quinto de la lotería que comprara saliera premiado con el "gordo". El alferez depositó el dinero en un Banco y siguió viaje a Corrientes. Este dato es tan exacto, que hasta hace poco, los parientes de Carvajal que aquí viven, pensaban hacer un viaje a Buenos Aires, para ver de recibir ese dinero.

—¿Quiénes son esos parientes? preguntamos.

—Según el penado, que mantiene relaciones con ellos, son tres mujeres, una de las cuales es precisamente la esposa de Pedro Carvajal, el mismo hermano a quien el alferez acusó en aquella supuesta conspiración contra Santos...

Se confirma la muerte de Carvajal

—Y Carvajal? —interrogamos.

—Los datos que le han sido proporcionados a LA NOCHE sobre el particular por el coronel Héctor Vázquez, son, según el penado, la expresión de la verdad. Carvajal murió en Corrientes hace como un año. Me dijo que pueden asegurarlo sin temor de ser desmentidos.

Hasta aquí nuestro entrevistado, a cuya deferencia quedamos reconocidos.

Nada más.

Juegos de fuentes de plata Reed - Barton
Alberto Brun & Cía. MONTEVIDEO